



S-216

Ref. n.º 45



OLOR DE SANTIDAD

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- El Doctor Navascués.*—Novela. (Segunda edición.)
Discursos religiosos.—(Agotada.)
Restauración de la provincia de la Candelaria.—
(Agotada.)
Idiomas y Etnografía de la región oriental de Colombia.—(Agotada.)
Rufino José Cuervo y la Lengua Castellana.—Obra laureada por la Academia Colombiana de la Lengua. Tres volúmenes.
Corazón de oro.—Novela.
Liberaladas de una revolución.
Ruiseñores.—Poesías.
Varias novenas y ejercicios piadosos.
Historia de la provincia de la Candelaria.—Dos volúmenes.
Los aborrecidos ó en defensa de la vida religiosa.
Los Agustinos Recoletos y la Francesada.
El convento de San Millán.
Un sabio del siglo XIX.

EN PREPARACIÓN

- Pétalos de novela.*—Cuentos.
Estudios de crítica literaria.
Justicia.—Novela.

OLOR DE SANTIDAD

(Datos para el tomo II de la biografía del P. Ezequiel Moreno)

POR

FR. P. FABO

DEL C. DE MARÍA

DE LA ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS

CRONISTA DE LA MISMA ORDEN

IMPRENTA HELÉNICA

PASAJE DE LA ALHAMBRA, NÚM. 3, MADRID

1916



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

ES PROPIEDAD

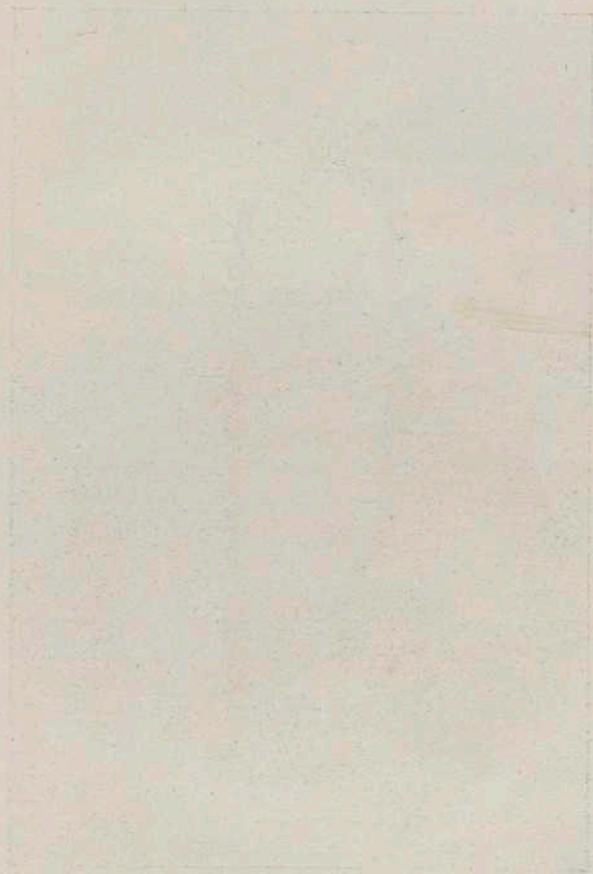
Al Sr. D. Juan José Juanmartiñena, por su admiración al siervo de Dios, P. Ezequiel Moreno, por su celo en pro de la causa de beatificación, por su admirable tesón y desinterés en fomentar las buenas lecturas y por sus virtudes como cristiano y como caballero, dedica estas humildes páginas

El autor.

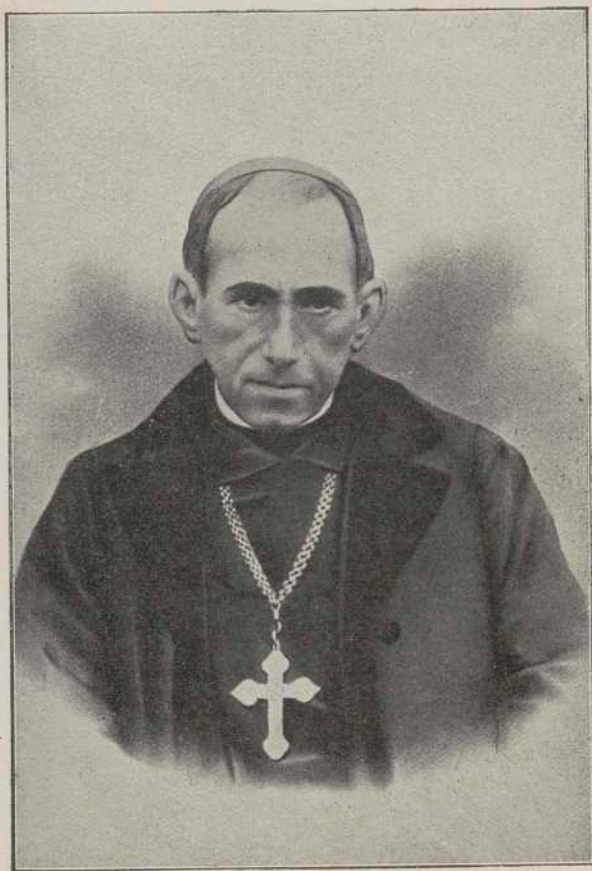
CHIFFONNIER



MADE IN FRANCE



3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100



Retrato del Ilmo. P. Ezequiel Moreno y Díaz,
Obispo de Pasto.



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA



OLOR DE SANTIDAD

I

GENERALIDADES

El día 20 de Octubre último fué exhumado, previos los requisitos civiles y canónicos, por primera vez, el cadáver del ilustrísimo Padre Ezequiel Moreno, Obispo de Pasto, Colombia, de la Orden de Agustinos Recoletos, que estaba enterrado en la iglesia de Agustinos Recoletos de Monteagudo, Navarra, hacía más de nueve años. Hallóse incorrupto, fresco y en algunas partes sonrosado.

El Padre Ezequiel nació en Alfaro, Rioja, el año de 1848, hizo su profesión religiosa en Monteagudo, pasó á las islas Filipinas donde ejerció el cargo de misionero algunos años, regresó á España como rector del Colegio de Monteagudo, luego fué destinado á América,

República de Colombia, con cargo de restaurador de la casi extinguida provincia religiosa de la Candelaria, después fué nombrado Obispo *in partibus infidelium* y Vicario Apostólico de Casanare y por último Obispo de Pasto. Enfermo de gravedad, fué trasladado á España y murió en el mencionado Colegio el año 1906 con grande opinión de santo.

Su vida fué escrita hace seis años por el Excmo. y Rvmo. Sr. Obispo de Sigüenza, Fray Toribio Minguella, de la misma Orden (1). En pocas ocasiones como en ésta se reunieron y combinaron tantas circunstancias para que una obra resultara perfecta. La vida de un Obispo escrita por un Obispo, la vida de un religioso narrada por otro religioso, un santo varón estudiado por un octogenario, reflexivo, sereno, ecuánime, versadísimo en las disciplinas hagiográficas, como que dió á luz un *Epis-*

(1) Biografía del Ilmo. Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno Díaz, Agustino Recoleta y Obispo de Pasto, Colombia, muerto en opinión de santidad. Escrita por el R. P. Fr. Toribio Minguella y Arnedo, de la misma Orden y Obispo de Sigüenza. Con las licencias debidas. Luis Gili, editor. Librería Católica Internacional. Balmes, 83. — Barcelona, 1909. — En 4.º, XVI-484 páginas.

copologio de la diócesis seguntina. Por eso supo elegir un plan ordinario y metódico y desarrollar las materias con estilo en que predominan la claridad, la prueba documental, y revestirlo con un lenguaje que lleva la sencillez casi hasta el descuido. Así convenía á la indole del asunto y al carácter moral del biografiado. Una vida como la de San Vicente de Paúl escrita por Bougaud, ó como la de San Agustín por Poujoulat, ó como la de San Francisco de Asís por la señora Pardo Bazán, hubiera sido inarmoniosa.

El P. Moreno, aun las virtudes más levantadas y grandes, supo revestirlas con el velo de ordinarias: fué un santo con apariencias de religioso común; después de muerto han ido apareciendo heroicas sus virtudes.

No quiso Dios Nuestro Señor glorificar á su siervo con maravillas estupendas durante su vida, ni que las gentes anduvieran pregonando con clamores estrepitosos la santidad de aquel meritisimo prelado que pasó por el mundo haciendo bien sin preocuparse de las alabanzas de los amigos ni menos de los vituperios y contradicciones que los enemigos de Jesucristo, con cruelísimas y fierísimas entrañas, le prodigaron. De más á más, fué por

ventura muy prematura y temprana la biografía para que resultara tal, que nos manifestase por entero las virtudes y grandes partes de aquel siervo de Dios que cifró su vida en ocultarse á los ojos de los hombres; que de haberla retardado algunos años más, hubiéranse acopiado materiales de mucha significación para retratar al Santo, al enamoradísimo del Corazón de Jesús y del sacrificio personal, que gustaba de expandir las efusiones de su amor divino solamente con ciertas y determinadas personas que supieron comprenderlo. Cierto que en la *Biografía* hay datos más que suficientes para avalorar el mérito ascético y místico de las acciones del devoto Obispo, no se encuentra en ella, sin embargo, lo mejor: aquel sabor propísimo que emana de la correspondencia epistolar, que coleccionada por el mismo P. Minguella, vino á constituir el complemento de muchas cosas ó ignoradas ú obscuras, ó más bien resultó algo así como una autobiografía hecha sin miras de publicidad. ¡Qué hermosura de corazón, al través de esas epístolas! ¡Y qué aspectos más sorprendentes los que nos revela aquella colección de cartas, fragmentos de alma, fotografías instantáneas en las que se ve palpitar y encen-

derse con lumbre sobrenatural un espíritu lleno de amor de Dios y del prójimo! ¿Pues qué decir de los muchos y muy diversos documentos originales, que posee el Ilmo. Padre Toribio, que no pudieron figurar en la edición de la *Biografía*, y de los procesos diocesanos felizmente realizados ya en las diócesis de Tarazona, Pasto y Pamplona, acerca de la fama de santidad, virtudes y milagros del P. Moreno? ¿Y qué de los milagros y favores maravillosos á el atribuidos y publicados en varias revistas y periódicos de España y América, entre otros, *El Apostolado Doméstico*, de Manizales, *Santa Rita* y *El Pueblo Cristiano*, de Granada, *Boletín de la Diócesis*, de Pasto, *La Sociedad*, de Bogotá, etc.?

Con la relación de estos sucesos, á los cuales, claro está, no se les ha atribuido, ni ahora se les atribuye, patente de milagros, que el magisterio supremo en estos negocios á la Iglesia, maestra infalible, le compete, podría formar un voluminoso tomo á mayor gloria de Dios y provecho de las almas. Todavía va ondulando de periódico en periódico y de hogar en hogar el eco del acontecimiento que se verificó el año 1909 en el convento de monjas agustinas de Aldaz, Navarra. Hacía

más de catorce años que una religiosa sufría tuberculosis ósea en la columna vertebral, lo que en medicina recibe el nombre de «Mal vertebral de Pott». En un principio tomó algunas medicinas calmantes, pero en vano; la enfermedad siguió su curso hasta que sobrevino en la doliente una señal inequívoca de incurabilidad: una fistula al exterior. Al llegar á este estado el mal de Pott, dice la ciencia que es incurable. Ya la religiosa no tomaba remedios porque estaba desahuciada. Movida por la fama de santidad del recién muerto Obispo agustino, la comunidad resolvió hacer á la Santísima Trinidad dos novenas para obtener la curación de aquella enferma, por mediación del P. Ezequiel, y al tercer día de la segunda novena la enferma se curó de repente, dejó la cama y comenzó á comer, moverse y trabajar como las demás religiosas, curada por completo. Examináronla los médicos, tomó radiografías un profesional de San Sebastián, pero para mayor seguridad y certeza, se obtuvo de la Sagrada Congregación de Religiosos licencia para que la monja saliese de la clausura y se trasladase a Madrid, con el fin de que la examinara por medio de la radiografía algún especialista. Hecho lo cual

por los radiólogos hermanos Ratera, reconocidos como las primeras eminencias de la especialidad en España, no vacilaron en estampar, autorizado con su firma, un informe en que aparece esta frase: «Mal vertebral de Pott, curado». Efectivamente, en la radiografía se ve que han desaparecido tres vértebras y que han formado una plancha ó bloque.

Y curada sigue la enferma á pesar de las ignorancias de la ciencia.

Hechos de esta naturaleza, curaciones de vario género, conversiones á buena vida obradas por intercesión del Ilmo. P. Moreno, varios hogares tranquilizados, la devoción y confianza que en él tienen muchas gentes, la vuelta á la fe de varios liberales político-religiosos, con las cuales, repito, se puede formar una obra abultada, brindan materiales que deben integrar la historia de aquel memorando varón, hijo de los claustros del Serafin de Hipona. Venga ya el tomo segundo de la *Biografía*. Al cielo plegue mover la voluntad del excelentísimo biógrafo del P. Moreno y darle fuerzas y vida para realizar esta idea, cuya utilidad y necesidad de día en día aumenta. Por mi parte, brindo estas páginas en que se

hallarán datos y episodios nuevos con qué ampliar la Historia.

Por donde se comprenderá que no es mi ánimo hacer un estudio dilatado, ni lozanear en el campo de la literatura, sino recordar con sencillez de forma, pero con viveza de sentimiento, algunos episodios no escritos aún, á fin de perfilar su moral fisonomía y expresar algunas de mis impresiones íntimas sobre la personalidad del P. Moreno, cuya biografía, al decir de su prestantísimo autor, tiene los mejores hechizos en la documentación inédita que atesora todo un mundo de ascéticas riquezas.

También trataré acerca del carácter y linaje de los escritos del P. Moreno, y por fin, de su glorioso sepulcro.

El día de mi cantamisa y víspera de mi ida á las misiones de Casanare coincidió con el de la primera partida del ilustrísimo P. Moreno á Pasto. Estaba yo para salir al altar, cuando de repente se abrió la puerta de la sacristía y vi que se me acercaba el P. Ezequiel con el rostro levemente matizado con una sonrisa, se arrodilló, me besó las manos y partió en silencio.

Confieso que me quedé asombrado al ver

aquella acción del Obispo. ¿Qué había sucedido? Ya andaba el viajero por la puerta del convento, y, como alguien le dijera que el P. Fabo ya iba á salir a cantar su primera misa, dejó la numerosa compañía que lo rodeaba, regresó con recatada festinación y estampó en las manos del nuevo sacerdote el ósculo del respeto y el homenaje de la veneración más sincera. ¿Qué pensamientos embargaban entonces aquel espíritu profundamente enamorado del Santísimo Sacramento? ¿Qué votos de piedad religiosa hizo por el más humilde de sus hermanos? No lo sé, pero declaro que, si algo he trabajado en el apostolado de las misiones americanas, paréceme que lo debo atribuir á la unción de caridad que puso en mis manos aquel día el que tenía corazón de santo.

Después, en el vario correr de nuestros destinos, el humilde misionero de Casanare se volvió á encontrar con el grandioso apóstol de Pasto, allá, en un rinconcito de Colombia, en el convento de El Desierto, nido de sabios y de santos, donde las anhelaciones fervorosas del espíritu se subliman deliciosamente ante la Virgen de la Candelaria, reina de la modestia y del sacrificio. Cansado él del rudo

batallar de la vida, se recogía en El Desierto y allí encontraba a todos los misioneros desterrados de Casanare y refugiados en aquel venturoso oasis en que habita Dios de preferencia porque gusta rodearse del silencio, del amor y de los horizontes luminosos y solitarios. Me tocó salir hasta la población de Ubaté á encontrarlo. ¡Ay! Su fisonomía tenía modalidades de mártir resignado. Cariñoso sin nimiedad, augusto sin infatuación, discreto, ecuánime, el P. Moreno me pareció una víctima de su siglo, me pareció un santo que poseía la grandeza de los pequeños del Evangelio.

Cabalgábamos por aquellos caminos de agrestes perspectivas transitados por campesinos que nos saludaban respetuosamente; saludaban al religioso, al Obispo, no, porque el Obispo prefería vestirse siempre como religioso. En esto cruzó á nuestro lado, montado en briosa caballería, un señor que no saludó, antes bien hizo un gesto de desprecio; el Padre Ezequiel profirió dolorosamente:

—He ahí un liberal.

Y se abismó en profundo silencio. Mientras tanto golpeaban los cascos de nuestros caballos el suelo cuajado de guijarros y polvo, y

avanzábamos lentamente. Dejé que se adelantase un poco el ilustre jinete, y yo, aprovechando la oportunidad, entablé un diálogo con el Padre Capuchino que venía desde Pasto acompañando al Diocesano:

—Dígame, por merced; ¿en Pasto es querido el P. Moreno?

—Tiene numerosos enemigos.

—¿Quiénes?

—Todos los liberales de su diócesis y los del Ecuador.

—¿Y no respetan siquiera su virtud, ya que como escritor abominan de sus enseñanzas?

—Lo aborrecen en todo sentido.

Yo me callé apesadumbrado. El otro, comprendiendo mi turbación, añadió:

—No lo extrañe usted; si lo quisieran todos, no sería santo como lo es. El amor universal no es patrimonio de nadie; una de las pruebas de la divinidad de Jesús es el odio de sus enemigos.

En ese momento el caballo del P. Moreno dominaba una cumbre y se destacaba el jinete con contornos bien perfilados en una lejanía azul, purísima: parecía una visión ecuestre, un ángel apocalíptico que recorriera el mundo.

Apuramos las cabalgaduras y nos pusimos

á su lado. Pronto llegamos á un punto donde la piedad de los indígenas habia comenzado á levantar rústicos arcos de hierbas olorosas en obsequio á aquel Principe de la Iglesia. Recuerdo que le dije por proporcionarle una impresión placentera:

—Padre, estos arcos los levantan en honor del antiguo superior del convento.

Me miró con aquellos indulgentes ojos que hablaban y penetraban hasta el alma, y calló: no me dijo ni una sílaba.

Esta es una de las ocasiones que me he arrepentido de mis palabras: hay silencio que habla y hay locuacidad que no habla.

¿Iba acaso el Padre con el alma pungida por las reflexiones sobre el liberalismo que tantas victimas hace en el mundo? No sería raro; pues uno de los móviles que llevaba en aquel viaje era abstraerse del bullicio de las gentes para prepararse á refutar la obra del Ilustrísimo señor Obispo de Adrianópolis acerca del liberalismo, P. Nicolás Casas, Agustino también, amigo personal suyo y compueblano, á quien amaba entrañablemente el Padre Ezequiel porque conocía su alma de niño y su talento de sabio. Perdóneseme que hable un poco de este asunto citándome á mí mis-

mo. Por otra parte, me leyó el autor mismo, Ilmo. P. Casas, la muy discreta defensa que se hizo, y le vi escribir también al P. Ezequiel la contrarréplica correspondiente. Mi pobre dictamen sobre esta polémica está consignado en la obra *Restauración de la Provincia de la Candelaria*.

«Respecto de las advertencias que le hicieron al celoso Obispo por escribir el folleto que contiene la refutación de algunos puntos que enseña el autor de las *Enseñanzas de la Iglesia sobre el liberalismo* nada diré, porque si él creía que esa doctrina no aprovecharía á su grey, ¿quién podrá tacharlo malamente? Los motivos que tuvo para la refutación son laudables, toda vez que el bien general de su diócesis reclamaba dichas *Instrucciones*. Empero, ¿acaso hay antagonismo entre las *Instrucciones* y las *Enseñanzas*? Creo que no. El autor de las *Enseñanzas* extiende su mirada por todo el mundo, no circunscribe su acción docente á tal ó cual nación, á esta ó á la otra diócesis, escribe para todos; empero, según el testimonio del Ilmo. Sr. Moreno, su diócesis tiene condiciones particulares por las cuales la doctrina de las *Enseñanzas* es inconducente, y por eso levanta la voz y conceptúa

otro modo de práctica más conveniente á su clero y á sus fieles.

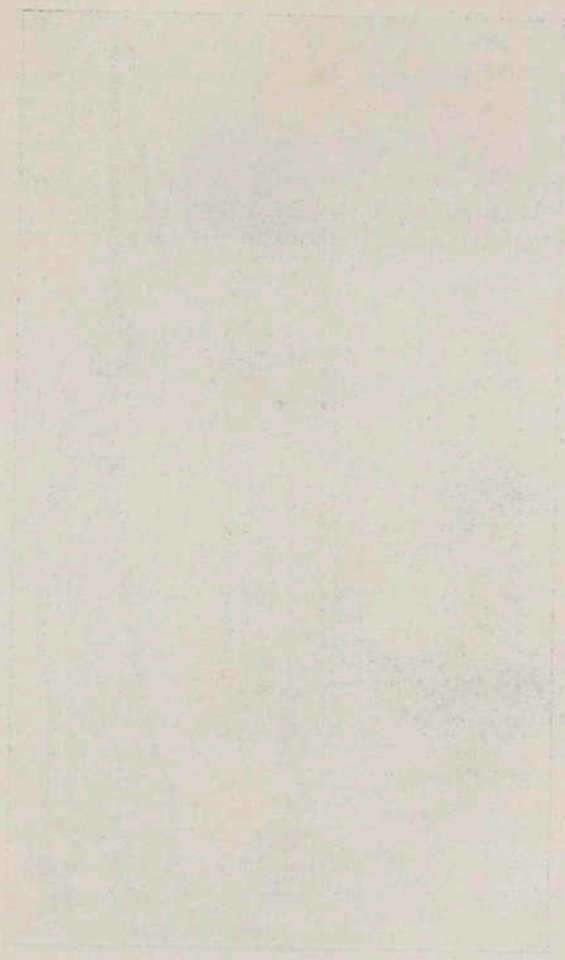
A su vez, el autor de *Enseñanzas* ve en todo el mundo y en Colombia también mucha ignorancia en lo tocante al error liberal; ve exaltadas las pasiones políticas tanto, que muchos no se persuaden de que el liberalismo sea también cuestión religiosa; sin confundir las ideas de liberalismo con las formas de Gobierno, estudia el corazón de las muchedumbres indoctas y en ellas sorprende mucha semilla sembrada por la propaganda liberal, y poca, hasta entonces, por la acción religiosa; observa que el periodismo católico llamado conservador ha considerado poco el bando liberal como enemigo de la Iglesia y mucho como enemigo político. Sabe que la enseñanza acerca del liberalismo no ha sido suficiente, uniforme y disciplinada; que en el mundo y en Colombia hay muchos liberales de buena fe y muchísimos de dudosa fe por falta de enseñanza y por otras razones que atenúan la responsabilidad de las conciencias, y estatuye reglas generales, que no pueden servir para la diócesis de Pasto, donde no sólo los doctos, pero aún la generalidad del pueblo, posee un convencimiento pleno, sin dudas ni prejuicios,

de que el liberalismo es malo y que la cooperación, aun la que se presta con el solo nombre de liberal, es pecado grave. Por lo tanto, no hay colisión en el fondo entre ambos beneméritos autores, y sólo distintos modos de ver el estado de las cosas. *Instituciones y Enseñanzas* son obras hermanas: ésta nacida para todo el mundo, aquélla para ser hermosa en una región; ambas pueden sufrir detrimento notable en varios aspectos, según los tiempos; pero lo que nunca podrá mermar en la estimación de los hombres es la actitud del gran Obispo recoleto que, al escribir dicho opúsculo, se remontó á una altura cuasi infinita, despreciando mil obstáculos que el demonio, el mundo y la carne le interpusieron en su avance de ascensión.»

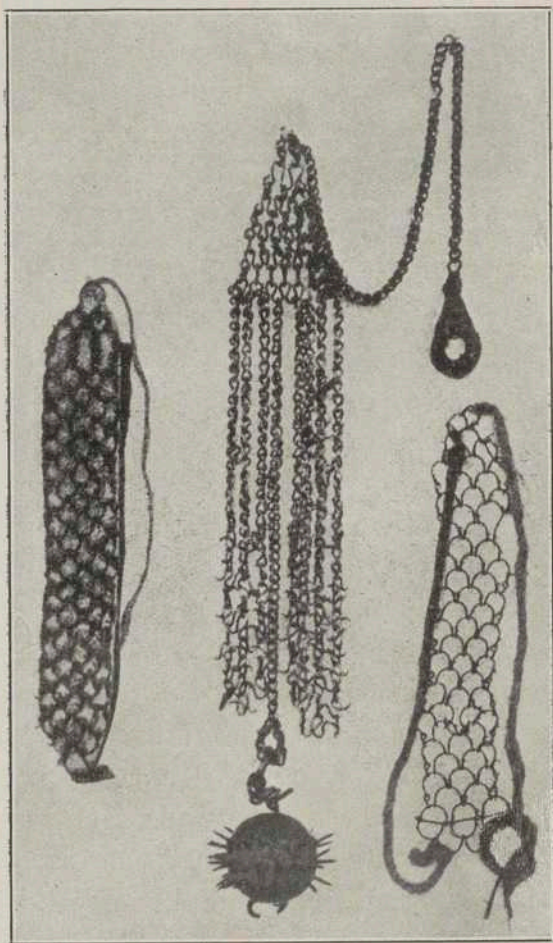
Alguien ha creído que este incidente de la vida del P. Ezequiel como escritor, podrá acaso entorpecer la marcha rápida de los procesos en orden á su beatificación. Yo no juzgo así, ni mucho menos. Como si en Roma procediesen sin conocimiento de causa y sin analizar los hechos. En Roma saben cómo es el liberalismo en Colombia y cómo estaba la diócesis de Pasto durante el pontificado del P. Moreno, así como tendrán en cuenta las

modificaciones sufridas con el tiempo. He aquí un punto que habría que estudiar despacio en el tomo II de la *Biografía*.

Por lo demás, nos reveló su historiógrafo que el P. Ezequiel, días antes de morir, mandó destruir las cuartillas de aquella contrarréplica; y yo, que he buscado con ansia las que escribió sincerándose el P. Nicolás y que formaban un grueso volumen, me he resignado á la impotencia de encontrarlas... ¡Altos juicios de Dios! Estos dos estrenuos campeones de la Iglesia, estos dos luchadores contra la herejía moderna, hijos entrambos de la misma Orden, ya conviven, según piamente presumimos, formando parte de los coros agustinianos en el cielo. En la lápida que cierra el sepulcro del P. Casas se lee este epitafio: *Vir simplex et rectus*; en la del P. Ezequiel, estotro: *Scientia clarus, virtute clarissimus*. La biografía del primero no se ha escrito todavía; la del segundo, con ser copiosa, devota, documentada y popular, pide el segundo tomo.



Very faint, illegible text at the bottom of the page, possibly bleed-through from the reverse side.



Instrumentos de mortificación empleados por el
Ilmo. P. Ezequiel Moreno y Díaz.



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

II

VIRTUD HEROICA

Existe inédita una declaración jurada y autenticada ante la curia de la diócesis de Pasto, que emitió el R. P. Maurilio Detroux, S. J., quien trató y comunicó mucho con el Padre Moreno, religioso de gran caudal ascético, cuyas virtudes no ensalzamos porque vive todavía. De esta declaración extensa, metódica, serena y muy meditada, escrita en Guayaquil, Ecuador, á 21 de Marzo de 1912, apartamos estos acápites: «...Cumplió el ilustrísimo Sr. Moreno con diligencia sus deberes de prelado; fué muy celoso para acatar las órdenes del Sumo Pontífice, aun en asuntos en que podía resentirse su amor propio y aparecer disminuida su autoridad, como sucedió en el asunto del Colegio de Tulcán, en que la Sagrada Congregación de Roma, según los datos que recibió de la parte contraria, dió por de pronto una resolución en contra del

Ilmo. Sr. Moreno, quien la recibió con mucha humildad y sumisión, sin dejar, sin embargo, de dar posteriormente sus informes verídicos que merecieron segunda resolución de la Sagrada Congregación que aprobaba el proceder del Ilmo. Sr. Moreno (1).

Fortaleza: Le consta al testigo que el ilustrísimo Sr. Moreno tuvo mucha fortaleza para soportar adversidades, enfermedades, injurias, contradicciones, trabajos, angustias y persecuciones por lo menos con ánimo tranquilo y aun se ofrecía al Señor para pasar por ellos y los pedía con otras almas a quienes se había asociado y unido en santa amistad para alentarse á eso, y compuso para pedir trabajos á Dios la oración siguiente...

El señor oyó, en efecto, su petición, favore-

(1) El opositor del P. Moreno, á que alude el P. Detroux, es el actual Arzobispo de Quito. Pues bien, véase qué acción tan hermosa ha obrado éste, colocando el retrato del P. Moreno en el solio arzobispal: «Me han referido que el señor González Suárez, Arzobispo de Quito, ha cedido su solio al retrato del señor Moreno, diciendo á los sacerdotes de la diócesis de Pasto: «Habéis tenido un Obispo santo.» Carta escrita en Túquerres, á 16 de Octubre de 1913, por N. N.

ciéndole con trabajos y sufrimientos corporales y espirituales. Confidencialmente dijo al testigo que de ordinario estaba en desolación interior y que cuando se le presentaba algún consuelo espiritual oía una voz interior que le decía: «Sacrificalo por mí.» Aunque á primera vista parecía de carácter sombrío, en su trato era santamente alegre y dulce. No se acobardaba en los acontecimientos adversos, sino que acudía á la oración...

Templanza: Era manso y paciente el ilustrísimo Sr. Moreno, y el testigo no recuerda haberlo visto airado, ni resentido por injurias ó mal tratos recibidos. No era pertinaz en sostener sus ideas sino que cedía fácilmente al parecer de otros cuando había razón para ello. Era parco en el trato de su persona, viviendo en su palacio episcopal con la pobreza de un religioso muy observante. Nunca tomaba bebidas alcohólicas. Era, asimismo, parco en el sueño.

Pobreza: Su pobreza era muy notoria, bastaba ver su vestido, su palacio episcopal para conocer su desprendimiento de las cosas de la tierra. Toda su renta la gastaba en buenas obras, ya socorriendo pobres, ya favoreciendo obras de piedad. En cierta ocasión, el testigo

tuvo que prestarle alguna cantidad para hacer una limosna que precisaba, no teniendo el Ilmo. Sr. Moreno nada de sus rentas que disponer por haberlas gastado en limosnas.

Castidad: El Ilmo. Sr. Moreno era muy casto, y por su modestia y compostura inspiraba la castidad á los que lo veían y trataban. Cree el testigo que el Ilmo. Sr. Obispo Moreno mereció que el Señor se desposara místicamente con su alma; pues, en cierta ocasión, una religiosa muy favorecida de Dios N. S., refirió cómo había visto efectuarse esos desposorios y cómo le habían puesto un anillo en los dedos al Ilmo. Sr. Moreno, durante la santa Misa. El ilustrísimo señor Obispo no vió nada pero sintió que algo le ponían en el dedo.

Para el confesor: El testigo sabe que mientras vivió el Ilmo Sr. Moreno fué muy estimado y querido, por su santidad y celo apostólico, por el eminentísimo Cardenal Vives; por el Ilmo. Sr. Arzobispo de Quito, González Calixto; por el Ilmo. Sr. Obispo Schumaker; por varios Padres graves de la Compañía de Jesús y de otras Ordenes religiosas. Por referencia sabe el testigo que, después de muerto el Ilmo. Sr. Moreno, muchas personas desean tener reliquias suyas, y atribuyen á su

intercesión muchos favores recibidos y prodigios obrados.»

Como documentos de virtud extraordinaria pasen al dominio público, y los escojo entre los numerosos episodics que he oído comentar en Colombia, los siguientes, proporcionados el primero por el Doctor D. Rafael M. Carrasquilla, canónigo de Bogotá y rector del famoso colegio del Rosario, y los otros por un sacerdote que fué familiar del señor Moreno en Pasto, testigo presencial de los mismos y ahora párroco en la diócesis del Tolima.

En este detalle episódico primero, nada aparece de extraordinario, y, sin embargo, quizás se oculte alguna traza de la Providencia que á la vez que manifiesta la fisonomía moral del insigne varón que fué Obispo de Pasto, sea resultado de un factor maravilloso.

Recién establecidas en Bogotá las conferencias de moral y liturgia para el clero por aquel Prelado insigne que se llamó Ignacio Velasco, hijo de la Compañía de Jesús, se verificó una, á la que asistió el R. P. Ezequiel Moreno. El celoso metropolitano, al emprender su visita pastoral, tuvo por bien, apoyado en autores de razones desopinadas, prohibir que se

celebrase misa en oratorios y capillas que gozaban de privilegio otorgado por una autoridad, cuyo representante había ya muerto, porque creía que todo privilegio expira con la muerte del otorgante. Personas muy doctas y avisadas opinaban á las calladas todo lo contrario, y así, insinuaron al eclesiástico encargado de plantear los casos morales que propusiera éste para tratarlo en una de las conferencias. Así se hizo: el caso versaba sobre la duración del privilegio eclesiástico en general. Concurrieron el día citado los conferenciantes bajo la presidencia del Ilmo. Sr. Velasco; algunos estaban en autos, los demás ignoraban la muy sana intención del proponente; el P. Moreno ni sospechaba el alcance que aquel caso moral tenía.

La sala de la conferencia presentaba un aspecto por demás augusto: allí se veían sacerdotes encanecidos por el rudo batallar del ministerio; allí, jóvenes llenos de vigoroso celo, doctos, emprendedores, obispos en flor; allí estaba la ciencia armonizada con la virtud, la disciplina con la iniciativa personal, la dulzura con la fortaleza; entre ellos se escondía la humilde figura de un religioso recién llegado de España, en cuya fisonomía se trans-

parentaba la suavidad de un San Ambrosio y la energía de un San León: el P. Moreno.

Llega el momento del escrutinio para designar al sustentante del caso, los escrutadores sacan una boleta y aparece el nombre del Padre Ezequiel. En el centro de la sala hay un asiento; el religioso, con paso medido, se acerca á él y empieza la conferencia; su palabra sale moderada, grave, como unida con la expresión de la verdad; y analizando autores de indiscutible valía, va desenvolviendo la doctrina de que el privilegio sobrevive al que lo concede; por el semblante del Prelado pasa una como sombra de inquietud. ¿Hay alguno que objete al Reverendo Padre? Reina en el recinto silencio majestuoso; el P. Moreno está en lo cierto. Y aquí comienza el ilustrísimo señor Arzobispo á defender su opinión, concretándose al privilegio del altar, y el religioso á rebatir con medida las objeciones.

¿Conoces, oh, lector, la encantadora novela inglesa *Mi nuevo coadjutor*? Viajaba yo en el tren de Girardot cuando me contaron este episodio del Padre Moreno, y, conforme se dibujaba en mi fantasía, recordaba el que Shehan trae á colación en la conferencia irlandesa, tan llena de encantos y de enseñanzas.

—Y bien—pregunté á mi amable narrador—; ¿se defendía bien el Padre?

—Perfectamente. Entonces comprendí—me dijo—el sacrificio que cuesta á un personaje desdecirse y también el mérito de la humildad.

—Pues, ¿cómo terminó aquéllо?—pregunté lleno de ansiedad.

—El ilustrísimo señor Arzobispo acabó la conferencia de este modo: «—Reverendo Padre Moreno, debo manifestarle que he objetado á Vuestra Reverencia con tanto empeño, no por someter á prueba sus conocimientos de teología moral, que veo son muchos, sino que quería persuadirme dónde estaba la verdad. Por lo tanto, el Prelado de Bogotá hoy, en presencia de sus hijos, confiesa que juzgaba desacertadamente, y se abraza con la opinión verdadera demostrada por un Religioso.»

Otro caso.

Celebraba en el oratorio del palacio el ya Ilmo. P. Moreno, deteníase algún rato dando gracias á Dios después de la misa, y al salir para irse á desayunar, deteníase todos los días ante una señora que asistía al santo sacrificio, sacaba del bolsillo unas monedas y se las daba, y se marchaban en silencio cada uno

á su ocupación. Aquella señora era una verdadera vergonzante, en otro tiempo adinerada y ahora muy falta de recursos, á quien el P. Ezequiel conocía perfectamente. Un día, acabó su acción de gracias el Prelado, pasó ante la señora, y bien sea por olvido, bien sea porque no tenía, lo cierto es que se fué de largo sin dar limosna; acabó el sacerdote arriba mencionado de arreglar los ornamentos sagrados, pues le ayudaba á misa, y al irse también al comedor para acompañar á Su Ilustrísima, se acercó á la señora que estaba de rodillas y la despidió del oratorio.

La mujer se fué afligida á la calle; entró el sacerdote en el comedor donde se disponía á desayunar el Obispo, quien, poniéndole blandamente la mano en el hombro, dijo con tono compasivo:

— Trate bien á mis pobrecitos.

Poco después le entregó unas monedas, advirtiéndole:

— Vaya usted á tal tienda, en la que encontrará á la señora despedida; déle esta limosna.

Obedeció el familiar á ciegas, fué al punto dicho, y cumplió el encargo; á su regreso al palacio, el sacerdote reflexionaba cómo podía saber el Obispo el lugar preciso en que se ha-

llaba la mujer, ya que no era frecuentado por ella, sino que, por coincidencia rara, había entrado en aquella tienda entonces mismo.

El propio sacerdote testifica el siguiente hecho:

Durante algunas noches, muy avanzada ya la hora, notó que en el oratorio había movimiento y rumor de voces: ¿Qué sería? Indudablemente el señor Obispo estaba en oración, cual solía, pero ¿cómo se explicaba aquel ruido? Sorprender al Prelado, abriendo la puerta de improviso, no le parecía conducente. Pues ¿qué hacer? He ahí que le ocurrió colocar una escalera de modo que se pudiera subir hasta una ventana desde la cual se facilitaba curiosear todo tranquilamente. Se asoció, al efecto, con un sirviente de la casa, y colocaron la escalera una noche. Subiéronse y vieron que el P. Ezequiel estaba en medio del oratorio de rodillas, en altísima meditación; de repente lo invadió una ola de luz por completo, bañándolo y dejándolo como glorificado; al poco rato, el Padre se levantó y se acercó al altar, se arrodilló, se levantó, se volvió á postrar; adelantaba unos pasos hacia el sagrario, se retiraba discretamente y tornaba á aproximarse yendo todas estas acciones acom-

pañadas de palabras, que los que estaban en la escalera no entendían. Por fin abrió el sagrario, descorrió la cortinilla y se puso á dialogar con el Santísimo Sacramento, encendido el rostro y sonriente, accionando con maneras mesuradas, y hecho un serafin de devoción. ¿Qué hablaba el P. Moreno? ¿Qué le contestaba el dulcísimo Jesús? Los curiosos no entendieron nada; pero no dudaron de que aquellas ternezas y deliquios tenían por tema la salvación de las almas y el sacrificio personal aún de los deleites más legítimos, en obsequio al Amado.

He aquí una declaración ratificada como verdadera, á la hora de la muerte, ante el Padre Postulador de la causa de beatificación, Fray Alberto Fernández, y dos testigos, ratificada, digo, por una religiosa betlemita, quien trató al ilustrísimo P. Moreno, en Pasto, por cuatro años, dentro y fuera del confesionario. El nombre de ella, oculto por delicadeza mientras vivió la religiosa, es Madre Asunción, ilustrada y piadosa, que murió en Pasto, años después que el P. Moreno.

Al pie de la declaración original, leo: «Es religiosa muy de Dios, está ciega y dictó lo que precede á una señora de toda confianza.

Me consta. Fray Toribio, Obispo de Sigüenza (rúbrica).

La referida religiosa dictó la relación precedente á una señora de absoluta confianza, en varias ocasiones, estando yo presente. Fr. Alberto Fernández (rúbrica).»

Repito que esta declaración fué confirmada por la misma religiosa, estando ya para morir, ante el mismo Padre Postulador y dos testigos:

«Siento no tener su comunicación epistolar, pues todas sus cartas estaban impregnadas del más encendido amor divino, pero por su grande humildad me ordenó quemara esta comunicación antes de su muerte. Su amor con Dios fué tan íntimo como lo prueba el hecho siguiente: El 25 de Agosto de 1899, estando celebrando la Santa Misa en nuestro Colegio de Pasto, súbitamente, cuando consagró, se enardeció tanto su semblante, que parecía un serafín, pues se le apareció en la Sagrada Forma Nuestro Señor Jesucristo, de una manera visible, y desposándose con su bendita alma le puso en el dedo anular de la mano derecha, un anillo de inexplicable valor, diciéndole: *Tú serás mi esposa muy amada*, y algo más indecible y misterioso. La Comunidad entera, des-

pués de la misa, notó en su semblante algo de extraordinario ó celestial...

Ese día tocábame escribirle de los sentimientos del amor divino, según nuestros tratos espirituales. En la carta, habléle sobre lo ocurrido en la misa, dándole la enhorabuena por tan feliz suceso. Regresó por la tarde á cubrir el Santísimo, y antes de esto le hablé en el confesonario para dar pábulo á nuestros sentimientos de devoción y ternura al amantísimo Corazón de Jesús; le pregunté si era cierto lo que yo le había dicho en mi carta, y me contestó afirmativamente: —*Cierto fué; demos gracias á nuestro amado Jesús.*—Desde ese día tomó en costumbre venir cada 25 de mes á celebrar la misa, y predicarnos del amor de Jesús y de sus dolores internos, no faltando á esto sino en caso de enfermedad grave ó ausencia del lugar; recuerdo las palabras textuales que nos dijo en su última plática del 25 de Septiembre de 1905:

«Hijas mías, hoy estaréis todo el día á los pies de Nuestro Amo; en vuestros más puros é íntimos afectos decidle con toda la emoción de vuestro espíritu: *Fiat voluntas tua*; pues tenemos que conformarnos con la voluntad de Dios, que disponga de vuestro Padre según

su divino beneplácito.» ¡Un solo sollozo se oyó en nuestra Capilla, pues ya presagiábamos nuestra triste orfandad...!

El 27 del mismo mes, habiéndonos propuesto varias de las Hermanas de la *Liga Santa* iniciada por un religioso devotísimo del Corazón de Jesús y fundada en este Colegio por el Ilmo. Sr. Moreno, hacerle á nuestro Amado Jesús un pabellón para guarecerle de los ataques de los impíos; repartímonos el cortinaje de varios colores, tocándole á Su Señoría el color violado.

¡Cuánto gozaba nuestro espíritu viendo al Amado de nuestras almas vestido de púrpura y coronado de Rey en medio de nosotras, queriendo defenderle de la malicia é ingratitude de los hombres, con nuestra absoluta y total entrega á su reinado...! En ese día sucedió lo siguiente: De súbito salió una luz del Corazón de nuestro Amado, á manera de un foco deslumbrador que fué á parar directamente al corazón de Su Señoría Ilustrísima, inclinóse nuestro gran Rey, y, tocándole la cabeza con el cetro de oro le dijo: ¡MORIRÁS!

Todo lo dicho se lo dije al señor Obispo tres meses antes de su partida, á lo que me

contestó: *Cúmplase la voluntad de Dios y sea bendito para siempre.*

En la víspera de ese para nosotras tan triste viaje, le hablé á solas, manifestándole el deseo que tenia de ofrecer á Dios mi vida por la de Su Señoría Ilustrísima, mas él me contestó: *No, hermana mía, dejemos que en todo haga Nuestro Amado lo que quiera de nosotros. Y agregó: Sigamos con nuestra Liga Santa hasta la muerte...*

Pidiéndole yo al Señor conmutara esa sentencia y nos dejara por unos años más á nuestro querido Padre, fuéme respondido: «Mi justicia exige este castigo por los insultos lanzados por la Prensa liberal en contra de mi muy Amado. Por tanto: lo llevaré á su propio convento para que muera tranquilo y lejos de las molestias que le ocasionarán las necesidades de su Diócesis.»

Toda la Comunidad oraba incesantemente por el restablecimiento de la salud de Su Señoría Ilustrísima, uniendo nuestras oraciones con las de toda su Diócesis, y, como este milagro se lo pedimos á la Virgen Santísima de las Lajas, cuyo santuario visitó el Sr. Moreno al despedirse de esta dulce Madre, consuelo universal de Colombia, concebí alguna espe-

ranza; pero me convencí de lo contrario el 8 de Mayo de este mismo año, en que me pareció verlo muerto..., y atendiendo el Señor á *ciertas* súplicas, le concedió tres meses largos para librarle del todo del Purgatorio.

En efecto, el 19 de Agosto asistieron á su muerte preciosa Jesús, María y José y una multitud de ángeles.

Cuando expiró, su alma bendita entró de lleno en el amantísimo Corazón de Jesús, ordenándose todos en procesión hasta el Cielo Empireo, donde saludó á la Beatísima Trinidad con sumo amor, respeto y agradecimiento. En ese momento le pusieron una vestidura tan blanca como la nieve; y como fué contado en el número de los mártires por haber sufrido mucho, muchísimo, sin poder contener, por más esfuerzos que hiciera, la corriente devastadora de errores y malas doctrinas que amenazaban perder la fe y por cuya pureza é integridad, especialmente en su Diócesis, ofreció su vida como una víctima en el altar del sacrificio...

En atención, pues, á todo esto, fuéle puesta una divisa en figura de banda ancha, formada de rubíes preciosísimos, transparentes como la luz, terciada desde el hombro derecho has-

ta la cintura... Después fué coronado con corona y aureola de gloria y entró de lleno en el goce de su Señor...

¡Oh, Dulcísimo Jesús, cómo premiáis en el Cielo el sufrimiento con el que nuestro ilustrísimo señor Obispo se inmolaba en el ara del amor divino y de vuestro querer, sacrificándoos hasta aquellos dulces consuelos y luces celestiales de que vuestra presencia lo inundaba, creyéndose indigno de recibir-las!, según él decía en algunas conferencias espirituales que tuvimos á vuestra mayor honra y gloria.

He dicho en pálidos bosquejos algo sobre el ilustrísimo Sr. Moreno; ahora narraré algunas de las muchísimas cosas que nos edificaron. Su don de lágrimas era tan manifiesto, que en todas sus pláticas y exhortaciones las derramaba con profusión, conmoviendo hasta el acento de su dulce voz, especialmente cuando predicaba delante del Santísimo.

¿Qué diré de su amabilidad cuando visitaba nuestro Colegio? Era una fiesta para todas las niñas, porque cada cual encontraba una madre tiernísima, pues ya les refería ejemplos adecuados á su edad, les regalaba estampas ú otros objetos de devoción; ya les habla-

ba sobre la Santísima Virgen y sus advocaciones, sus gracias y privilegios, en fin, sus conversaciones tan amenas y tan santas parece que repercuten en nuestros oídos todavía y será imposible olvidarlas jamás.

Cuando iba al Asilo de Huérfanas que tenemos á nuestro cargo, era cosa que conmovía ver el amor y caridad con que trataba á las niñas, sobre todo á las más tiernas, dábales reales para sus frutas y antojos, les compraba dulces y los repartía por su propia mano á cada una, dándole un consejo ó palabra espiritual. Su gran caridad con los enfermos y moribundos era sin medida, pruébanlo dos de las nuestras que tuvieron la suerte de morir ayudadas por su Señoría. Largos ratos permanecía al lado de su lecho para consolarlas y animándolas á resignarse á la voluntad de Dios, á su amor ardiente, y hasta morir con gozo y alegría y aun para que sus cuerpos no quedaran sepultados en el cementerio común de los fieles, mandó hacer para nosotras un pequeño panteón en el llano del Asilo.

Su caridad en todo sentido era indescriptible, conocida generalmente por todos. Como director de almas era tan discreto, tan sabio, tan prudente y acertado como mucho pudiera

decir y siento no tener tiempo, porque tendría muchísimo que decirle de las virtudes de nuestro nunca bien llorado Padre y Pastor.»

He aquí otros datos proporcionados también por el Padre Postulador de la causa, á quien se refieren estas cartas:

De una carta de la Reverendísima Madre María Luisa, betlemita, fechada en Nápoles el 31 de Julio de 1908, son los siguientes párrafos:

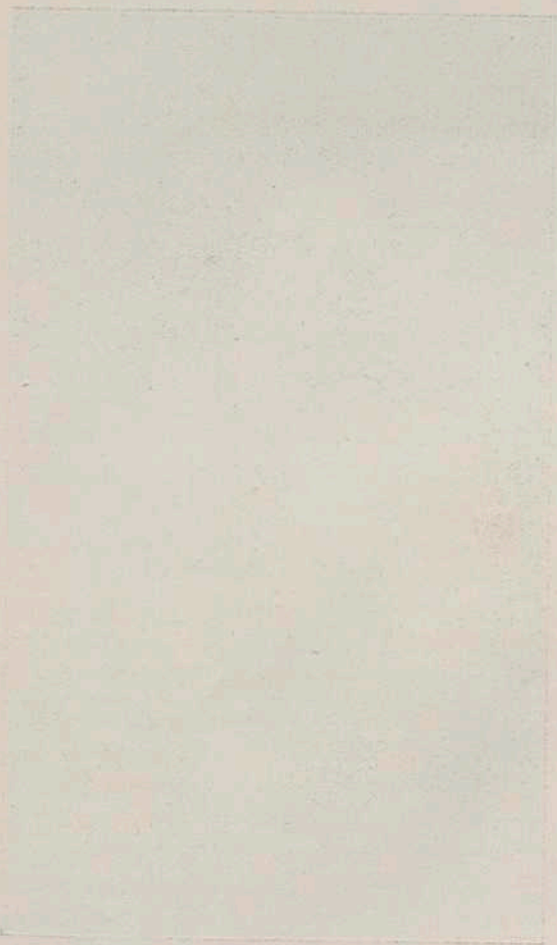
«Recibí su muy apreciable carta y voy á contarle lo que me pregunta. De lo que se supone pasó al ilustrísimo Sr. Moreno ese 25 en la Capilla del Colegio. Su Señoría no me dijo á mí nunca nada. Las Religiosas me dijeron lo mismo que sabe Vuestra Reverencia, esto es, que veían que algo le habia manifestado Dios Nuestro Señor, porque lo vieron conmovido extraordinariamente durante la Santa Misa; que alguna de ellas le preguntó algo y él contestó que habia hecho un convenio con nuestra Madre Encarnación; y que desde ese dia desplegó un fervor especial por los dolores morales de Nuestro buen Jesús. Su Señoría lo único que me dijo respecto á esa devoción es, que cada dia se persuadia más de que el librito que habia escrito fué verdadera

inspiración del Señor; que cada vez que lo leía encontraba algo que sólo Él se lo podía haber inspirado. No recuerdo más, Padre mío.»

De una carta del Reverendo Padre Maurilio Detroux, S. J., fechada en Guayaquil el 21 de Febrero de 1909, es lo siguiente:

«Sobre las dos preguntas que me quería hacer el P. Alberto, le diré lo que hay. Los versos son de la Madre Asunción, lo mismo que cualesquiera otros que haya entre esos papeles privados del ilustrísimo Sr. Moreno.

El favor del 25 de Agosto de 1899 fué de esta manera; estaba celebrando la Santa Misa en la capilla de las Madres Betlemitas y durante ella vió la Madre Asunción cómo el Divino Esposo se desposaba con el alma del señor Moreno y le ponían (creo que María Santísima y San José) un anillo en el dedo, y, en efecto, dijo después el ilustrísimo Sr. Moreno, que, aunque no había visto nada, había sentido que le ponían algo en el dedo. Favor bien singular, que se hace creíble, sabiendo la pureza de intención con que aquel santo varón buscaba á Dios Nuestro Señor aún en medio de sequedades que afligían su espíritu.»



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY



Cuadro del P. Ezequiel Moreno y Diaz. Hoy se conserva en el Convento de Agustinos Recoletos,

INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA



III

SUCESOS EXTRAORDINARIOS

El milagro no es la santidad pero suele ser su indicio y argumento. Dicho queda que la vida del P. Moreno fué aparentemente común y no favorecida con eso que llamamos milagros; pero quien leyere la citada biografía, donde resalta la macicez y constancia en el bien obrar del religioso y del obispo, no podrá menos de adivinar que algo muy especial se encerraba en aquel corazón tan humilde como magnánimo. Y ese algo está apareciendo día por día con muy crecida fama alrededor de su sepulcro, y ese algo palpita en los sucesos extraordinarios que se cuentan por decenas como obrados por su intercesión, de entre los cuales el biógrafo del tomo II podrá elegir los siguientes:

«Pasto, Julio 20 de 1912.

Muy R. P. Alberto Fernández, E. S. C.

Apreciado Padre: Cediendo á las insinuaciones de V. R., refiero gustoso el favor que se ha dignado concederme Dios por intercesión del Ilmo. Sr. D. Ezequiel Moreno Díaz.

Es el caso que el año 1899, para cooperar a extinguir la revolución que durante tres años anegó en sangre nuestra patria, milité en las filas del partido conservador.

Mientras la campaña, y obligado por la fatiga, me aficioné a las bebidas alcohólicas de modo, que el vicio de la embriaguez me dominó por completo. Veces hubo que me enajenó hasta por quince días consecutivos, durante los que no tomaba alimento alguno.

Mi dignidad de hombre se rebelaba contra este modo de ser, y desesperado tomé muchos remedios destructores de tal vicio, entre otros uno especial pedido á Inglaterra por el R. P. Loidy, mas todo fué inútil, el vicio se aferraba más y más.

Cuantas veces en horas de reflexión me volví á Dios suplicándole hiciera desaparecer de mí tan abominable vicio: entonces me dispo-

nía á la enmienda, pero ahogaba en seguida el hábito vicioso toda resolución saludable y algunas veces dejé de implorar la misericordia divina. Nueve años duró esta lucha terrible. Al fin una religiosa Betlemita me dió una reliquia y un retrato del Ilmo. Sr. Moreno, y me dijo que llevara conmigo la reliquia, y que poniendo por medianero al Sr. Moreno rezara tres Padrenuestros y Avemarías á la Santísima Trinidad para que se dignara venir en mi socorro.

Puse inmediatamente la reliquia sobre mi corazón, y... desde aquel día (1.º de Octubre de 1910), día venturoso para mí, declaro solemnemente ante Dios que no he sentido el menor deseo de tomar bebidas alcohólicas; y no que tenga de violentarme, sino que el mismo deseo parece extinguido.

Mientras el Ilmo. Sr. Moreno vivió entre nosotros, me fué muy antipático; mas hoy su recuerdo y esta reliquia, que empañándola en lágrimas estrecho a mi corazón, los veneraré hasta el instante último de mi existencia.

He ahí R. P. la gracia que he querido manifestarle; pronto estoy á confirmar con juramento cuanto he dicho y á presentar testi-

gos honorables que presenciaron mi vicio y que certificarán el cambio en mi operado.

De V. R. afectísimo amigo y seguro servidor, *Florentino Delgado Z.*>

«El 24 de Mayo de 1911, la señora Doña Rebeca Delgado de Eraso, felizmente dió á luz á su primogénita. Sin embargo, del día segundo para adelante, se le declaró la fiebre puerperal, juzgada en mortal forma por el médico de cabecera Sr. Dr. D. Buenaventura Paz. Este creyó conveniente convocar una respetable junta de señores facultativos para, de común acuerdo, tratar de salvar la interesante vida de aquella señora, perteneciente a una familia distinguida de esta ciudad; tanto más, cuanto aquí, entre nosotros, la peritonitis puerperal se ha hecho casi incurable y llevado un sinnúmero de víctimas al sepulcro.

La indicada junta declaró incurable la enfermedad.

La calentura seguía avante hasta dar el termómetro de 40° á 41°, con los demás funestos síntomas que preludiaban una próxima muerte.

Llegó el día 2 de Junio, primer viernes, la enferma recibió la santa Comunión á las

cinco de la mañana y pidió fervorosamente al Sagrado Corazón de Jesús, cuya bendita imagen tenía á la vista, de que por intercesión del Sr. Moreno, retrato que tuvo también á la cabecera de la cama, le concediera la gracia de una buena muerte ó lo que fuera de su voluntad divina.

Habiéndola visitado esa mañana los médicos, aseguraron éstos que la enferma moriría. Tan luego como su esposo y demás miembros de la familia conocieron que los supremos momentos de conflicto demandaban celeridad, salieron en pos del señor cura párroco con el objeto de que sin pérdida de tiempo tuviera la condescendencia de suministrarle los últimos Sacramentos; y encontrándose en el tránsito el médico, Dr. Moncayo, con uno de los sacerdotes que debía servir de diácono al llevar la Majestad, le dijo: «Apure, por que no alcanza la enferma á recibir el Viático»; y efectuándose aquella medida preventiva, salió la Majestad acompañada de un numeroso concurso compuesto de personas distinguidas recorriendo el espacio de ochenta metros, desde la Catedral hasta la morada de la moribunda; y al recibir el Viático, se veía el rostro de su esposa bañado en lágrimas, lo

mismo que el de sus hermanos y demás miembros de familia de la presente víctima, así como también el de algunos asistentes connotados.

A la una de la tarde de este mismo día empezó la enferma á agonizar; el rostro demudado, el fatal ronquido de la garganta se dejó oír, la lengua y labios ennegrecidos, y todo su cuerpo estaba rígido, helado y en terribles convulsiones. Encontrábase á su cabecera la reverenda madre María de la Paz, superiora de las reverendas madres Betlemitas, de quien había sido discípula, recitándole algunas jaculatorias que la moribunda con voz entrecortada repetía; y viendo la madre que ya era llegada la hora fatal, se levantó del asiento, y volviéndose al esposo y familia que la rodeaba, exclamó: «¡Va á expirar!» Entonces uno de los circunstantes instintivamente suplicó á la Madre Paz pidiera á Dios el milagro de que no muriese la joven. «¡Ay!, exclamó aquélla, no quisiera pedirlo; está también dispuesta esta niña ahora para morir; no sé después cuánto irá á sufrir como madre de familia.» Dirigiéndose en seguida á la madre Matilde que la acompañaba, la dijo: «Vaya, reúna á todas al pie del altar» «¿Y á quién pedimos

este favor?», observa la madre Matilde. Una señora replica: «Al Sagrado Corazón de Jesús por intercesión del Sr. Moreno.» Entonces la madre Paz dice: «Rece tres Padrenuestros á la Santísima Trinidad de quien el Sr. Moreno era muy devoto, rogando todos de rodillas que si le conviene le dé salud.» Rezó la madre Matilde los tres Padrenuestros con las personas que la acompañaban, y... ¡oh portento de la oración!, á eso de las dos de la tarde la enferma recobra la vida..., sus labios están refrescados; recibe perfectamente los medicamentos que le suministran y luego se entrega por algún tiempo á un sueño reparador.

Es de advertir que en este día se habían hecho celebrar varias misas al Sagrado Corazón de Jesús para que por medio del ilustrísimo Sr. Moreno le concediera á la enferma la salud y la vida, la cual *gracia extraordinaria* ha sido otorgada con aumento de fe y confianza en el Señor, devoción á su siervo, alegría suma en la familia y envidiable salud de la señora beneficiada, quien á la presente es segunda vez madre de un bello y robusto niño.

Para gloria de Dios, honra de su siervo y edificación de los fieles, firmamos la presente en Pasto el 9 de Julio de 1912.—*Rebeca D. de*

Eraso N.—Enrique Eraso Navarrete.—Carmen Navarrete V. de Eraso.—Rafael Eraso Navarrete.—Leonidas Delgado S. «P. D.». Los señores médicos que hicieron el diagnóstico de la enferma son los siguientes: *Dres. Buenaventura Paz.—José María Bucheli.—Patrocinio Moncáyo.—Enrique Miranda.»*

He aquí unos párrafos de cierta carta de la R. M. Superiora de monjas dominicas del convento de Almagro, dirigida al R. P. Secretario general de la Orden de Agustinos Recoletos, quien le rogó por carta que manifestase detalladamente lo ocurrido en el convento sobre la curación de una monja. Contesta ella de este modo á 5 de Junio de 1910:

«La religiosa curada por intercesión del Venerable P. Ezequiel, es hermana de obediencia y se llama Sor Gila Argain de Nuestra Señora del Camino, nació en Pamplona el 1.º de Septiembre de 1863. Tomó el santo hábito el año 1886; á los tres años de profesar empezó á padecer del estómago, fiebres, luego le dieron dolores muy fuertes en el vientre y á consecuencia de éstos le sobrevino una gran debilidad; fué empeorándose, no permitiéndole la molestia que sentía en el vientre

ponerse derecha; estuvo á la muerte á consecuencia de todo ello por dos veces, estando en la cama por una vez seis meses y otra cuatro, y llevaba ahora ya once años sin poder andar, pues sentía una cosa interior que no la dejaba enderezar y una inmensa debilidad; cuando podía bajaba á oír misa y comulgar apoyada en su muleto y sostenida por el otro lado de una religiosa; como ella nunca permitió un reconocimiento, á ciencia cierta los médicos no pueden decir la enfermedad que tenía, se inclinan fuese una úlcera interior; pero era tal su estado de debilidad que no podía permanecer en el coro, pues la mareaba el movimiento y canto de las religiosas, y muchas veces al volver de misa, tenía que echarse aunque fuese en el suelo, pues no podía llegar á la habitación más inmediata; los varios médicos que la asistieron la declararon incurable, y justamente pocos días antes de efectuarse el milagro vino al locutorio un médico que la asistió, nos preguntó por ella, y al contestarle que lo mismo, nos dijo así estará hasta que muera.

La enferma oyó hablar de la curación de una monja del Convento de Aldaz, por escribirse-lo á otra religiosa navarra su familia; enton-

ces deseó vivamente obtener una reliquia, y las bondadosas religiosas se la enviaron. La tarde del 30 de Marzo le entregaron la deseada reliquia, que consistía en un pedacito de camisa del V. P. Ezequiel pegado en una estampa; la metió en el librito del Triduo del Corazón de Jesús, lo llevó consigo hasta la noche, hora que pensaba cómo todas las semanas hacerlo y como ese día, miércoles, le tocaba comenzar, pensó hacerlo, pidiéndole la gracia deseada al Corazón de Jesús por medio de su siervo. Al hacer la súplica, invocó al Venerable con estas palabras: «Si eres santo y me convienes para mi salvación, bien puedes curarme como á la otra religiosa», y en aquel momento se encontró de rodillas (que hacía once años que no había podido arrodillarse ni un solo momento), sintiendo una energía y una vida en el organismo, que no comprendía lo que era, empezando á dudar si era sobrenatural ó ilusión lo que sentía, pues de la suma debilidad que sentía momentos antes se sentía fuerte como si le volviera la vida; la impresión fué grandísima y como eran las diez de la noche, y, por consiguiente, la Comunidad recogida y ella sola en su celda, se acostó, sin poder conciliar el sueño por

la agitación y preocupación que sentía; entonces se encomendó á San José, rogándole que como último día de su mes la consolase y le diese á conocer, que en sueño comprendiese si era verdad estaba curada, que ella estaba completamente conforme con la voluntad de Dios, reiterando los actos de completa entrega en sus manos, entonces quedó dormida y soñó estaba buena y andaba por el convento sola; al despertar, ya sin dudar, se levantó á las cuatro de la mañana, vistiéndose y yéndose al coro alto, que tiene una escalera pesadísima, y permaneció media hora de rodillas, dando gracias al Señor, entonces se presentó en mi celda; al verla, calcule cuál sería mi asombro; aunque era hora tan temprana no quería presentarse en Comunidad sin mi permiso; después de pasada nuestra emoción bajó á coro, donde fué una sorpresa general; y aunque no sabían á quién se le debía aquella gracia, pues ella no había dicho nada, y casi para todas las religiosas era desconocida la reliquia, todas daban gracias al Señor, y se cantó un *Te Deum* por la Comunidad, seguimos la oración, horas, misa y Sagrada Comunión; después de terminado todo, nos reunimos y dimos gracias mil y mil al Señor, que

por intercesión de su siervo obraba tales maravillas, todas querían abrazarla, unas lloraban de emoción y todas sentíamos una cosa interior imposible de explicar; parecía imposible verla correr y con una animación y una vida maravillosa. Después que pasaron algunos días, ella decía y sigue diciendo que la causa no ha desaparecido del todo, pues al hacer un movimiento violento ó levantar un peso siente dolor, pero anda, y desde ese día no ha perdido un acto de Comunidad, siguiéndole las fuerzas adquiridas milagrosamente. Creo he satisfecho sus deseos. Sólo me resta añadir que la hermana curada le da mil gracias por su enhorabuena y está agradecidísima a su venerable hermano el P. Ezequiel, considerándose más hija aún de nuestro P. San Agustín.»

«Jamundí, Junio 7 de 1912.

Al Reverendo Padre Superior de los Agustinos Recoletos.

Manizales.

Muy respetado Padre: Cumpló hoy con el deber de comunicar á su Reverencia un milagro que me hizo el alma del ilustrísimo señor Obispo Moreno (q. e. p. d.), y el cual quedé

comprometida á publicarlo; aun cuando es cierto que en todos estos contornos lo saben, pero no por eso quiero dejar de hacerlo conocer en otros lugares, particularmente á su Reverencia, para que haga de él el uso que á bien tenga, y el cual es el siguiente:

Habiéndoseme fracturado las dos cañas ó huesos de la pierna derecha á consecuencia de haberme tumbado un caballo, caí gravemente enferma, porque fué sumamente grave la fractura, por haber roto el hueso la epidermis, formando dos graves heridas, produciendo una hemorragia horrible. Dos médicos notables me asistieron y creyeron no poderme salvar sino amputándome la pierna, pues comprendían que la gangrena iba á ser inevitable; pero á Dios gracias, tan pronto como volví en mí del síncope que me atacó, invoqué el alma del ilustrísimo Obispo Moreno pidiéndole me salvara la vida y me salvara también mi pierna, pues los médicos no se esquivaron en hacerme comprender el peligro tan grande que me amenazaba; pero como la misericordia de Dios es tan grande, no me dejó desesperar ni desconfiar en que el alma del ilustrísimo Sr. Moreno me salvaría, y á toda mi familia le recomendé le pidieran á él

mi salud, pues tenía una fe grande en que él me haría el milagro. Sólo después de quince días declararon los médicos que me encontraba fuera de peligro, pero con el temor de que fuera á quedar coja por no haber podido enablillarme la pierna en debida forma, sino después de quince días, por estar atendiendo las heridas y esperar á que éstas cicatrizaran.

Hallándome tan grave como me encontraba, á los diez días de sucedido esto, me atacó de un momento á otro neuralgia cardiaca, y tanto los médicos como yo creimos fuera el último momento de mi vida; pero hasta el instante en que pude hablar no dejé de encomendarme al alma del Obispo Moreno. Así es que gracias á Dios, á la Santísima Virgen y al alma del ilustrísimo Sr. Moreno, me encuentro hoy perfectamente bien de salud, sin haber quedado coja y sin notarse cuál de las dos piernas ha sido la fracturada, pues sólo han quedado las cicatrices de las heridas.

El motivo por el cual me decidí yo á pedirle al alma del Obispo Moreno mi salud, fué por haber oído leer en los días anteriores á mi terrible desgracia un milagro que acababa de hacer el alma del Obispo Moreno á una monja, que sufría de la garganta y que estaba

ya desahuciada por los médicos, y que con solo haberse aplicado una reliquia de él había quedado curada.

Le suplico encarecidamente me conteste á esta población para saber si ésta ha llegado á sus manos.

Quedándole muy agradecida, me suscribo de su Reverencia atenta y s. s., *Isabel Manrique.*>

«Pasto, 15 de Marzo de 1912.

Reverendo Padre Fray Alberto Fernández.

Presente.

Mi respetable Padre: Sabedores que Vuestra Reverencia es el comisionado para recoger los datos biográficos y tomar nota de los grandes acontecimientos que suceden por mediación del que fué nuestro dignísimo Obispo Fray Ezequiel Moreno y Díaz (q. e. p. d.), le manifestamos el siguiente hecho, que pasó con nuestra cara hija Rebeca, y es éste:

Como a los cinco días del mes de Noviembre del año pasado (1911), y á las nueve de la mañana, poco más ó menos, se encontraban nuestros hijos Carlos Enrique, Rebeca y Josefina, de edad de once, nueve y siete años, res-

pectivamente, jugando en una de las habitaciones de la casa. Carlos Enrique toma un revólver, marca *Smit*, calibre 38, que se hallaba cargado, y encontrándose con Rebeca frente á frente á distancia de un metro, aquél apunta á ésta, ignorando ambos que el arma contenía cápsulas, y dispara; mas ¿qué sucede?, le da el proyectil en el pecho, precisamente donde nuestra hija Rebeca tenía un pedacito de los *guantes que usó el ilustrísimo señor Moreno*, la bala hunde un tantito la mencionada *reliquia*, se desvía tomando una dirección transversal y va á clavarse á la pared contigua á distancia de tres varas, introduciéndose tres centímetros, y á la chica apenas le causa dos pequeños raspones, el uno en el lugar donde directamente iba la bala, el pecho; y el otro, mediante la desviación, en la parte superior del brazo.

Nuestra hija Rebeca desde ese mismo instante quedó sana, implorando á Dios y bendiciendo todos los de casa á nuestro ilustrísimo Prelado, autor del favor.

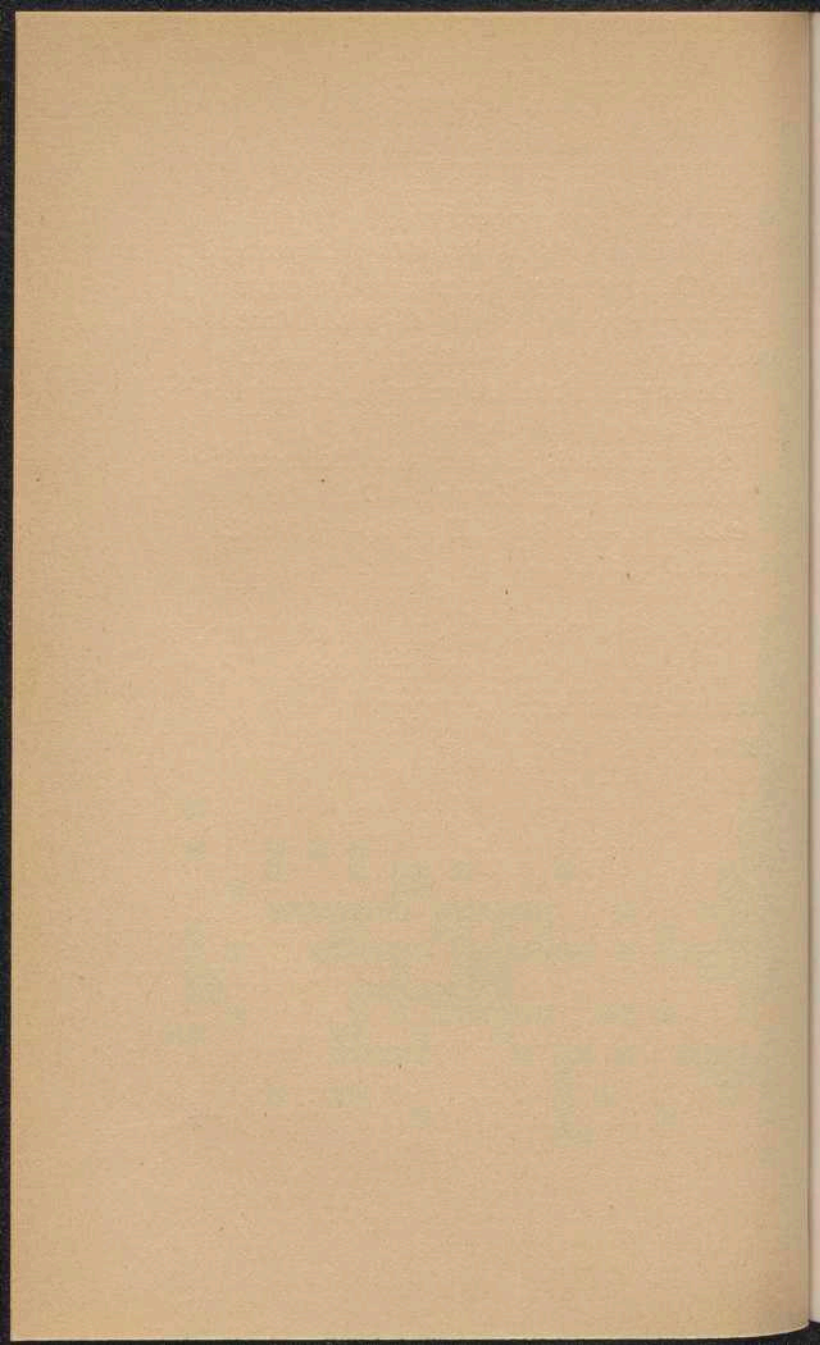
He aquí, Reverendo Padre, la narración de este hecho sorprendente, que podemos declarar con la gravedad del juramento, para que la Autoridad Eclesiástica lo juzgue según las

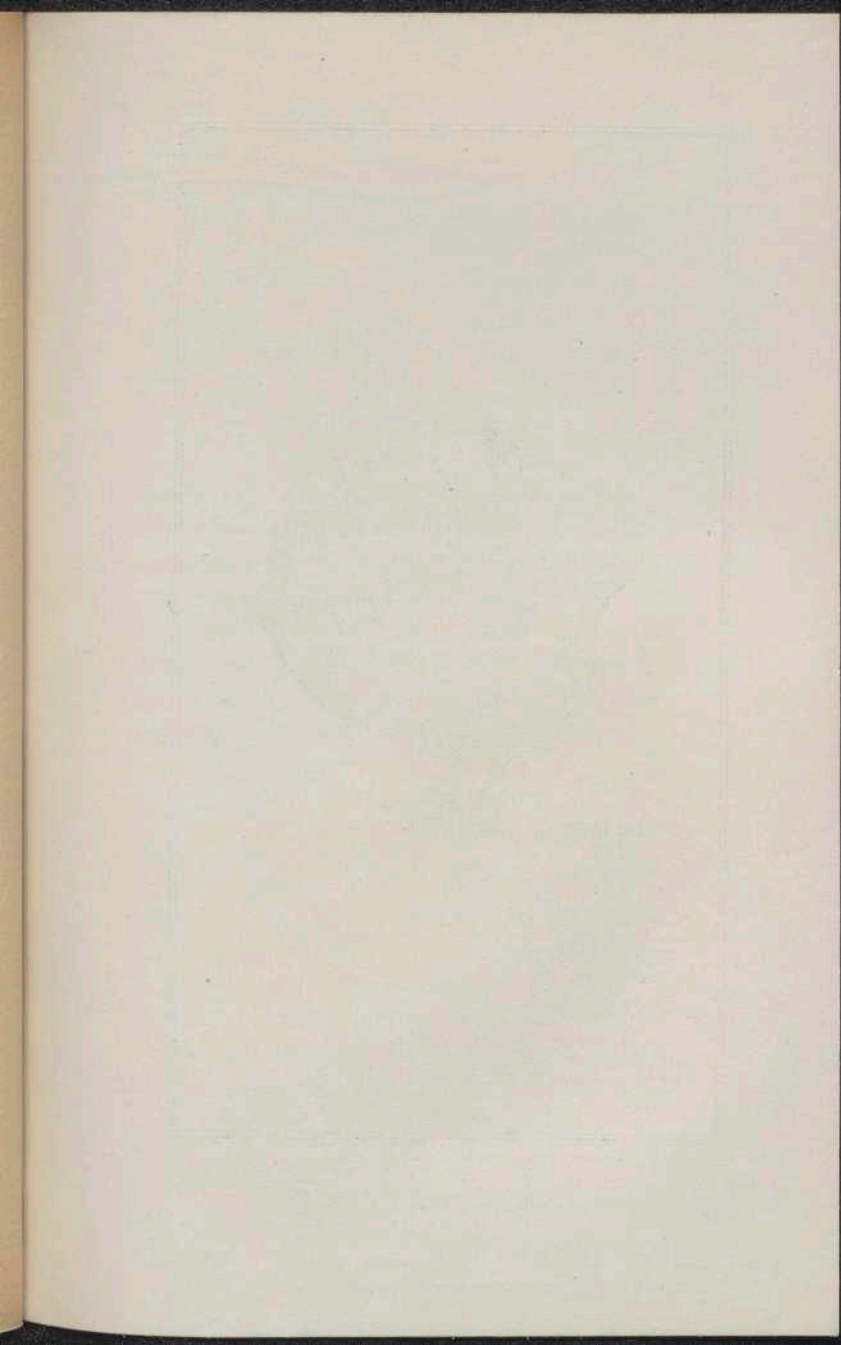
Leyes Canónicas, y mediante la aprobación en el número de los grandes milagros que Dios Todopoderoso derrama á sus criaturas por intercesión del ilustrísimo señor Moreno, verdadero modelo de virtudes y santidad.

De esta carta puede Vuestra Reverencia hacer el uso que más convenga.

Sus afectísimos y seguros servidores en Jesucristo, *Angel L. Zarama.—Delia Delgado de Zarama.—Carlos E. Zarama.—Rebeca Zarama Delgado.*»

Toca á los sabios dar dictamen científico, y á la Iglesia su fallo definitivo sobre el carácter de estos sucesos, en verdad llamativos y sorprendentes.





IV

EL P. MORENO, ESCRITOR

Ha recopilado y publicado el Excmo. P. Miguella los principales escritos del santo Obispo recoleto con este epígrafe: *Cartas pastorales, Circulares y otros escritos del Ilustrísimo y Rvdo. Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz, Obispo de Pasto (Colombia)*. Madrid, Imprenta de la hija de Gómez Fuentenebro. Calle de Bordadores, 10. 1908. Es una obra en cuarto, que lleva al frente el retrato del escritor, y luego un prólogo del compilador, de XVI páginas. El texto del libro consta de 596 folios. ¿De qué tratan estas páginas? «Hijas de un talento claro y de una alma fervorosa—dice el prologuista—, escritas con la espontaneidad de quien expresa arraigadísimas convicciones, sin alardes oratorios ni pretensiones literarias, en ese estilo llano, dulce y á la vez enérgico, tan propio de Cartas pastorales, palpita en ellas espíritu de incontrastable forta-

leza, informada de caridad y prudencia; se respira en todas sus páginas el ambiente del celo apostólico y se destaca uno de esos caracteres superiores que, desgraciadamente, no abundan en estos menguados tiempos. »

En alguna carta inédita del P. Moreno recuerdo haber leído que gastaba poco tiempo y poco trabajo y que le parecía sentir especial ayuda del cielo en escribir estos documentos pastorales.

En ellos con claridad se ve que el P. Moreno tuvo talento verdaderamente ascético y superior, consciente de la magnitud del destino que en el programa de su episcopado le tocaba, y por eso con admirable ecuanimidad, fué divulgando enseñanzas, seguro de sus convicciones, sin dejar torcer el curso de su pluma ni por los impulsos de la calúmnia y la emulación ni por los sutiles vientos de la lisonja, que sembraron de obstáculos su camino, su camino jaloneado con pasiones banderizas y con odios de los adversarios porque tenía por lema: *Intransigencia y caridad*; intransigencia en el dogma, caridad en todo.

Obispo en tiempos y lugares en que algunas colectividades estaban involucradas por

los sofismas que una libertad trajeada de arlequín presentaba como postulados de venturoso progreso, levantó en alto la bandera de la intransigencia noble, de esa intransigencia que el arte verdadero invoca para sus ideales, que las ciencias proclaman como conveniente y que el dogma define como indispensable para la seguridad del mismo progreso que la razón humana va conquistando en el desarrollo de las energías dadas por Dios al espíritu y á la naturaleza.

Tiendas quería levantar en el atrio de la Iglesia el espíritu del mal para que todas las creencias religiosas, buenas y malas, la verdad y el error, celebrasen infames contubernios, y fué entonces cuando el Ilmo. Sr. Moreno, que no daba paz á su pluma en la construcción de su monumento doctrinal, empezó á levantar un baluarte inexpugnable para alentar á las muchedumbres incautas con voces de pastor celoso y disparar contra los contumaces las saetas de su lógica, con la firmeza y valor de quien embraza el escudo de enseñanzas infalibles. ¿Voces de pastor amoroso las voces del Prelado pastuso que muere exclamando: *El liberalismo es pecado*, y que, para perpetuar el eco de esta execración,

pide, moribundo, que, á manera de epitafio, se destaque junto á su túmulo ese letrado, que equivale á un desafio de extrenuo vencedor? Sí, porque, ante todo y sobre todo, como hijo legítimo del gran Agustín, que mandó en su Regla «el amor de los hombres y el odio de los vicios», supo el Padre Moreno ser intransigente pero tierno de corazón, nunca venal y siempre misericordioso, león en el combate, paloma en el nido de la amistad, rayo de tempestad y rayo de luz matutina. Los que tuvieron la dicha de tratarlo en el seno de la confianza no extrañarán esa dualidad de elementos heterogéneos que brilla en su función de escritor: el sentimiento y la energía; la concisión nerviosa y la claridad de fondo. Con dificultad fraternizan en un carácter esas dos propiedades con proporciones tan ordenadas; para hallar un parecido á la forma apologética del P. Moreno hay que remontarse á un San Agustín, en cuyos escritos, que á veces contienen retos de gallarda vehemencia y hasta ataques de exquisita ironía, aparecen frases de suprema conmiseración, que son como granos auríficos que se desprenden de su alma y salen á la orilla entre los tumbos del oleaje de la disputa.

No es aquella manera delicada y cuasi maternal de un San Gregorio Papa, con que extrae de sus entrañas las suaves ondas de bálsamo que llegan al corazón del contendor haciéndole saborear las dulcísimas exquisiteces del Evangelio; ni es tampoco aquel golpear contundente de un Tertuliano que forja en el yunque de la dialéctica, no ya saetas de aguzada punta, sino lanzas ciclópeas, arietes de infrangible contextura, máquinas de guerra que sólo pueden manejar los gigantes; el río docente del P. Moreno tiene transparencias de regato que nace en las altas cumbres de la misericordia, en el Corazón de Jesús, pero que baja impetuoso, irresistible, fecundo, sin que los impulsos del huracán puedan remover el légamo del fondo, porque ese légamo de las pasiones y de las mentiras infame-mente ventajosas no existía en su alma. Tampoco tiene puntos de parecido con el gran dominico Weis, que contunde á los novísimos ateos estudiando las cuestiones del dogma con criterio universal y ampliamente expositivo, porque nuestro Obispo anda por caminos obvios y levanta su obra sobre planos trillados, que, no por ser tales, pierden el mérito de esa sencillez sublime que informa los

documentos de estilo romano en que se redactan las grandes enseñanzas del cristianismo; ni transita por las monótonamente rumorosas aunque ubérrimas campañas de la teología didáctica en que se exhibió preclaro su coetáneo el ilustrísimo Sr. Casas, y al mismo tiempo que hermano de hábito su colaborador (colaborador diré mejor que impugnado) en ciertas fases que el multiforme liberalismo, como el dragón del Apocalipsis, presenta el campo de batalla; otras son sus obras: el P. Moreno tiene genio más sensible á las gayas caricias de la emoción. ¡Su corazón, su corazón! He aquí lo que aminoró la cosecha de lauros humanos que podía haber obtenido, de cultivar todas las dotes que poseía. Al águila de su fantasía, para que no se encumbrase tan alta que no fuese vista por sus feligreses, á quienes amaba como debía amar, le ató las alas y no la dejó volar por profanos horizontes, porque el celo de su espíritu ponía limitaciones á todo campo en que no lozaneasen las siembras del pasto espiritual para su rebaño, puesto que él nunca conoció, no digo el ocio, pero ni aun esa labor indirecta y tardía que se aviene con ciertos caracteres que entienden el deber de la catequesis de otro modo menos oneroso.

Así, pues, el que eche de menos en su pluma exuberancias de erudición teológica, ó más bien, el que estime su doctrina ascética como un hacinamiento de documentos vulgares, está muy lejos de saber cuánto vale á los ojos de Dios el espíritu de San Francisco de Sales, pongo por caso. ¿Recondíteces y elucubraciones aristotélicas en el P. Moreno? A fe que no. ¡La sencillez y la verdad! Dos tópicos que sostienen el andamiaje de su edificación docente; en lo cual cumplía al pie de la letra aquel consejo de su Padre, el gran Obispo de Hipona (*De Vera Religione*, cap. XXVIII): «Los maestros cristianos no deben atender á su honor propio y á vanas alabanzas, sino á la utilidad de aquellos á quienes enseñan y á la certitud de la doctrina.»

Y ahora, ¿hablaré de la cuestión del liberalismo? No sé á qué genio ultrasatánico por lo asaz experimentado y sutil para involucrar la ciencia dogmática y moral se le ocurrió un día poner de moda la traza de rendir homenaje á la Santa Iglesia con ósculos traidores y de erigir altares en que aparecieran simultáneamente San Miguel y el diablo, mas es lo cierto que los judas y los adoradores de Lucifer se multiplicaban en la Diócesis del ilus-

tre Prelado y en todo el mundo peor que una plaga faraónica, por más que algunos no crean ni en tal multiplicación ni en que realmente sea plaga esa generación de pedísecuos unci-dos al carro de la libertad, en el que reciben glorificación todas las servidumbres que rebajan á los hombres á la condición de antropomorfos parlantes.

Y no digamos que su criterio sobre la moderna herejía estaba iluminado con lívidos reflejos de odio, como propalaron algunos impios, y que el Obispo se hizo famoso solamente por sus atrevimientos de saña enfermiza: porque tenía del liberalismo un concepto cónsono con la ortodoxia más pura, y sabía expresarlo con insistencia tenaz, sí, pero decorosamente, paladinamente, sin temer las venganzas de la opinión, sin esperar las lisonjas de ninguna clase de favoritismo y sin repun-tas de envanecimiento, sino con aquella satisfacción honda, supremamente consoladora que Dios deposita en el fondo de las mismas obras hechas según la norma del deber cumplido. El liberalismo que, si no llega á ser secta, rigurosamente hablando, es partido y escuela de enseñanzas ya erróneas, ya heréticas acerca del principio de autoridad divina

y humana, el liberalismo, como escuela de herejias fósiles de otros siglos; el liberalismo, como pecado monstruo que quiere erradicar los nexos establecidos entre la gracia y la naturaleza, la divinidad y el alma, y poner sobre el pavés del triunfo la libertad, arrojando á la Providencia de su trono lleno de sabiduría y orden; ese liberalismo, enemigo del altar y del trono, del positivo progreso y de los inalienables fueros de la conciencia, es el que anatematizó el valiente Prelado, como lo anatematizaron los Romanos Pontífices, como lo execraron los grandes ingenios de la ciencia, y como todos abominarán de él el día en que le arrancaren las desengañadas muchedumbres, hambrientas de felicidad, que ayer le rindieron pleito homenaje, el disfraz con que revisite su armazón esqueletado.

Nuestro ilustre autor, cuando se pone á luchar contra esta herejía, no se inmiscuye en el terreno político, no desciende del atrio de la Iglesia á las tiendas políticas, sino cuando el error, con ondulaciones serpentina, después de haber invadido el lugar sagrado, se encova en otro terreno; entonces, á fuer de valiente, le arremete, lo tritura donde se le presenta, y si no acaba con él del todo es por esa

manera de reproducción diabólicamente fecunda de que dotó Satanás a su engendro. Jamás tampoco cupo en la mente del campeón de la Iglesia colombiana la confusión de la noción de patria y de las formas de Gobierno; porque las formas de Gobierno no son el liberalismo, y sobre la patria profesaba esta hermosa enseñanza de su Padre San Agustín: «Major sit Patria et ipsis parentibus tuis; ut quid jusserint parentes contra Patriam non audiantur, et quid jusserit Patria contra Deum non audiatur. (De verbis Domini. Ser. VI).»

Gloria de este ilustre Prelado, y no pequeña, es la campaña decidida, de frente, con empuje de conquistador, que emprendió contra las huestes del liberalismo, que lo temieron como á uno de los más denodados adalides que tenía la Iglesia colombiana; y cuenta, que para descollar entre tan ortodoxos y doctos miembros de aquel Episcopado, preciso era tener proporciones de gigante. Por manera que esta colección de documentos emanados de su pluma serán un depósito perenne de afirmaciones cristianas con que disfrutarán sus arreos de combate cuantos se precien de custodiar nuestra sacrosanta fe y el honor nacional. Tanto la Prensa de Colombia como la

de varias Repúblicas sudamericanas, como la española y la italiana, digo la Prensa católica, porque la liberal se confabula para hacer el vacío en torno de las altas personalidades del catolicismo, cuando no les arroja fango á la cara, han recibido, congratulándose, las producciones doctrinales del Obispo pastuso, y en algunos Obispados de aquende y allende el mar hemos visto reimpresos algunos de sus opúsculos y Pastorales.

Escisión profunda ha sufrido la unidad católica en la República de Colombia, República de glorioso pasado y venturosas esperanzas. Es un hecho que muchísimos colombianos pertenecen al bando liberal. Fuera de esta herejía, la Iglesia allí no sufre otra desgracia, á no ser que mencionemos la masonería y el espiritismo, que en otro tiempo estaban voyantes y hoy andan mohínos y de capa caída. Pues bien; al subir al solio episcopal y al ver la lucha que los hijos de la luz sostenían con los hijos de las tinieblas, ¿podría el celoso Pastor dejar de clamar contra el lobo? Así se explica ese incesante guerrear contra las huestes del error moderno. Hubieran aparecido en su Diócesis cien herejías distintas, y contra todas y cada una habria luchado el valiente

príncipe de la Iglesia con igual denuedo. Si combatió solamente el liberalismo, fué porque los liberales eran los principales enemigos, tanto más temibles cuanto más astutos. Así que no busque nadie en esta colección de escritos un cuerpo de doctrina que abarque todos y cada uno de los dogmas del catolicismo; nadie hojee este volumen en busca de exégesis escriturarias ni de metódicos estudios de ciencias eclesiásticas; aquí hay una mina inagotable de erudición sólida y variada acerca del liberalismo, y nada más; y si algo queda es documentos por los cuales se conocerá que el corazón del P. Moreno fué profundamente enamorado de la virtud, tierno, clemente, puro y efusivo.

Por último, algo debemos decir sobre otro aspecto que presentan los escritos del Padre Moreno; conviene, á saber: la parte ascética, ó sea esos divinos documentos de piedad que enseñan á cruzar los desiertos de la vida bajo las alas amorosas del Espíritu Santo; esos prudentísimos advertimientos que dió primero á los fieles de su Vicariato Apostólico y después los que derramó sobre la Diócesis pastopolitana.

Las victorias del espíritu sobre los apetitos

de la parte animal del hombre, permitiendo, eso sí, los goces y júbilos nobles que la vida proporciona, la erradicación de las pasiones malas de la Humanidad, para que reine el amor sin bajeza, la fraternidad sin pérfidas cortesías ni odios, la justicia sin egoísmo, la devoción sin gazmoñerías, tal es la meta de sus enseñanzas. Que aquel ascetismo que se complace en proclamar como intrinsecamente malos los disfrutes ordenados del arte, de la ciencia, de la riqueza, de la salud y de las bellezas de la creación, aquél será ascetismo de Tolstoi, que ve negruras de abismo dondequiera, será ascetismo de la India búdica, pero no el que se aprende en las páginas [del ilustrísimo Sr. Moreno, quien si era riguroso para sí, austero, frugalísimo en la comida, modestísimo en el vestido y ajuar de su palacio, no quería cegar las fuentes de felicidad que Dios ha dejado en este mundo como estímulos de actividad para la frágil naturaleza. La piedad del P. Moreno podrá crear ascetas penitentes, pero gnosimacos, nunca; devotos del Sagrado Corazón de Jesús, con lujo de esfuerzos ennoblecedores, pero aduladores de los grandes, jamás.

Bríndase ahora ocasión muy oportuna de

hablar unas palabras sobre las cartas recopiladas y estampadas por el Excmo. P. Minguella que llevan este mote: *Cartas del siervo de Dios Ilmo. Padre Fray Ezequiel Moreno y Díaz, de la Orden de Agustinos Recoletos, Obispo de Pasto en Colombia. Madrid. Tip. de la «Rev. de Arch., Bibliotecas y Museos». Olózaga, 1. 1914.*—Libro, en 8.º, de XIV-447 páginas, prologado por el mismo P. Minguella, que contiene 194 cartas de carácter apostólico, espirituales y místicas, escogidas de entre más de 800 que se conservan, casi todas autógrafas. «Adviértese en ellas el natural descuido de redacción, y esto mismo es una prueba palmaria de que expresan fidelísimamente el estado de ánimo en el momento en que las escribía. Se ve en todas la igualdad y tranquilidad de un alma que anda de continuo en la presencia de Dios: nada de innecesario é impertinente, nada de digresiones ni destemplanzas, siempre oportunidad y gran mesura, destacándose en ellas la prudencia y la caridad del P. Ezequiel, lo afectuoso y dulce de su carácter, su humildad y paciencia, su celo, en fin, por la salvación de las almas y su amor seráfico á Jesucristo Nuestro Señor.» Así se expresa con muchísima razón el prologuista.

Por lo que á mí hace, declaro, que si siempre tuve alto concepto de las virtudes del ilustre muerto, desde que lei estas cartas amo al P. Ezequiel con especial dilección, lo reputo santísimo y no abrigo la menor duda de que un día lo han de venerar los cristianos en los altares. ¡Qué pluma de paloma! ¡Qué tinta de oro! ¡Plegue al Cielo que se difundan estas cartas entre las almas piadosas para que se enciendan los corazones en el amor más puro de Nuestro Señor Jesucristo!

Hay en esta colección 14 cartas, propiamente místicas, firmadas con el pseudónimo de *María Anita de Jesús*, pseudónimo del Padre Ezequiel, empleado cuando escribía á ciertos individuos que comenzaban á formar en Pasto, según idea de un piadoso Padre jesuíta, la *Liga Santa de víctimas*, á la cual pertenecía el P. Ezequiel. Publicóse en Pasto, Imprenta de la Verdad, año 1899, un folletito, en 8.º, de 11 páginas numeradas, con el rótulo de *Liga Santa de víctimas del Sagrado Corazón de Jesús*, para organizar y dar vida al proyecto de la *Liga Santa*, de la cual era el ilustrísimo P. Moreno no sólo uno de los principales miembros, sino el principal miembro. Pues bien, en la redacción definitiva de este opúscu-

lo ó reglamento medió no poco el santo Obispo, y además compuso y agregó la oración reglamentaria de que se valen los asociados para pedir á Dios penas y trabajos. De manera que además de ser el principal miembro de la *Liga Santa*, vino á ser colegislador de la misma, y después alma y vida de los asociados, que fueron multiplicándose por Colombia y El Ecuador, y hoy en día por Sigüenza, Madrid y otras partes.

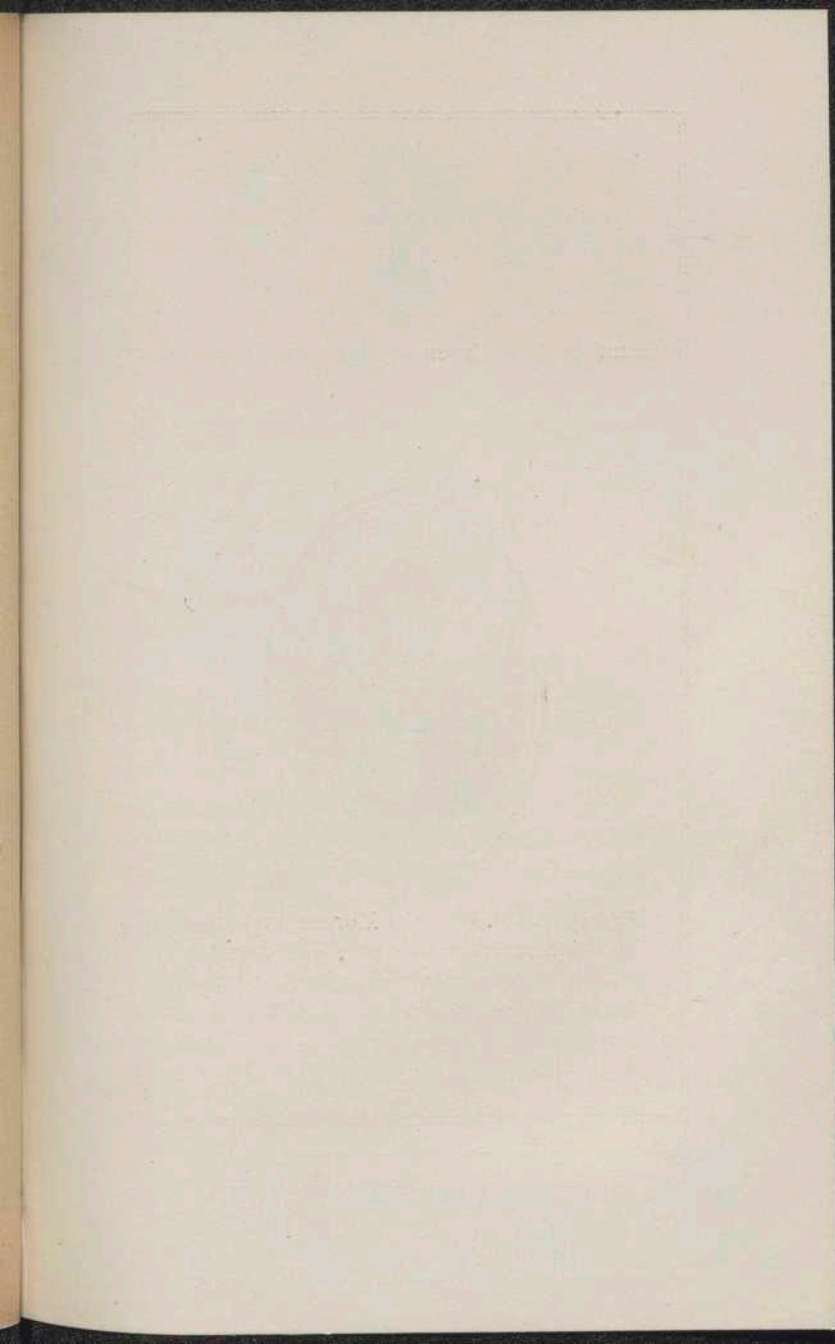
Más aún: con ser principal miembro de la *Liga Santa* el P. Ezequiel, y con ser legislador de la misma, fué algo más, fué fundador verdadero. Dícelo la virtuosísima Madre Asunción en el documento que figura en el párrafo IV: «la *Liga Santa* iniciada por un religioso devotísimo del Corazón de Jesús y fundada en este Colegio por el ilustrísimo señor Moreno.»

¿Cómo se llama el religioso devotísimo que en asoció del P. Ezequiel desarrolló la *Liga Santa*? Vive todavía y no puedo manifestar su nombre. Véase lo que he visto sobre él en una carta autógrafa de Doña Carmen Navarrete, otra famosísima colaboradora de la *Liga Santa*, de 30 de Junio de 1910, dirigida á la Superiora General de religiosas betlemistas: «El Padre N. N. es cada día más santo..., de

él dijo el Sr. Moreno: «Esta alma es muy santa, después de muerto lo colocarán en los altares, nosotros no lo veremos; pero lo verán las generaciones venideras. Y esto lo repitió muchas veces». ¿Dijolo el P. Ezequiel con espíritu profético? ¿Es una profecía verdadera? Tengo la suerte de guardar en mi poder 20 cartas autógrafas y un precioso documento de este hijo de la Compañía de Jesús, cartas muy hermosas, dirigidas á varios asociados de la *Liga Santa*, cartas que me parecen reliquias de un alma gemela de la del P. Moreno. En una de ellas, fecha 23 de Noviembre de 1909, hablando de las impresiones que le causaba la lectura de la *Biografía*, escribe: «He comenzado á leer el libro y me trae recuerdos que me enfervorizan, porque era verdaderamente edificante en todo su porte el Ilmo. Sr. Moreno, y mucho más cuando se podía alcanzar algo de lo que pasaba en el interior de su alma. Buscaba la gloria de Dios N. S. en todo, sin reparar en dificultades ni sacrificios, y á pesar de las sequedades de espíritu, contradicciones, etc. ¡Con qué fervor empleaba cualquier medio, como si fuera novicio, para adelantar en la virtud! Bien alto debe estar en el cielo y poderoso para ayudarnos ahora con su

intercesión y alcanzarnos la generosidad en el servicio de Dios N. S. No tengo duda de que se acordará de nosotros, porque la amistad fundada en Dios N. S. no se acaba con la muerte, sino que persevera más allá. Pidámosle, pues, que nos alcance del Señor abundantes gracias para santificarnos amando mucho al Divino Corazón de Jesús y á su Madre Inmaculada» (1).

(1) Además de los escritos referidos, se ha hallado un proyecto de Pastoral del Ilustrísimo Padre que publicó *Apostolado Doméstico*, revista dirigida por los Padres Agustinos Recoletos, en el número 152, Septiembre, 1.º de 1911; Pastoral que comprendía: *I. Defensa que tienen que hacer los católicos de la Religión. II. ¿Estaremos ya, acaso, en Colombia, en circunstancias de tener que tolerar los errores que se quieren con la CONCORDIA? III. ¿Entre quiénes quiere la Iglesia que haya concordia, y debe procurarse por esa razón? IV. Conclusión.* Estos títulos llevan su correspondiente desarrollo, y bien podía figurar el proyecto como trabajo completo. También se publicaron en otro número de dicha revista algunos fragmentos de un escrito, muy fervorosos, sobre la devoción al Inmaculado Corazón de María. Por último, es del P. Moreno una hoja volante estampada en Pasto, Imprenta de La Verdad, 1899, que se titula *Una promesa y una oración para aplacar la ira de Dios y alejar de nosotros el azote de la guerra.*





Escudete de la Orden de Agustinos Recoletos.



Retrato del P. Ezequiel Moreno, en hábito agustino recoleto, la vispera de sufrir la operación quirúrgica.



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA

V

SU SEPULTURA

En el tomo II de la *Biografía* para el que aportó datos, no dejarán de figurar éstos, debidos á la pluma del doctor P. Canalejo, quien los escribió en Arizcum en Febrero de 1913, ó sea varios años después de sucedida la muerte del P. Moreno y de publicada su *Biografía*. Son párrafos, á la verdad, llenos de emoción, de vigor descriptivo y de precisión científica.

«El día 14 de Febrero de 1906 y en la Casa de Salud de Nuestra Señora del Rosario, en Madrid, fué operado el P. Ezequiel de un tumor canceroso, por mi querido tío y maestro el doctor Compaired, cuya fama y renombre universal hacen innecesario el dedicarle adjetivos encomiásticos que, muy justamente merecidos, podrían aparecer ante ojos suspicaces un poco sombreados en su valor por mi calidad de pariente, bien que por otra par-

te su sólo nombre es suficiente presentación. Encargado del cloroformo estaba el tan en ello práctico doctor D. Rogelio de la Rionda; y ayudamos con la mayor perfección que nos fué posible el doctor D. Amalio Roldán, médico de la Casa de Salud en donde operamos, y el que esto escribe como primer ayudante á las órdenes de su tío y maestro el doctor Compaired. Si no lo hubiéramos sabido por éste que el paciente era un señor Obispo, dificulto que lo hubiésemos adivinado al verlo con aquel hábito y aquel porte tan extremadamente humilde y sencillo. Tomadas todas las precauciones y disposiciones propias del caso, dió principio la cloroformización, que, como los médicos saben y es muy fácil comprender, no podía ser ni profunda ni continua. Lo primero, porque era preciso conservar en la laringe el movimiento de defensa, que es la tos, á fin de evitar la asfixia mecánica por la sangre que en ella pudiera entrar, á pesar de nuestras precauciones, y lo segundo porque á pesar de los aparatos usados á propósito, siempre llegan á estorbar y lo mejor es quitarlos á ratos. Asi dió comienzo la operación, que consistió en destruir con tijeras, con pinzas cortantes, cizallas y termocauterio todo cuanto tejido en-

fermo se ponía al alcance de la mano del doctor Compaired.

El tumor llenaba toda la parte alta de la garganta y casi toda la cavidad de la nariz en ambos lados. Los médicos podrán formarse idea con decirles que hubo que levantar la nariz para mejor extirpar la neoplasia, que se resecoó todo el vómer, los cornetes, gran parte del etmoides (todas sus celdas) y trozos de la aprófixis pterigoides del esfenoides, la porción palatina de los maxilares superiores; se extirpó todo el velo del paladar y parte de los pilares anteriores y posteriores; la tumoración había destruído los tabiques anterior é intersinusal de los senos esfenoidales y en este punto y en la aprófixis basilar del occipital, también invadida, se resecoó *cuanto se pudo*.

En resumen, que si los médicos han comprendido lo terrible del acto por lo que se quitó, los profanos me parece que también se han penetrado de ello por lo poco que al quitar tanto quedaría. Mas esto no es lo notable que yo quiero aquí hacer resaltar, pues lo mucho que tiene en el aspecto clinico, está perfectamente aprovechado y publicado por el doctor Compaired en el número del *Siglo Médico* correspondiente al 11 de Agosto de 1906.

Volvamos á la operación; la abundante salida de sangre tan natural en estos casos, hacía que al doctor Compaired no se diera punto de reposo en la tarea de destruir aquellos tejidos enfermos, cuanto antes, ni nosotros en secar la sangre que caía en la boca valiéndonos de pinzas montadas con gasa que metíamos continuamente en la boca; y tan embebidos en la tarea estábamos los tres que, en un momento que le dimos al enfermo de reposo para cambiar de instrumento, volvió la cabeza nuestro buen P. Ezequiel y con toda tranquilidad escupió la sangre que se le había acumulado en la boca.

Excuso decir nuestro asombro y estupefacción. ¡Creíamos operar en un anestesiado y nos encontrábamos de pronto con que sentía y sentía hasta el extremo de moverse conscientemente para escupir! Había que dar el cloroformo *cuando se podía* y hacía tiempo que *no se había podido*, tanto, que se despertó. Se disponía el doctor Rionda á administrarle de nuevo, y el P. Ezequiel con un gesto de cara y acompañado de un movimiento de mano dió á entender bien claramente que no hacía falta y como por más que se le instó seguía en su negativa, no se le dió. Siguió la

operación como hasta entonces, siguieron las cizallas, las tijeras, las cucharillas, el termocauterio haciendo su labor, nosotros asombrados y con un silencio solemne é imponente; yo no recuerdo emoción igual á aquella; creo que desde aquel momento el P. Ezequiel se elevó á una altura tal sobre nosotros que toda palabra superflua hubiera parecido irrespetuosa á su persona, que de manera tan sencilla y vigorosa se destacó de nosotros. No se oyó más voz que la del doctor Compaired pidiendo que escupiese la sangre o abriese la boca. No se crea que ya que no gritos, habría quejidos sordos escapados, algo en fin que demostrase su suplicio, y lo esquivase instintivamente; nada de eso; lejos de esquivar, ni de quejarse lo que hacía era contribuir á nuestra acción; era otro ayudante. Se le dijo que apretase con las manos á uno de nosotros... nada; no hizo el menor gesto, ni el menor movimiento. Aquello era enormemente grandioso.

Y aún diré más; tuvo el termocauterio una pequeña escapada una de las veces al salir de la boca y á pesar de nuestra protección tocó la lengua y el labio. ¿Creerán que se movió ante suceso con el que no podía contar? Pues

ni entonces. Expresábamos nuestra admiración al P. Alberto Fernández, presente en todo lo sucedido, y su contestación fué que los tenía acostumbrados á actos como ese. ¡Admirable P. Ezequiel! ¡Asombrosamente admirable! ¡Qué hermoso ejemplo de sufrimiento! ¿Quién sería capaz de olvidarlo?

Alguna vez ya terminó aquel martirio, y al cabo de cerca de tres horas fué llevado el P. Ezequiel á su habitación y acostado en su lecho. Desgraciadamente tan traidora enfermedad le dejó poco tiempo en calma y hubo necesidad de extirpar nuevos brotes que comenzaban á retoñar; vuelta á la cucharilla, al termocauterio y vuelta á demostrar su naturaleza de mártir y de santo; ni una queja, ni nada de movimiento y naturalmente sin clorofórmico. Todos estos trabajos, todos estos sufrimientos no le llevaron la curación y, por fin, murió el buenísimo P. Ezequiel en el Colegio de Montegudo, adonde hizo le llevaran á pasar sus últimos días, visto que la reproducción del cáncer iniciada le habia de acabar como le acabó.

El doctor Compaired se expresa así: «No me sorprende tanto el que tuviera valor para no quejarse en medio de tan acerbos dolores,

cuanto el que no hiciese movimiento alguno durante el largo y forzoso martirio. Esto es muy superior á todas las fuerzas humanas.»

Huelga todo comentario á esta narración.

Trasladado el enfermo al Colegio de Monteagudo, entregó su espíritu á Dios, el 19 de Agosto de 1906; y en cumplimiento de lo preceptuado por el ritual de Obispos, el cadáver fué embalsamado. He aquí el acta:

«Acta de embalsamamiento del cadáver del Ilustrísimo Fray Ezequiel Moreno. Reunidos en la mañana del día 20 de Agosto de 1906 y hora ocho de la misma D. Felipe Agreda, médico titular de Tudela y subdelegado de medicina de este distrito; D. Escolástico Remacha, farmacéutico titular de Novallas y accidental de Monteagudo; D. Máximo Chóliz, médico en ejercicios en Zaragoza; D. Sotero Ibarri, médico titular de Novallas, y D. Carlos Blas, médico titular de Monteagudo, en el Colegio de PP. Agustinos Recoletos y ante el cadáver del ilustrísimo señor Fray Ezequiel Moreno, Obispo de Pasto (Colombia) practicamos embalsamamiento del mismo por el procedimiento de Jasokoski, valiéndonos para la inyección de una fórmula compuesta de glicerina, ácido fénico, alcohol, bicloruro

de mercurio, cloruro de zinc y esencias de limón, lavanda, bergamota y clavo. Se extendió sobre el suelo del ataúd polvo de mirra y se depositó en el mismo un frasco conteniendo doscientos gramos del líquido empleado para la inyección.

Colegio de PP. Agustinos Recoletos (Monteagudo-Tudela) veinte de Agosto de mil novecientos seis.—El subdelegado, *Felipe Agreda*.—El farmacéutico, *Escolástico Remacha*.—El embalsamador, *Máximo Chóliz*.—Testigos, *Sotero Ibarri*.—*Carlos Blas*.>

A partir de la muerte del muy virtuoso P. Ezequiel, la fama de su santidad se extendió rápidamente por dondequiera, y su sepulcro principió á ser gloriosísimo. Contábanse, atribuídos al P. Moreno, algunos hechos y favores extraordinarios, por lo cual se pensó en recoger datos y dar los primeros pasos en orden á incoar algún proceso informativo acerca de la fama de virtudes y milagros, y principalmente incoarlo en Pasto, su sede episcopal, donde tanto perfume de santidad había dejado el celosísimo Prelado. Pues bien, bueno será y muy oportuno que nos fijemos en la heroicidad del rasgo siguiente y en la coincidencia de las fechas:

La virtuosa doña Carmen Navarrete escribía una carta el 18 de Marzo de 1910, en la cual, hablando de los proyectos de incoar en Pasto el Proceso informativo acerca de las virtudes, etc., del P. Ezequiel, decía: «Yo he ofrecido mi vida al Corazón de Jesús, porque esta Causa se haga á mayor gloria suya. Quizá me admitirá el Señor esta miserable vida y así pagaría yo en algo lo que mi alma debe al Ilustrísimo Señor Moreno, q. D. g.» En carta de 30 de Junio del mismo año manifestaba muy contenta: «Ahora le contaré que el 23 de Mayo y día lunes, empezó con gran pompa y magnífica concurrencia el Proceso de nuestro Santo Obispo Moreno. Celebró el Arzobispo de Popayán y asistió el Obispo de aquí con todo el Clero y Comunidades Religiosas, Autoridades, etc., etc. Es increíble la devoción que tienen al Señor Obispo, con qué ansia solicitan una reliquia todos, aun sus enemigos. Yo tenía un manto que el Padre N. me había encargado, por ser muy viejo, lo corté como en dos mil pedacitos para satisfacer á los devotos que rogaban se les diese algo, y no alcanzó porque hasta de los campos lo solicitaron con gran empeño. Pida mucho para que siga el fervor de los sacerdotes que se han

tomado el trabajo con el Sr. Obispo. > El 29 de Junio del propio año moria en el ósculo del Señor esta dama devotísima, cuya vida debía escribirse. En una de sus cartas autógrafas he visto la relación íntima de algunos carismas á ella otorgados por el Cielo. El 19 de Junio de 1912 se terminaba felizmente el Proceso en Pasto.

Otro proceso se completó felizmente en Manila y otro en Pamplona. Del que se realizó en la Diócesis de Tarazona di cuenta en el *Boletín de la Provincia de Agustinos Recoletos, de Filipinas*, núm. 44, correspondiente al 1.º de Enero de 1914, de esta forma: «*Gran acontecimiento*.—El 18 de Diciembre se verificó en Monteagudo (Navarra), convento de Agustinos Recoletos, un acto de esos que se repiten en el mundo de vez en cuando y que revelan la historia fundamental de las Comunidades Religiosas que tienen por lema la virtud y la ciencia como factores del progreso en todos los órdenes de la vida. Nos referimos á la terminación del proceso diocesano acerca de la fama de santidad, virtudes y milagros del Ilmo. Sr. Obispo de Pasto, Fr. Ezequiel Moreno y Díaz, hijo de aquel convento y también muerto y enterrado allí hace siete

años. El acto estuvo revestido de notas de solemnidad y gravedad en gran manera dignas así del objeto como de la concurrencia que lo presenció, pues se dignó asistir el Excelentísimo Señor Obispo de Pamplona para honrar la memoria de un colega suyo en el Obispado y de un hermano que llevó el hábito agustino con amor muy entrañable y lucimiento verdaderamente asombroso; así como también realzaron la ceremonia con su presencia el Excelentísimo Señor Obispo de Tarazona, grande amigo de aquella Comunidad, distinguidas autoridades eclesiásticas, notables personajes y representantes de varias entidades religiosas de España, entre los cuales marcaban una nota muy simpática algunos miembros muy allegados al ilustre difunto con vínculos de consanguinidad, y la marcaba muy solemnemente el Reverendísimo Prior General de la Orden Recoleta. Lástima muy grande que no hubiera podido asistir el Excelentísimo Señor Obispo de Sigüenza, hijo prestantísimo también de este convento, varón tan docto como querido por sus virtudes, á quien le impidieron circunstancias imprevistas rendir nuevo tributo de veneración per-

sonal á aquel cuya biografía escribió tan bellamente.

Apenas llegaron de Tarazona, como á las nueve de la mañana, los miembros del tribunal eclesiástico encargado de clausurar el proceso de canonización y beatificación del siervo de Dios, Fr. Ezequiel Moreno, entraron en la Iglesia, ocuparon en el presbiterio sus correspondientes puestos bajo la presidencia del Obispo diocesano y se entonó el himno *Veni Creator Spiritus* cuya armonía penetraba en los corazones como una onda de luz suavísima. Luego comenzaron los miembros del tribunal á ejecutar su oficio con aquella mesura y despejo que conviene á los asuntos de la Iglesia, augusta en todo y nunca incorrecta. A nuestra vista desfilaron documentos de un latín clásico que honrarían la firma de un San Isidoro ó de un Santo Tomás de Villanueva, como expedientes de curia en sus más altas relaciones. Mientras tanto los circunstantes sentíanse como en una atmósfera de beatitud en nada comparable á la en que se oye el rodar del mundo cancilleresco que aspira á la posesión y gobierno de las sociedades humanas consideradas desde el punto de vista étnico ó político y no religioso. De vez en

cuando volvíamos los ojos á la tumba del siervo de Dios, que permanecía cerrada con la losa sepulcral donde se leían estas palabras: *Scientia clarus, virtute clarissimus*, y pensábamos en los nexos entre la santidad y el milagro; bien que nosotros no esperábamos más prodigio aquel día sino el que se estaba realizando á la vista de todos, á saber: la feliz terminación de un proceso diocesano de beatificación, á los siete años de muerto el Padre Ezequiel.

Llegó un momento que nos emocionó de una manera especial, ó sea cuando el Reverendísimo P. Prior General recibió bajo juramento de fidelidad el encargo de llevar á Roma y entregar á la Sagrada Congregación de Ritos todos los documentos que componen el proceso en un paquete rigurosamente registrado y sellado. ¡Espléndida garantía de éxito! No una sola provincia religiosa, ni dos ni tres se comprometían e interesaban para hacerse dignas de ver algún día en los altares á un nuevo Beato, sino toda la Orden de Agustinos Recoletos que pondría al servicio de aquella causa los prestigios de su glorioso pasado, la opulencia de su santidad presente y la seguridad de su porvenir venturoso. En

aquel momento cantarían en el paraíso el himno de los mártires, confesores y vírgenes los Beatos Francisco de Jesús, Vicente de San Antonio, los Beatos terciarios Recoletos Lorenzo Xixo, Pedro Cuyo y Tomás Cafioge, la Beata Inés de Beniganim y los setenta y dos mártires glorificados del cielo recoletano, presididos por San Agustín que lleva en la mano el corazón, símbolo de la caridad, atravesado por la pluma de la sabiduría.»

Habiendo pasado cerca de dos años desde la terminación del proceso de la diócesis de Tarazona, se creyó oportuno y conveniente trasladar los restos mortales del Ilmo. P. Moreno á un lugar más decente y honórico, al presbiterio del templo referido, por lo cual, dados los pasos conducentes, se señaló día preciso y se convino en que asistirían al acto de la exhumación del cadáver los Excelentísimos Señores Obispos de Sigüenza, Pamplona, Tarazona y Calahorra. El de Almería no pudo asistir. Pero no se crea que se anunció el acontecimiento á los cuatro vientos de la publicidad, antes al contrario, se trató de que revistiera la menor solemnidad posible. Al llegar aquí cedo la pluma al R. P. Miguel de Pamplona, capuchino, compañero, en ese día.

del muy R. P. Villalva, Definidor general de los Capuchinos, quien fué (el P. Villalva) un tiempo confesor del P. Ezequiel en Pasto. El P. Miguel relata lo sucedido con claridad, método y concisión en cuartillas originales de las cuales aparto lo siguiente:

«*La exhumación.*—A las dos y media en punto de la tarde, con una seriedad y un lujo de detalles difícil de describir, daban comienzo los trabajos que no debían terminar hasta bien cerca de las diez de la noche. Reunidos á puerta cerrada en la Iglesia, el tribunal eclesiástico presidido por el Provisor de la Diócesis, D. Justo Goñi, los señores Alcalde y Juez de Monteagudo, cuatro médicos que habían de informar sobre el estado del cadáver, entre los cuales se encontraban el Sr. Canalejo, que asistió á la última operación que se hizo al P. Ezequiel en Madrid, y el Sr. Lerga, que tan activo papel tuvo en el examen y defensa de la milagrosa curación de la monjita de Aldaz, más ocho testigos y algunos operarios, empezóse por tomar á los superiores de la casa el juramento de no haberse abierto el sepulcro, ni tocado el féretro.

Dióse comienzo á los trabajos, y á las tres de la tarde cedia la losa sepulcral apareciendo

bajo ella una capa de tierra que, desocupada, dejó ver una bovedilla de ladrillo de forma bombeada. Los operarios trabajaban sin descanso, cuando á eso de las cuatro, en medio de una expectación enorme apareció el féretro. Todos quedaron silenciosos. En este momento, de una solemnidad indescriptible, el señor Provisor alzó su voz para rezar un responso y conminó con la pena de excomuni6n á cuantos osaren coger alguna partecilla del cadáver o algún trozo de sus vestidos.

Con gran cuidado, para no deteriorar el cadáver, si acaso se hallaba entero, se levantó la caja por medio de cuerdas y fué llevada al centro de la iglesia. Presentaba en la parte superior de la cabeza una ventanita de cristal y aparecía en bastante mal aspecto á causa de la humedad del suelo en que habia estado durante más de nueve años.

El cadáver. — En medio de un silencio imponente, producido por el respeto y la ansiedad que se había apoderado de todos, se procedió á levantar la tapa del féretro. El cadáver se hallaba cuidadosamente envuelto en serrin, excepto el rostro que estaba descubierto.

En este momento llegaron los señores Obispos de Pamplona y Calahorra, con los

Sres. Aneztoy y Juanmartiñena, de San Sebastián.

Los señores Obispos estaban admirados y se movían por todas partes, dando órdenes y ayudando á todos. El señor Obispo de Sigüenza, el P. Minguella, no podía ocultar la profunda emoción que le embargaba.

El cadáver había aparecido íntegro y en perfecto estado de conservación, haciendo exclamar á los médicos: «no se puede pedir más.»

Presenta su fisonomía y las facciones del rostro perfectamente reconocibles, aun para aquellos que no le conocían sino por fotografía. En su cabeza conservaba todavía el solideo morado. El cabello tan adherido á la piel, que aun tirándole con alguna fuerza no se desprende. Las cejas, los párpados y pestañas, los labios y velos de la nariz, intactos. En la mejilla izquierda se notan todavía las heridas de su última enfermedad y llama de un modo especial la atención la oreja del mismo lado, que conserva casi fresca toda su forma anatómica, con su lóbulo y circunvoluciones perfectamente conservados. Por entre sus labios algo desecados véanse los dientes relativamente blancos. Viste tunicela

morada y bajo sus brazos cruzados destácase la mitra de lino blanca con sus dos hermosas cintas, mostrando su rico bordado sin el menor deterioro. Tiene sus manos cubiertas con guantes morados. Los médicos dan un tijeretazo y aparecen los dedos y las uñas de un color todavía amarillento, cadavérico. Debido sin duda á la humedad, ha desaparecido la puntilla del alba y véanse las piernas dibujando perfectamente sus formas anatómicas. Las zapatillas están húmedas, las suelas se han desprendido y por el empeine del pie se divisan los dedos muy bien conservados.

La impresión que este cuerpo yacente causa en cuantos lo presenciamos es enorme.

Se traslada á la nueva caja.—Una vez limpio del serrin que le cubría—y á esta operación tuve el gran honor de cooperar—se le quitó con cuidado la almohada en la que descansaba la cabeza y parte del tronco, saliendo hecha completamente jirones. La cabeza quedó entonces al aire, sin apoyo. Los médicos, sorprendidos, palpan el cadáver y afirman que se puede coger con toda seguridad el cuerpo, sacarlo de la caja y colocarlo sobre el suelo. Así se hizo con precaución, pero sin contratiempo. Aquella dureza, aquella rigidez,

aquella integridad de un cuerpo que llevaba más de nueve años sepultado en un terreno húmedo, ¿no era símbolo de la entereza é inflexibilidad de su corazón de Apóstol, de su vida de mártir?

Tal era la confianza que inspiraba el cadáver, que los médicos se animaban á desnudarle y vestirle de nuevo; pero se desistió de ello á fin de que se pudiese contemplar con las mismas ropas con que fué enterrado y se pudiese apreciar mejor su estado de conservación.

Volvióse, pues, á tomar el cadáver, y fué depositado en una caja nueva de madera resistente, forrada de plomo, que medía 1,93 centímetros de larga por 1,73 y 1,50 de ancha, en la cabecera y pies, respectivamente, y colocado hasta la mañana siguiente en la tribuna del lado del Evangelio del altar mayor.

Eran muy cerca de las diez de la noche cuando salíamos del templo, y fuera de la iglesia se oía el rezar de la gente.

Día 21: La Misa Pontifical.—A las dos de la mañana acababan los médicos de hacer su informe, y á las cuatro y media estábamos ya de pie para empezar las misas, pues el número de sacerdotes era grandísimo.

A las ocho y media volvían á entrar en el templo el tribunal eclesiástico, los médicos y testigos para examinar los sellos colocados la noche anterior en la tribuna donde yacía el cadáver. Momentos antes había llegado el señor Obispo de Tarazona. Sacóse el féretro y fué colocado en medio del templo, descubierta, sobre una mesa enlutada, habiéndose tenido cuidado de colocar en derredor algunos bancos á fin de evitar los ímpetus de la multitud, que como mar revuelto se agolpaba y gritaba al exterior de la iglesia, que permanecía cerrada. Dichos bancos fueron ocupados por el tribunal, los médicos y algunos invitados, formando al cadáver un imponente cortejo.

A las nueve y media de la mañana aparecieron en el Presbiterio con su imponente comitiva los señores Obispos de Sigüenza, Calahorra y Tarazona, vestidos todos de capisayo. La misa Pontifical la decía el señor Obispo de Pamplona, teniendo como asistente, diácono y subdiácono, respectivamente, á los señores Doctoral y Magistrales de Tarazona y Soria.

Una vez todo en orden, abriéronse las puertas del templo y apenas podían contener la inmensa avalancha de gente que pugnaba por entrar, varios números de la Guardia civil que

se había llamado exprofeso. En pocos minutos quedó la iglesia convertida en un campo de cabezas, llenas de ansiedad, que se movían, se alzaban y forcejeaban por contemplar el venerable del «padrecico santo» como le llamaban.

El coro de la Comunidad, reforzado por elementos de Tarazona, interpretó con delicadeza y gusto la misa de difuntos del gran compositor catalán Domingo Más y Serracán.

Fuera del Presbiterio y al lado de la Epístola veíanse sentadas, todas impresionadas y conmovidas por la grandeza del acto, que de tan cerca les tocaba, á las dos hermanas del P. Ezequiel, doña Valentina y doña Benigna, atrayéndose las miradas de la gente.

El desfile.— Terminada la misa llevóse el cadáver al Presbiterio, y puesta la caja sobre el suelo, empezó el desfile, que resultó imponente. Según cálculo que hicimos, más de cuatro mil personas pasaron ante él, y eso que no se había querido dar publicidad á la ceremonia para evitar la aglomeración y los excesos que con buena fe suele cometer el pueblo en semejantes ocasiones.

Terminado el desfile, volvióse á cerrar la iglesia, introdujéronse en la caja los informes y

pergaminos firmados, se rodeó el cadáver, sin cubrirlo, de serrín, para evitarle la humedad y se claveteó la tapa, precintando acto seguido el féretro con cordones de seda morada y blanca sobre los cuales pusiéronse los sellos de la diócesis, y fué depositado en la tribuna del altar mayor en el lado del Evangelio, donde quedó por ahora provisionalmente. »



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
PRESS



Cadáver incorrupto
del Ilmo. P. Ezequiel Moreno y Díaz.



Sepulcro del Ilmo. P. Ezequiel
Moreno y Díaz.



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA

VI

LA INCORRUPCIÓN DE SU CADÁVER

Ayuno de cualesquier conocimientos médicos, no debo poner de mío en este artículo ni una sola palabra; bien que no es menester, por cuanto van á hablar dos doctores que dilucidarán el asunto con sinceridad científica y deseos de acierto no pequeños. Es D. Juan Francisco Martínez un caballero inteligente y honradísimo, notable publicista, que asistió como perito á la exhumación del cadáver y rindió un informe colectivo que no desdice sino amplia y razona en este escrito privado. Su firma vale muchísimo, porque, dada su independencia de criterio, él tuvo valor para negar carácter de orden sobrenatural á la curación de la monja agustina de Aldaz, que sufría de mal de Pott, contra la opinión de varios colegas, hasta que, bien estudiado el caso por él, se rindió á la evidencia de que la curación se verificó con procedimientos de



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

orden supracientífico. Con motivo de la exhumación del venerable cadáver del P. Moreno, el doctor Martínez escribió, el 5 de Noviembre del mismo año, un estudio, parte narrativo y parte científico; omito lo primero en obsequio de la brevedad, y acojo lo segundo en donde se verán observaciones de mucha valía, que hay que tener en cuenta para estudios ulteriores.

Cuanto al estudio del Dr. Lerga Luna, cualquiera podrá observar que está escrito por una inteligencia poderosa que ha sido nutrida con lecturas de los especialistas en embalsamamiento de cadáveres. El Dr. Lerga Luna es autor de notables trabajos científicos; ha sido premiado por la Academia de San Luis y el Ateneo Médico Escolar de Zaragoza; la Real Academia de Medicina de Madrid lo agració con el premio *Calvo*; la Real Academia de Medicina de Barcelona laureó un trabajo suyo respecto del sarampión, hace muy poco tiempo, y este mismo año el Consejo Superior de Protección á la Infancia concedió un premio á sus trabajos sobre Higiene infantil.

Por lo demás, estos estudios sobre la incorrupción del P. Ezequiel tienen carácter ente-

ramente privado, y sujetos quedan al examen y crítica de los peritos en estas materias, quienes, acaso, hubieran deseado ver al lado de estas páginas otras en que se llegara a la misma conclusión científica por procedimientos de análisis químico de los objetos que estuvieron en contacto con el cadáver.

He aquí las consideraciones médicas hechas por el Dr. Lerga Luna, á los pocos días de haber rendido el informe oficial que figura en el expediente del Tribunal eclesiástico de la diócesis de Tarazona:

«Habiendo intervenido como perito en la exhumación del cadáver del Ilmo. Sr. Fr. Ezequiel Moreno, Obispo de Pasto (Colombia), y accediendo gustoso á amistosas indicaciones, voy á trasladar al papel algunos comentarios de carácter científico-médico que el reconocimiento de dicho cadáver me ha sugerido.

Nuestras apreciaciones necesariamente han de tener puntos vulnerables, ya que la observación y estudio del cadáver tuvo algo de improvisación y no nos fué posible recoger los datos completos por la premura del tiempo y por carecer de los elementos necesarios para la observación detenida y concienzuda.

No por esto vaya á entenderse que los datos recogidos estén huérfanos de valor científico, muy al contrario, creemos que con ellos tenemos los suficientes elementos de juicio para dictaminar sin separarnos del camino recto que á la verdad conduce. Si señalamos lo que pudiera achacarse á deficiencias, es para hacerlas notar y dar á entender que han sido tenidas en cuenta por el que suscribe.

Lo apuntado habría dado más ilustración al asunto, le hubiera prestado más atractivo, pero no hubiera modificado en nada la doctrina científica en él sustentada.

En dos partes vamos á dividir nuestra labor. En la primera haremos relación escueta de los hechos. En la segunda valoraremos los hechos expuestos, comentándolos con la rectitud é imparcialidad que constituyen el único ropaje con que debe vestirse toda intervención pericial.

El Ilmo. P. Ezequiel Moreno, murió en el Convento de Monteagudo (Navarra), á los cincuenta y ocho años de edad, el día 19 de Agosto de 1906, de una enfermedad neoplásica (cáncer ó sarcoma) de las fosas nasales y faringe, después de recidivada la neoplasia por tercera vez operada. En el periodo pre-

agónico apareció por el conducto auditivo externo derecho una fluxión de líquido purulento abundantísimo, procedente, sin duda, del foco neoplásico. Esta fluxión continuó unas horas después de la muerte.

Hasta pasadas las veinticuatro horas después de la muerte (según la ley ordena) no fué embalsamado.

El embalsamamiento se practicó según el procedimiento de Laskowski, por inyección de un líquido compuesto de glicerina, ácido fénico, alcohol, bicloruro de mercurio, cloruro de zinc, esencias de limón, lavanda, bergamota y clavo. Permaneció el cadáver insepulto hasta el día 22, expuesto al público y rodeado de cirios y velas encendidos.

Fué colocado en una caja de ciprés é inhumado en una sepultura hecha en una de las capillas de la iglesia del convento de Padres Agustinos de Monteagudo. El terreno donde se practicó la sepultura es húmedo y algo declive en relación con la topografía de los alrededores. La profundidad de la sepultura se aproximaba á 2 metros, y encima del ataúd se construyó una bovedilla de ladrillo sostenida con unas tablas de roble.

En el momento de la exhumación recoge-

mos los siguientes datos: Levantada la piedra lapidaria que había á nivel del suelo, apareció tierra seca y muy pulverulenta, que fueron extrayendo en un espesor de unos 25 centímetros; fué cambiando la tierra de color, y comenzó á percibirse olor á humedad. Estos caracteres organolépticos se fueron acentuando hasta llegar á la bovedilla. Levantados los ladrillos que la formaban, sacaron las traviesas de roble que servían de sostén, cuya madera tenía la consistencia del queso fresco.

Extraídos todos los materiales que constituían la bovedilla, apareció el ataúd, todo enmohecido y empañado el cristal de una mirilla que había á nivel de la cabeza.

Extraído el ataúd con grandes precauciones (ante la posibilidad de una rotura) pudimos comprobar que los herrajes, precintos y demás accesorios metálicos estaban destruidos por la humedad.

La madera de la caja grandemente alterada y su consistencia caseosa se hizo patente al llegar el serrucho á la mitad de su altura, cuando se separaron los costados con el fin de trasladar el cadáver á otra nueva. A pesar de la humedad de que se encontraba infiltrada la madera de la caja, no pudimos encon-

trar ni untuosidad, delatora de la adipocira, ni manchas de líquidos corrosivos, ni nada que hiciera posible la sospecha de haberse derramado en el interior de la caja líquidos ni substancias procedentes de la desintegración cadavérica. Tampoco olía ni á humedad la madera de la caja.

El serrín que había en el fondo de la caja, aunque húmedo al tacto, no olía ni estaba apelotonado.

El cadáver formaba todo él un bloque, y en su cara se conservaban fielmente los rasgos fisonómicos que concordaban con los retratos póstumos que poseemos.

Vestido con los hábitos sacerdotales, la ropa toda conservaba su color y consistencia, y únicamente en las mangas moradas había algunas hebras de seda deshilachadas, que aumentaron en número al contacto de los muchos objetos que la piedad fué posando sobre el venerado cuerpo.

El borde inferior del *alba* sufrió mutilaciones al trasladar el cadáver al nuevo ataúd. La mitra estaba intacta y con el bordado de realce en tal estado que parecía acababa de salir de las manos de la bordadora. Los galones de oro de la casulla estaban ligeramente

oxidados. Las sandalias tenían las suelas desprendidas, por corrosión de los clavos que las sujetaban. El bordado de oro de las sandalias estaba algo ennegrecido. En la cabeza llevaba puesto el solideo morado, con cuyo tejido de seda ha sido muy indulgente el tiempo en su obra destructora. Los guantes, morados, sin haber sufrido alteración ninguna ni siquiera decoloración. Aprovechando el momento de trasladar el cadáver á otra caja, pudimos cerciorarnos de que en todo el plano posterior no había en las ropas manchas ni huellas de la existencia de derrames de líquidos cadavéricos. El cadáver ofrecía particularidades muy dignas de ser tenidas en cuenta.

Cabeza. Pelo negro ensortijado fuertemente implantado. Cuero cabelludo adherido al hueso. Las fosas orbitarias contenían restos de tejidos procedentes de lo que fueron globos oculares, cápsula de Thenon, etc., etc. Existencia de párpados (con pestañas) ligeramente entreabiertos. Nariz, conservando la parte cartilaginosa y el lóbulo con la misma forma y volumen que en vida. A nivel del hueso nasal izquierdo, un pequeño desgaste. El antro maxilar ó cueva de Higmoro del lado izquierdo, estaba puesto á la vista mediante

una perforación de la región correspondiente. Ambos labios ofrecían á la vista el modelado del vivo con su grosor y situación ordinarios, estando el superior más adosado á la arcada dentaria que el inferior, resultando de la disposición de los labios la boca entreabierta, que dejaba ver los dientes incisivos. Completaban la fisonomía las orejas, que se conservaban con todos los detalles anatómicos que tienen en el vivo, así como su ángulo de implantación (algo hacia adelante), que era un detalle característico del P. Ezequiel, como puede comprobarse en los varios retratos que se conservan. La oreja izquierda se conservaba en un estado muy digno de atención, pues tenía color sonrosado ligero, elasticidad y blandura, que la asemejaba á la goma. La oreja derecha, así como todo ese lado de la cara, estaban completamente negros, debido á los líquidos patológicos que fluyeron del oído derecho. Todos estos órganos descritos estaban cubiertos de su piel, dotada de cierta blandura y elasticidad. Explorado el cuello, encontramos sosteniendo al mentón un trozo de palo, que indudablemente pusieron para vencer la inercia ó caída de la mandíbula inferior; pudimos notar el relieve de ambos

músculos externos, cleido mastoideos, modelado este relieve por el músculo cutáneo del cuello.

Nuestro afán investigador hubiera exigido despojar el cadáver por completo de sus ropas, pero circunstancias especiales nos lo impidieron.

A través de las ropas, pudimos percibir el tórax, conservándose los tabiques intercostales de tejidos blandos.

Cortadas las mangas de las vestiduras, en el brazo izquierdo comprobamos la existencia de todos los tejidos blandos del miembro, pero no arrugados ni acartonados, sino blandos, flexibles y elásticos. Las articulaciones estaban más flexibles que las de un cadáver en plena rigidez cadavérica. Cortado el guante, en el dedo índice de la mano izquierda vimos la uña fuertemente implantada, blanca, nacarina, la piel sonrosada, los tejidos blandos elásticos y hasta nos dimos perfecta cuenta de la existencia de vello en el dorso de la base del citado dedo.

El vientre no se hallaba deprimido ni estaban muy salientes las crestas iliacas de ambos innominados. Los muslos rígidos, pero no

duros. Las piernas y pies con sus tejidos blandos y color cárneo.

Ni al destapar el ataúd ni al mover el cadáver, pudimos notar olor alguno ni la existencia de gases de ninguna clase.

A pesar de habernos dedicado con detenimiento á la busca de restos ó vestigios de los llamados trabajadores de la muerte, no encontramos ninguno ni en la caja, ni en el serrín, ni en las ropas, ni en el cadáver.

De los hechos, tan escueta como brevemente relatados, fácil es deducir, dentro del terreno médico, conclusiones de valía.

En tesis general, forzoso es reconocer que la conservación del cadáver que nos ocupa es superior á lo que podía esperarse, dadas las especiales circunstancias que concurren en este caso y que iremos exponiendo.

No se trata de un caso ordinario de momificación, por cuanto sabemos que el proceso que lo constituye da lugar á la casi completa desaparición de los músculos por desecación, quedando la piel seca y dura fuertemente adherida al esqueleto y sirviendo de medio de unión entre unos huesos y otros. Hemos visto que en este cadáver la partes blandas se conservan casi en su volumen nor-

mal, blandas relativamente y elásticas. El color de los tejidos momificados es terroso, oscuro, casi negro. Verdad es que en algunas momias que se conservan en los Museos existen partes periféricas tan deleznable como la nariz y las orejas; pero lo que es extraordinario es que dichos apéndices conserven su flexibilidad y color.

El Ilmo. P. Ezequiel falleció en pleno verano, y, aunque se señalan las temperaturas propias de los países cálidos como las más aptas para el proceso de momificación (cuyo mecanismo íntimo es la desecación), en cambio, las temperaturas más elevadas de las zonas templadas las apunta la ciencia como las más á propósito para el desarrollo de la descomposición cadavérica.

Respecto a la enfermedad causa de la muerte, si bien puede anteponerse á nuestros juicios el hecho de que los cadáveres de los caquéticos reúnen mejores condiciones que otros para su conservación, hemos de hacer notar que la muerte del P. Ezequiel no aconteció en el período caquético en el cual las reacciones defensivas del organismo ya no se dan, sino que sobrevino estando el organismo aún apto para reaccionar muy visi-

blemente, dando lugar á la formación de grandes cantidades de líquidos seropurulentos que se manifestaron al exterior poco antes de la muerte por el conducto auditivo externo derecho. La masa de la sangre es casi indudable tendría en su seno grandes cantidades de microorganismos, y, en nuestro concepto, creemos no constituye una herejía científica el decir que al morir este enfermo estaba septicémico. Ahora bien; el proceso de putrefacción aparece más ó menos precozmente en razón directa de la mayor facilidad que los microorganismos tienen para invadir la masa sanguínea. Por esta razón, en los enfermos septicémicos que fallecen la putrefacción se inicia muy precozmente.

Hemos visto que estuvo este cadáver por espacio de veinticuatro horas sin embalsamar, expuesto al aire, al calor y, sobre todo, a la libre acción de los insectos, en un ambiente de pueblo, próximo ó en el mismo campo donde los dípteros que constituyen el primer grupo de *los trabajadores de la muerte de Mequin*, son abundantísimos, y, sin embargo, a pesar de nuestras pesquisas, no hemos podido encontrar el menor vestigio de tales insectos

ni la huella más insignificante de su destructora obra.

Respecto al embalsamamiento, veamos de analizar sus factores para deducir la intervención aproximada que pudo haberles en el proceso de conservación.

El fin y objeto que se persigue con los embalsamamientos ha cambiado en el transcurso de los tiempos.

Antiguamente los embalsamamientos se practicaban sistemáticamente, sobre todo en Egipto, bajo el influjo de las ideas religiosas allí dominantes. La evisceración se practicaba inmediatamente después de la muerte, pues no se les ocultaba á los egipcios que la putrefacción cadavérica tiene su punto de partida en las vísceras abdominales; después exponían el cuerpo sin vísceras al aire libre por espacio de meses para conseguir una desecación de los tejidos lo más prácticamente posible; una vez desecado el cuerpo, arrollaban alrededor de las extremidades y del tronco centenares de metros de vendas impregnadas de resina para asegurar aún más su conservación definitiva. Hoy día, los embalsamamientos no se practican de esa manera, porque no se persigue la conservación definitiva, sino

una conservación temporal que permita dilatar en algunos días la inhumación, ya para ser trasladado el cadáver de una parte á otra, ya para la celebración de exequias y otros actos sin peligro alguno para la salud pública. Además, la conservación definitiva no pueden patrocinarla la ciencia ni las leyes sociales en la actualidad por oponerse á las fundamentales leyes físicas de la rotación de la materia.

El embalsamamiento por inyección sin evisceración podrá producir la detención de a putrefacción durante un tiempo más ó menos largo; pero la desorganización viene por fin, porque, aunque se anule por completo la fauna y flora cadavérica bajo su acción anti-séptica, el medio ambiente que rodea el cadáver tiene que producir cambios químicos que son la base y fundamento de una desorganización que pudiéramos llamar aséptica, y, por tanto, la estática orgánica cambia á expensas de la morfología cadavérica. En el caso que nos ocupa, nueve años sepultado en un terreno húmedo no ha sido tiempo ni medio suficiente para verificar cambios que alteraran la forma, volumen, dureza, color, etc., etc., de los órganos en particular y del cadáver todo en general.

En el embalsamamiento por inyección, según el proceder de Laskowski, que fué el usado en el cadáver del Ilmo. P. Ezequiel, entra como excipiente la glicerina que no es un verdadero antiséptico ni hace á los tejidos imputrescibles, pero da cierta flexibilidad. El ácido fénico entró en una proporción inferior al 5 por 100, y en esta concentración sólo produce un efecto pasajero en la conservación cadavérica, según el Dr. Oloriz. Además, siendo volátil el ácido fénico, la proporción que se mantiene dentro de las masas orgánicas tiende siempre á disminuir, de tal modo, que, si desde un principio no se obtiene un efecto microbicida completo y radical (cosa difícil de conseguir), hay fundados motivos para temer que la putrefacción aparezca en plazo más ó menos largo.

El bicloruro de mercurio es el alma microbicida del líquido conservador; pero, por sus enérgicas propiedades químicas, así como destruye los agentes de la putrefacción, destruye los órganos, los corroe y comunica á los cadáveres color obscuro terroso. En el cadáver del P. Ezequiel, una de las cosas que más nos llamó la atención, aparte del volumen

de los órganos, fué el color de la piel, blanco sonrosado.

El cloruro de zinc forma parte del líquido conservador en una proporción igual á la del ácido fénico, es decir, inferior al 5 por 100, y sus propiedades antisépticas se manifiestan en disoluciones concentradas. Es cáustico y delicuescente, siendo en un ambiente húmedo esta última propiedad muy á propósito para retener líquidos (agua especialmente) y contribuir á la desorganización química. Las esencias que completan el líquido conservador se volatilizan pronto y no son responsables de procesos destructivos ni conservadores.

En cuanto al proceso de momificación, se hace preciso, para que tenga lugar, que el cadáver esté inhumado en terreno arenoso y seco, en el que los líquidos sean absorbidos con suficiente rapidez y para que no se verifique la putrefacción gaseosa.

En el caso que nos ocupa, el terreno donde estuvo inhumado el cadáver es muy poco permeable, y, por lo tanto, húmedo. Pero existe otra circunstancia muy digna de señalarse en este lugar, y es que en este cadáver no se formaron líquidos que se extravasaran,

puesto que, de haber existido extravasación, indefectiblemente habrían quedado huellas ó manchas en la ropa, sobre todo en sus ornamentos episcopales en sus partes declives.

Convengamos, pues, que el embalsamamiento practicado no daba la esperanza de detener en absoluto el proceso de la putrefacción por espacio de nueve años, concurriendo las circunstancias dichas de humedad del terreno, época de la inhumación, etc., etc.

La formación de adipocira es señalada por los autores como signo de una putrefacción cadavérica que ha tenido lugar. Ya hemos apuntado el hecho de no haber encontrado untuosidad que pudiera delatar la existencia de adipocira ó cera cadavérica.

La humedad del terreno tuvo fuerza destructora suficiente para modificar grandemente las maderas y herrajes del ataúd, y, sin embargo, en el cadáver no hizo más que darle apariencias de mejor conservación proporcionando á sus miembros flexibilidad y blandura, que, unidas al color de la piel juntamente con el volumen normal de los órganos, completaban la obra conservadora. Tampoco puede achacarse la excelente conservación de este cadáver á las condiciones del féretro,

pues no sólo en los de buenas maderas, sino hasta en los metálicos, la putrefacción tiene lugar, si bien esté más ó menos retardada (tres ó cuatro años). En los féretros metálicos, la destrucción de los tejidos tiene lugar formándose un liquido negro y viscoso que tiene la apariencia de unto de carro en el que nadan los huesos reblandecidos.

En suma, la conservación más frecuente que se observa en los cadáveres consiste en encontrarse los tejidos, aunque morfológicamente intactos, transformados en grasa de cadáver ó reducidos á polvo, que al menor contacto queda destruída la forma orgánica.

Partes periféricas tan fácilmente destructibles como las orejas y la nariz conservaron su color, consistencia y forma normales. El pelo de la cabeza, cejas y pestañas estaban fuertemente implantados. El vello del dorso del dedo índice izquierdo existía como en un cadáver reciente. El color de la piel (excepto en la mitad derecha de la cara, que era negro) era blanco rosado. Hay que reconocer, serenamente pensando, que estos datos no tienen explicación ni dentro del proceso ordinario de momificación ni en la conservación por la inyección embalsamadora.

De lo expuesto, tenemos que convenir en que, dadas las especiales circunstancias que concurren en el caso, que no sólo es excelente el estado en que se encontraba el cadáver, sino que, además, esa conservación no puede explicarse satisfactoriamente dentro del estado actual de la ciencia, por deberse indudablemente á un proceso que las leyes físicas, químicas y biológicas, con todos sus progresos y adelantos, no pueden por ahora descifrar.>

Habla el doctor Martínez:

«¿En qué fundamento me apoyaría para explicarme el estado de un cadáver enterrado en el mes de Agosto, aproximadamente á metro y medio de profundidad, en un depósito de ladrillo recién construido y cubierto de una capa de 75 centímetros de espesor, constituida por tierra arcillosa removida en la que por lo general encuentran buen medio ambiente los insectos *Blata americana* o cucaracha, *Seolopendra morsitans* ó mil pies y otros varios, que carece por completo de sílice y pequeño canto rodado y sin más protección que una caja de madera de ciprés sin forro alguno? ¿Podríase atribuir su conservación á la acción del líquido inyectado para el embal-

samamiento? El ácido fénico y el bicloruro de mercurio ¿pudieron tener una acción tan eminentemente antipútrida y el cloruro de zinc otra tan coagulante que contrarrestaran los efectos que sobre el cadáver debieron producir los ciento diez meses de inhumado en terreno de tales condiciones?

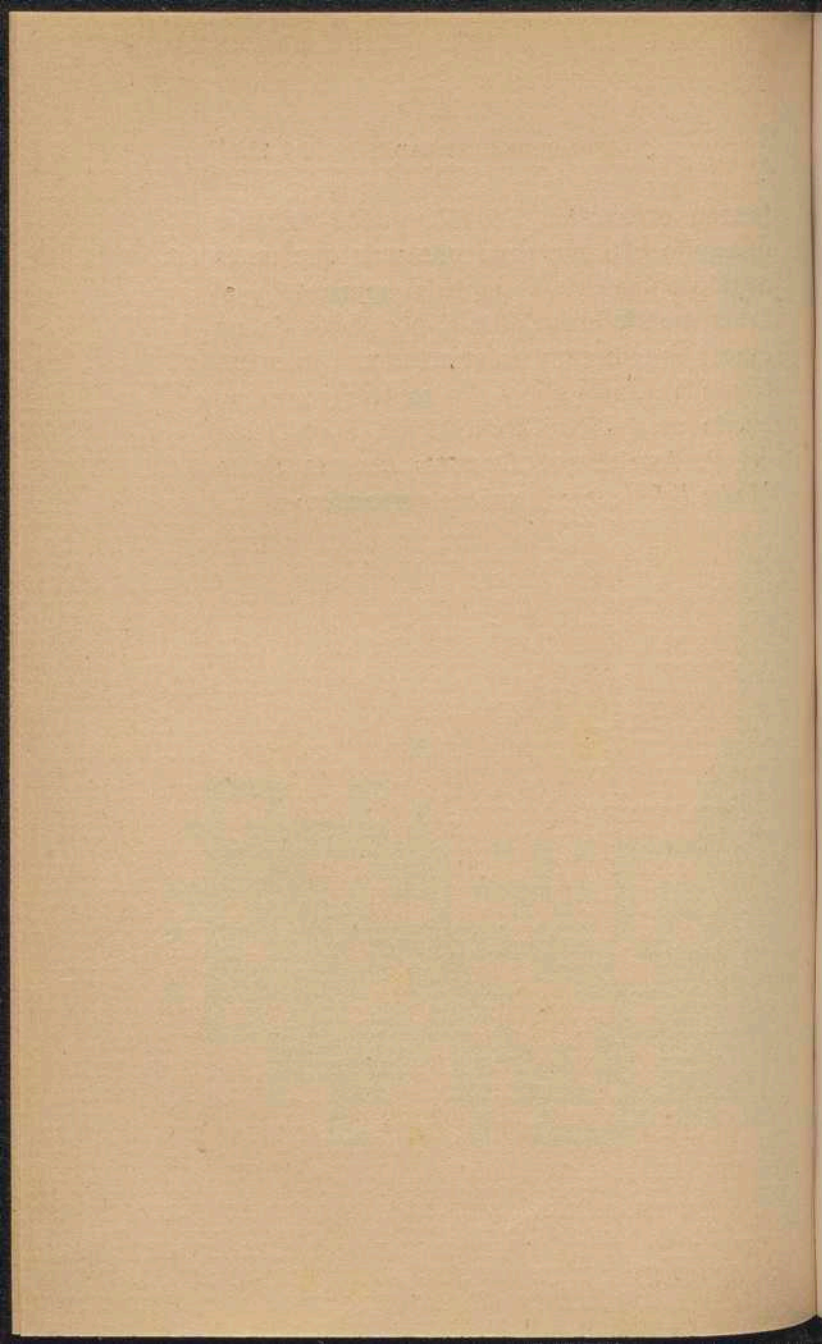
Pasemos a las vestiduras: ¿Qué número de concausas debieron influir, y en qué sentido, para que las vendas empleadas para el embalsamamiento, que quedaron puestas, y supongo serían de hilo ó de algodón, se encontraran hechas polvo, y las medias, aunque de seda, permanecieran en muy perfecto estado, á pesar de su íntimo contacto? ¿Es porque aquéllas fueran de hilo ó algodón y éstas de seda? Supongamos que así sea; pero, ¿por qué se nota una diferencia tan notable entre el estado de las vendas y el de la mitra, de hilo, que la vimos tan bien conservada?

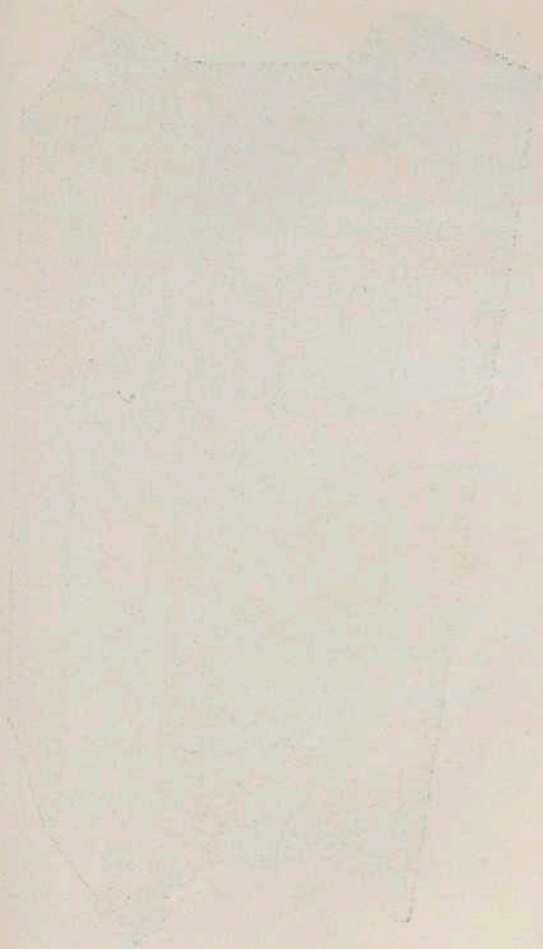
Otro detalle de los inexplicables para mí es el estado de la almohada sobre la que descansaba la cabeza. Me dijeron estar rellena de lana, y la vimos descompuesta por completo, hasta el extremo de hacerme dudar si era ó no lana. ¿No es la lana una de las substancias, así como la seda, que más tardan en descom-

ponerse estando enterradas? ¿Por qué, pues, en este caso, la *seda* de los guantes y medias está bien conservada, la *lana* de la almohada descompuesta, el *lino* de la mitra sólo algún tanto mohoso, las *vendas* convertidas en polvo y el *cadáver* se encuentra sin descomponer? ¿Tiene esto explicación científica?

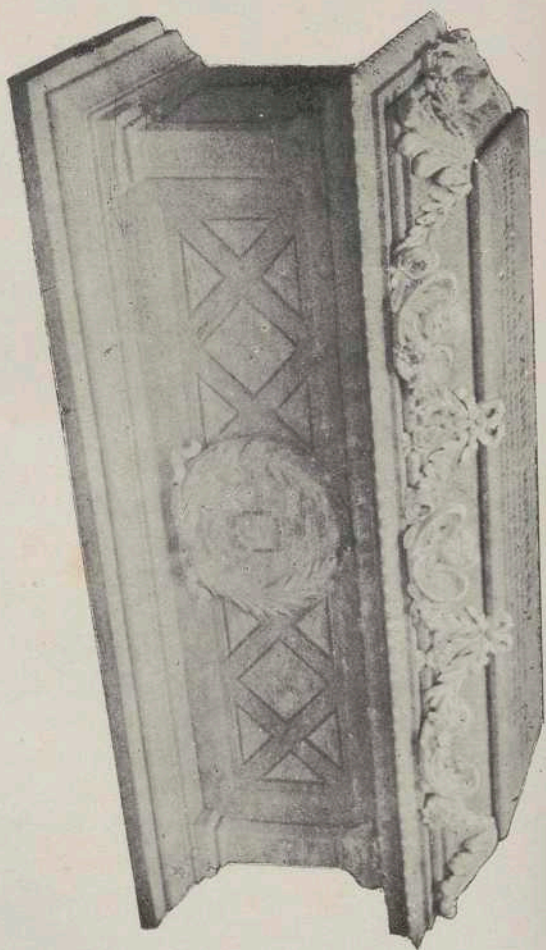
Habidas, pues, en cuenta estas anomalías en las vestiduras, el que los autores están unánimes y conformes en que el embalsamamiento no es garantía, ni mucho menos, de que el cadáver se conserve el tiempo que se quiera, pues sólo hace que se retarde algún tanto la putrefacción, que se haga más lenta, y que hay algunos que citan como casos excepcionales el haber encontrado á los *dos* años sin descomponer un cadáver por ellos embalsamado, y el que se encuentran en el cadáver del Rdo. P. Ezequiel particularidades que se apartan del proceso general de momificación, como son: conservación de cartílagos nasales y auriculares recubiertos de piel, el color blanco rosado de algunas partes, el volumen normal, ó poco menos, de los miembros; la flexibilidad tan manifiesta, y el no encontrar en él signo ni huella que permita sospechar la existencia de un proceso de putre-

facción cadavérica, á nadie puede extrañar que todo ello me haga presumir que no es debido solamente al embalsamamiento y al haber muerto esqueletizado por efecto de un cáncer en la boca; y preguntándome yo cuáles fueran las causas que á ello contribuyeron, no puedo menos que contestarme, á imitación del P. Astete, que *Doctores tiene la Santa Madre Iglesia que lo sabrán responder.*»





2



Sepulcro del Ilmo. P. Ezequiel Moreno y Diaz.



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA

VII

EN EL MAUSOLEO

Narrado queda que el cadáver está depositado en una caja sellada y precintada por el Tribunal eclesiástico, y que la caja fué colocada provisionalmente en una tribuna del presbiterio.

En un principio, antes de la exhumación, únicamente se pensó colocar los restos del eximio varón en nueva caja y volverlos á enterrar en el presbiterio; mas luego, en vista de la novedad que ofreció la incorrupción del cadáver, túvose la excelente idea de mandar construir un mausoleo sencillo ó sepulcro de mármol para mayor decencia, honor y cariño hacia el bendito difunto. Al efecto, se encargó su ejecución al notable marmolista de Zaragoza D. Joaquín Beltrán, quien acogió el encargo con singular empeño y lo tuvo terminado á principios de Marzo, según lo indicaba un periódico de Zaragoza.

En estos términos se expresaba *El Noticiero*:

«Tan admirable obra de arte será transportada al Colegio de Monteagudo (Navarra).

Está expuesta en los talleres de su constructor, D. Joaquin Beltrán.

Ayer fué visitado por el ilustre Prelado señor Soldevila, quien felicitó entusiastamente al Sr. Beltrán y al arquitecto Sr. Ríos.

También estuvieron en aquellos talleres los Sres. D. Florencio Jardiel, D. Mariano de Pano, D. Hilarión Gimeno, Sr. Carra, señor Condén, Sr. Laborda y otras muchas personalidades, así como los Reverendos Padres Agustinos Recoletos, quienes elogiaron tan acabada obra, digna de merecer la excelencia del arte, dentro y fuera de Zaragoza.»

El colaborador del Sr. Beltrán, ó más bien, el arquitecto á quien se debe el plano es el Sr. D. Teodoro Ríos, joven aventajadísimo, á juzgar por esta obra de arte y por otras que ha diseñado.

Veamos qué idea tuvo este artista y veámosla con palabras suyas propias, tal como aparecen en la meritísima Revista ilustrada, de Pamplona, *La Avalancha*, de 8 de Abril de 1916.

Dice el Sr. Ríos:

«Para procurar acertar mejor con los deseos de la Comunidad de Monteagudo, Joaquín Beltrán, el hábil y distinguido marmolista zaragozano, me rogó hiciera unos diseños para el sepulcro de fray Ezequiel Moreno.

Considerando como honor muy grande para mí el poder intervenir modestamente en algo que perpetúe su memoria, acepté complacidísimo el encargo, deplorando las limitaciones que me hicieron, lo mismo en emplazamiento que en presupuesto, impuestas de una parte por las condiciones de la iglesia de Monteagudo, y de otra, por el deseo de que el sepulcro se acomodase á la sencillez propia del que fué Obispo modelo de santa pobreza.

Existe en España una riqueza inmensa en sepulcros, no igualada en ninguna otra nación, y entre ellos hay modelos tan maravillosos, que pueden servir de base de inspiración para verdaderas obras de arte. Yo me consideraba obligado á hacer lo posible para seguir esta tradición honrosa, y hubiera querido decuplicar la cifra del presupuesto; pero tuve que limitarme á lo que disponía, y, contando con la esplendidez de Beltrán, hice unos bo-

cetos sencillos, pero no tanto como el marmolista y la misma Comunidad deseaban.

De todo esto resultó la obra que veis en la adjunta fotografía, cuyo trabajo no soy el llamado á juzgar, aunque sí voy á describir ligeramente, defiriendo á la fina invitación que se me ha hecho.

Es de estilo Renacimiento, considerando que lo es, y muy grande en nuestras costumbres, el poder matizarlas con una vida de santidad.

Los materiales elegidos son el mármol blanco y el alabastro, consiguiendo con ellos el aspecto de riqueza que la naturaleza del sepulcro exige.

Un fuerte basamento destaca con energía el cuerpo central, que limitan unas pilastrillas. En el centro campea un medallón con el escudo del Santo, orlado por palmas y laurel; los paneles de sus lados están formados por recuadros decorados por adormideras estilizadas.

Los otros frentes están adornados por los escudos de la Comunidad y de Colombia.

El coronamiento está formado por una rica moldura que soporta el remate decorado con la guirnalda formada por cabecitas de ángel

combinadas con flores diversas, entre las que destacan la pasionaria y lirios entrelazados con laurel.

Se ha querido expresar por esta sencilla alegoría la gloria que como consecuencia de su vida de virtud y de sacrificio suponemos piadosamente que goza el Ilmo. P. Ezequiel Moreno.

Sobre este remate va la lápida en que se ha grabado la inscripción que se indicó.

El conjunto resulta rico, sencillo y digno.

Para lo que hubiera querido hacer, muy poco he hecho. Sin embargo, dentro de los límites señalados, y gracias al buen deseo de Beltrán, he tratado de corresponder al gran honor que se me hacía al ofrecermé ocasión de contribuir con mi modesto trabajo al mejor recuerdo de este santo Obispo, cuyo cuerpo reposa en Monteagudo.»

Así las cosas, el día 7 de Marzo entregó en Monteagudo su obra el Sr. Beltrán, pero no fué entonces depositada en el mausoleo la caja mortuoria, en atención á que no podían reunirse los miembros del Tribunal eclesiástico, por motivo de las ocupaciones de la Cuaresma. El día acordado para la celebración de este acto fué el 24 de Abril, segundo de Pas-

cua. A este fin, y á eso de las doce del dia, llegó, procedente de Tarazona, el Tribunal eclesiástico de la Diócesis, que lo componen los muy Ilustres Señores Dr. D. Justo Goñi, Arce-diano y Provisor; los jueces adjuntos Dr. don José Yepes, Deán; Dr. D. Juan Garrido, Maestrescuela; Fiscal, Licenciado D. Bernardo Arós; Notario, D. Emilio Monreal, y Cursor, D. Joaquín Maza. Se determinó hacerlo á la tarde, pero ultimando algunos detalles para que quedase todo dispuesto, se pasó el tiempo y se suspendió el depósito hasta el día siguiente (pues la caja no cabía dentro del sepulcro y hubo que acepillarla, y aun así entró muy apretadamente). Los trabajos se llevaron á cabo bajo la dirección del marmolista-constructo, D. Joaquín Beltrán, auxiliado de un oficial, del Hermano Fr. Félix Barea y de un carpintero de esta localidad. Al siguiente dia, 25, quedó todo completamente terminado, y á las tres y media de la tarde procedióse á la clausura del mausoleo, que se ejecutó en presencia del Tribunal, del Padre Vicario-Provincial de la Provincia de Filipinas, Fray Vicente Jiménez del Rosario, y del Superior de la casa, Fray Miguel López del Rosario.

Allí mismo levantó el Tribunal el acta que atestigua dicho acto.

El sepulcro ó mausoleo ocupa la parte del lado del Evangelio, junto á la tribuna que en dicho lado se encuentra. Mide 2,45 de largo por 1,15 de alto y 0,85 y medio de ancho, más la repisa que retorna todo el sepulcro de 2,62 por 1,20 por 18. Composición: un frontal que contiene varios adornos del estilo con adormideras y en el centro el escudo del P. Ezequiel, palmas con ramos de laurel y palma; á sus extremos, dos pilastras, coronando el frontal una rica moldura de mármol blanco de Italia, con dentallones y adornos, más otras molduras del mismo mármol, adornado con cinco guirnaldas de flores y cabecitas de querubines y encima una losa del mismo mármol con la inscripción. En ambos testeros coronan las mismas molduras, y así como en el centro del frontal lleva las armas del P. Ezequiel, en dichos testeros lleva, en el lado izquierdo el escudo de Colombia y en el derecho el de la Orden; los tres escudos, guirnaldas, pilastras y flores son de alabastro especial, sin una mancha, transparente todo; el armado, que es blanco de Italia, va pulido brillantemente. Encima y en medio de la losa en que se lee

la inscripción, se encuentra una cruz también de alabastro especial, sin una mancha y transparente, que fué añadida al sepulcro más tarde. La losa que por la parte de atrás cierra el sepulcro, es de mármol inferior al del resto del armado.

Es la inscripción que va en la tapa del sepulcro del tenor siguiente:

*Illmus et Rdmus Dominus F.
Ezequiel Moreno Díaz hujus collegii
filius ac rector episcopus postopolita-
nus in Colombia obedientia clarus
virtute clarissimus catholicæ veritatis
propugnator strenuus ex hac domo
ad superos evolavit die XIX Augusti
anni MCMVI—Oremus pro eo vel
ipse pro nobis oret.*

Interpretó el Dr. D. Luis Navarro Canales (1) este epitafio en una muy sentida oda,

(1) El Sr. Navarro Canales, ferviente admirador del P. Ezequiel, ha publicado en Zaragoza un *Recordatorio-tríptico*, a cinco tintas, muy artístico, cuya información gráfica me ha cedido para este folleto. ¡Dios se lo pague! *El Siglo Futuro*, Madrid, en su edición de 19 de Agosto último, reprodujo el *Recor-*

que vió la luz pública en el número extraordinario que la citada revista *La Avalancha* editó lujosamente para conmemorar el sexagésimo noveno aniversario del nacimiento del siervo de Dios:

Aquí el gran agustino
El sentir en su alma, dominante
Muestra; y su temple fino
Es de Dios tan amante,
Que, hasta muerto, por Él lucha arrogante.
¡Flor de los confesores
Que moriste abrasado en santo celo!
¡Sé de los que te amamos
El patrón y modelo!
¡Dígnate bendecirnos desde el cielo!

Aquí debía terminar este trabajillo histórico; mas como después de la exhumación del cadáver y clausura del mausoleo se verificasen actos relacionados con la fama de santidad del ilustre muerto, será razón sacarlos á plaza para mayor gloria de Dios y edificación de las almas.

Habiendo oído referir que el siervo de

datorio con motivo de conmemorar el décimo aniversario de la muerte del P. Moreno, mártir del liberalismo.

Dios, P. Ezequiel Moreno, hizo en Sos (Zaragoza) una curación extraordinaria en un niño, procuré averiguar el caso, y de mis pesquisas resulta lo siguiente: Esteban Remón, hijo de Francisco Remón y Feliciano Pérez, niño de unos dos años de edad, vecinos de Sos, hacía varios días estaba aquejado de crup (garrofillo), y había llegado al último período, ó sea, un ruido como serrático se oía á mucha distancia, tenía el enfermo hundida la región external y abdominal; de un estado de ansiedad había pasado el niño á una gran inercia, pulso débil, palidez, sudor copioso, insensibilidad, asfixia. Esto sucedía en los primeros días de Noviembre, y, por consiguiente, hacía poco había sido exhumado y hallado incorrupto el cadáver del P. Ezequiel; y como con este motivo cierta familia de Sos, la familia Ladrero, muy devota del venerable obispo, hubiera obtenido un retrato de él y propalado la fama de las virtudes del P. Moreno, ocurriósele á la familia del chico enfermo aplicarle la estampa ó retrato y colgársela del pecho envuelta en un lienzo.

Lo mismo fué aplicársela, que desaparecer el ronquido. Fué cosa instantánea. Cuatro personas, entre ellas la madre y la abuela del

niño, presenciaron la imposición de la estampa y notaron con sorpresa lo sucedido, y las cuatro creyeron que la desaparición repentina del ronquido obedecía á una muerte rápida; pero no fué así, puesto que el chico comenzó á convalecer rápidamente, y á los cuatro días estaba curado del todo.

En Sos también acaeció, el día 27 de Abril del mismo año, que teniendo el niño Lucio, hijo de Ramón Bastán y Elvira Vicente, de dieciocho meses de edad, llena de pupas y erupciones toda la cara y cabeza, estaba á punto de morir, porque hinchados los ojos, las orejas, los labios, la garganta y las espaldas hacía tres días que no podía ni tomar los medicamentos líquidos que el facultativo, don Jesús García, le daba. Solamente con una esponjilla ó pincel remojaban los labios del enfermito para prolongarle la vida. El médico lo había desahuciado. En tal situación, la madre se acordó de haber oído hablar del Padre *Santico* que hacía milagros, y pidió una reliquia á la señora doña Manuela Remón, porque la enfermedad ya no tenía remedio humano. No faltó quien tratara de disuadir á la buena de Elvira; pero ella, con la fe y el cariño de una madre, aplicóle el pedacito de ropa usada por

el P. Moreno, y principió la mejoría del enfermo en el acto, tanto así, que á la hora ya podía tomar las medicinas y alimentos líquidos por cucharaditas.

La noticia del acontecimiento cundió por la población, y varios amigos de la familia que habían visto al chico agonizante, fueron á reconocerlo y se maravillaban de la rápida transformación que el sesgo de la enfermedad iba tomando. A los pocos días, estaba por completo limpio de costras y chancros.

Todo lo cual me fué referido por varias personas muy honorables y sensatas de Sos, y últimamente por la madre del niño curado, la cual con fervor, con entusiasmo, con fe vivísima y con detalles pintorescos me relató todo, atribuyendo la curación al *Santico*, á quien le rezaría mucho en adelante.

Es digno de la estampa, á la par que estampándolo se da cumplimiento á la última voluntad del interesado, el siguiente caso sucedido en Berdún (Huesca), el 17 de Diciembre de 1915.

Don Sebastián Benedicto, sacerdote que por su piedad y buenas costumbres llamaba la atención en la parroquia de Berdún, cuyo coadjutor era, hacía tiempos estaba enfermo

crónico de cierta afección á los órganos respiratorios, de indole tuberculosa. Llegó la crudeza y rigor del invierno y vióse obligado á guardar cama; la enfermedad seguía su curso fatal hasta que se le declararon grandes hemorragias del pulmón con vómitos continuos y persistentes, á pesar de la asistencia médica. Ya gravísimo el enfermo, D. Lamberto Ladrero, farmacéutico de Berdún, le proporcionó, insinuando se encomendara á las oraciones del famoso P. Ezequiel Moreno, un pedacito de ropa usada por el religioso. Véase el desenlace con las propias palabras del padre de D. Sebastián, quien en carta de 18 de Junio de 1916, así me habla: «Presentóse en esta casa, y en el lecho donde mi hijo se hallaba postrado, D. Lamberto, con un pedazo pequeñísimo de la camisa de lienzo que llevó el venerable P. Ezequiel Moreno, la que tomó mi hijo en sus manos, pidiéndole al P. Ezequiel le librara de los continuos, pertinaces y grandes vómitos de sangre que tenía; y, en efecto, poco después de tener en sus manos esa reliquia, presentáronse los síntomas precursores del vómito, sin que éste se repitiera, por lo cual mi hijo, con gran fe, hizo la siguiente exclamación: —El Padre Ezequiel obró en

mí el milagro de que no se repitiera el vómito—. Y me rogó que publicaran este milagro. Sufrió con resignación de un santo su enfermedad, tanto que él mismo pidió lo reconciliaran, y se reconcilió sacramentalmente varias veces, pidió la sagrada comunión que recibió con la humildad, contento y devoción de un buen sacerdote, y viendo él mismo próximo su fin, pidió la Santa Unción, que recibió con perfecto conocimiento. Su muerte fué la muerte de un resignado y de un santo.» Así termina el padre de D. Sebastián. Y preguntando yo el por qué pedía el sacerdote la suspensión de los vómitos y no la curación total, me fué contestado que por recibir la Sagrada Comunión, y también por poder despedirse con sosiego de ciertos parientes que estaban en el pueblo de Osaba.

Quise averiguar y aquilatar aún más ciertos detalles de este caso anormal y notable, y, al efecto, recibí otra vez informes del padre del sacerdote, quien en carta de 8 de Julio del propio año escribió: «El 10 de Diciembre se le presentó el vómito, el que le aconteció tres ó cuatro veces al día hasta el 17, y en la mañana de este día, vino Don Lamberto á preguntar cómo seguía, y, al decirle que muy mal

por la continuidad de los vómitos, le dió á su madre (del enfermo) el pedacito de reliquia para que se lo entregara á su hijo y ver si con ello conseguía cesaran aquéllos; inmediatamente entró su madre á la habitación y le dijo: —Toma, hijo mío, este pedacito de camisa, que al morir llevaba el Padre Ezequiel Moreno y que me ha entregado Don Lamerito para ver si se corrige el vómito. — Y tomándolo el enfermo, lo besó, y guardó en su mano; y en el mismo acto empezó á toser fuertemente, y como observó que sólo expectoraba salivas, arrebatado de entusiasmo dijo: —Ya se ha obrado en mí el milagro, pues en estos días á cualquier acceso de tos, echaba yo sangre, y en éste que he tenido tan grande no he tirado ni una gota. Háganlo público.— Entonces la madre le dijo:—Sosiégate, hijo, y pide á Dios que te dé la salud.—¡Ah, madre, eso no puedo pedirlo, pues ya me dará el Señor lo que más me convenga!—Estos actos sólo los presenciamos mi esposa, mi hija y yo, pues por disposición del médico sólo entraba el párroco y la familia.»

En la revista *Santa Rita y el Pueblo Cristiano* de 22 de Abril de 1916, bajo la responsabilidad de las iniciales F. T. G., que correspon-

den á Fray Teófilo Garnica, fué publicado lo que sigue:

«En el mes último de Enero fué desahuciado de los médicos, en Valtierra (Navarra), el joven de catorce años, llamado Ramón Maeztu, víctima de meningitis, tan aguda y cruel, que el enfermo perdió la vista por la intensidad de los dolores. Después de recibir los últimos Sacramentos, se aguardaba un fatal desenlace, cuando el Coadjutor de la misma villa, D. Saturnino Fernández, le aplicó una reliquia del Siervo de Dios, Ilmo. y Rvmo. Padre Ezequiel Moreno, que le había enviado un hermanito suyo, que tiene estudiando en el colegio de Padres Agustinos Recoletos de Agreda. ¡Cosa admirable! Al poco tiempo me escribía el ya citado sacerdote lo que sigue: «La intercesión del P. Ezequiel Moreno, juntamente con nuestras oraciones, han sido eficaces en la curación del joven. El día 19 de Enero le apliqué la reliquia y el día de Nuestra Señora de Lourdes, hallándose en completo estado de tontez, con agudísimos dolores, de repente llama á su madre diciéndole: —Madre, entre usted que se me ha ido el dolor; déme usted leche—y era su madre á la que menos podía ver. Todos los médicos lo dejaron desahucia-

do, y al ver una curación tan radical, han dicho el de cabecera y el de Agreda: «O nos hemos equivocado todos los médicos como tontos, ó no se explica naturalmente esta curación.»

Todavía el joven se encuentra convaleciente; ayer le encontramos de paseo. ¡Glorificado sea Dios en sus santos!»

En la misma publicación, edición de 22 de Junio del año actual, léese esta carta al P. Director de la revista:

«Estimado P. en Jesús: A las muchas gracias que tengo recibidas de la Santa de los imposibles tengo que añadir una, por lo que le quedaré eternamente agradecida. Encontrándose gravemente enferma una sobrina mía de calenturas gástricas, y después de reunir consulta de médicos, que no me dieron esperanza de curación para la enferma, acudí, con toda mi familia, á Santa Rita, suplicándole me concediese la gracia de ver curada á mi sobrina. A la vez se lo pedí al V. Siervo de Dios Ilustrísimo P. Ezequiel Moreno, en quien también tengo mucha confianza. Y, en efecto, mis ruegos fueron atendidos, pues el mismo día en que los restos del P. Ezequiel se trasladaron al nuevo sepulcro, la enferma se levantó

de la cama, sin que después haya tenido recaída, y sigue completamente restablecida.

Agradecida cumpla la promesa que hice de suscribir á la Revista de su digna dirección á la madre de la enferma, que reside en Pamplona, y manda celebrar una misa en el altar de la Santa del Colegio de PP. Recoletos de este pueblo.—*Baldomera Garro, Monteagudo, Mayo de 1916.*

Por último, vaya lo que acabo de leer en la misma revista, correspondiente al 22 de Julio de 1916, dejando, por mi parte, a cada uno de los lectores que expliquen éste como los otros casos, anormales y raros, que llevo apuntados, con el procedimiento que por bien tuvieren.

«Hallábase enfermo de gravedad un niño de este pueblo de tal modo, que hubieron de hacerle una operación muy dolorosa, con la que no se consiguió nada sino hacerle padecer cuanto puede suponerse. Movida yo por lo que había oído referir del P. Ezequiel, aconsejé á la familia del niño que hicieran una novena suplicando á Dios la salud de éste por los méritos y valimiento del P. Ezequiel. La comenzamos todos una noche, cuando ya después de operado el niño, llevaba quince días sin esperanza de mejoría. Llegó al

dia siguiente el médico y sin ver al niño, pues juzgaba ya inútil verlo, dijo que él no podía hacer más y que cuanto antes tomasen al enfermo y se fuesen con él á Barcelona, donde se hallaba su madre.

Se entristecieron todos mucho y toda la casa se hallaba conmovida hechos los preparativos para el viaje. Sin embargo, no se verificó éste aquella mañana, la cual pasó el niño profundamente dormido, juzgándose por todos que aquel sueño más tenía de debilidad y agotamiento que de sueño reparador. Pero sucedió que al despertar se le halló algo mejor, mejoría que fué acrecentándose sin interrupción, hasta que el último día de nuestra novena casi estaba el niño completamente bueno.

Hoy goza ya de excelente salud y ya puede usted figurarse cuán reconocida se halla toda la familia al bendito Padre Ezequiel.—*Manuela Escuin, Calanda, Mayo de 1916.*»

Porque no es mi ánimo estampar todos y cada uno de los *milagros* ó casos especiales que se han verificado desde que se escribió la *Biografía* de este siervo de Dios, sino documentar mis afirmaciones sobre su santidad extraordinaria con alguno nada más, omito va-

rios parecidos á los anteriores y callo otros de carácter reservado y de categoria muy más alta, como que pertenecen al fuero de la conciencia y versan sobre conversiones de personas desviadas del camino de la ley divina unos, y otros que son más bien favores espirituales, tanto más excelentes cuanto más difíciles de expresar en todo su valor intrínseco y meritorio. Me consta, pongo por caso, que una persona hacía veinte años vivía empecetada con los crímenes más horrendos contra el sexto mandamiento del Decálogo, tanto que había llegado al grado de pertinacia que se caracteriza por aquella ceguera que hace recibir la comunión con el alma manchada y sin el más leve estímulo de remordimiento. Pero llegó un tiempo que conoció su mal estado, y comenzó á encomendarse al P. Moreno para que le ayudara á resolverse a efectuar confesión general, y le quitara la vergüenza grandísima que sentía. La referida persona, al efecto, besaba todos los días una fotografía del siervo de Dios, á la cual iba pegado un pedacito de ropa interior, diciendo al besarla: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*, y, al mes de vacilaciones y cruelísimas torturas de espíritu, hizo la confesión general muy devota-

mente, y no titubeó en afirmar que por una merced muy singular del P. Ezequiel, cuyo cadáver había sido exhumado hacia poco tiempo.

De todo esto sacarése en definitiva la consecuencia de que alrededor del nombre del Ilustrísimo P. Ezequiel flota una onda de perfume santo que lo hace venerando y augusto, olor que el tiempo no será capaz de destruir aunque la crítica racionalista lo intentare. Y cuenta, repito una vez más, que la vida de este siervo de Dios fué llana y sencilla, como que estaba muy oculta aquella altísima y divinísima comunicación de su alma con el Corazón de Jesús, sólo conocida por muy contadas personas que después de la muerte del P. Moreno lo han revelado. Los que tuvimos la fortuna de conocer y tratar á este religioso nos hemos propuesto á veces analizar con mirada retrospectiva sus acciones y su trato personal, y hemos venido en reconocer que todas ellas, con ser ordinarias y comunes, siempre iban exentas de defectos.

En su conversación, así como en el curso de sus obligaciones cotidianas, no se le notaba intemperancia alguna, ni omisiones ni comisiones que se pudieran tachar de defectuosas.

Ecuánime, sencillo, modesto, complaciente, benévolo, laborioso, puntual en todo, ninguno de los que lo trataron recuerdan haberle visto cosa censurable. Claro está que, como hombre, pudo tener errores; pero una cosa es el reato teológico, y otra, la equivocación humana. Aun en los mayores Santos las hubo; que solamente de Jesucristo se dijo: *omnia bene fecit*. Ni el que las haya apoca ó deslustra los grados de la santidad bien entendida. Ese concepto que el vulgo tiene de los Santos, esa tendencia á quitarles la parte humana desnaturalizándolos y exhibiéndolos como entes fantásticos, sin carne ni hueso, sin lucha de pasiones y concupiscencias, siempre en abstracción de las criaturas, obrando milagros á rodo esa concepción de la virtud no responde á la realidad hagiográfica. La santidad consiste en el cumplimiento del deber, es decir, en hacer las obras ordinarias bien, según el estado de cada uno. El milagro, el éxtasis, los carismas de la gracia, son premio de la virtud casi siempre oculto. Tiende ésta á recatarse, así como el vicio tiende al escándalo. Puede suceder que á nuestro lado haya un alma privilegiada y no lo notemos. Las almas grandes se buscan, se encuentran y se entienden entre sí.

Hay en las *Cartas* de este siervo de Dios una frase que equivale á una tragedia íntima. Estando en un pueblecillo de las misiones de Casanare, como no viese entre los indios á ninguno con quien tratar asuntos de perfección espiritual y desahogarse confidencialmente, escribía: «¡No me entienden, no me entienden!» He aquí algo parecido al grito de Jesucristo en la Cruz: «¡Dios mío, Dios mío por qué me has abandonado?» En realidad de verdad, la soledad del corazón es la peor de las soledades.

Dícese que el siglo XX no es siglo de Santos. ¡Error! Que no abrevia Dios sus gracias en ningún tiempo. En torno del P. Moreno descubrimos también corazones magnánimos que trascienden á sacrificio heroico, tanto en América como en Europa. Son Santos que se ocultan ó porque no somos dignos de que los conozcamos, ó porque no queremos conocerlos.

Basta. Imitar á este bendito varón en cumplir las obligaciones de nuestro estado, amar á la Santísima Trinidad y al Corazón de Jesús como él los amó, y rogar nos haga merecedores de verlo pronto en los altares, constituye

mi último voto como remate de estas páginas.

¡Flor de los confesores
Que moriste abrasado en santo celo!
¡Sé de los que te amamos
El patrón y modelo!
¡Dígnate bendecirnos desde el cielo!

VIII

SU PREDICACIÓN

Estaba terminado este estudio, cuando me honró el excelentísimo señor Obispo de Sigüenza, P. Minguella, entregándome una carpeta rotulada *Número 17. Sermones*, en la cual se contenía la labor predicada de aquel santísimo y apostólico miembro de la Orden de los Recoletos de San Agustín, P. Moreno. De donde surgió la necesidad de dar noticia de la misma, a guisa de apéndice, ya que su puesto preciso era el artículo V, en que se habla de sus escritos. De todos modos, el asunto de los sermones aquí viene como anillo al dedo.

En efecto, escrita la *Biografía* del Ilmo. Padre Ezequiel en la cual se dan a conocer las principales acciones del religioso, del misionero, del confesor y del obispo; publicadas las cartas pastorales, circulares y otros documentos oficiales donde se manifiestan sus cualidades de doctor y escritor público; y estampadas

también algunas cartas de carácter privado, escogidas de entre las 800 que se han podido coleccionar, echábase de menos la parte predicada y predicable, que este siervo de Dios había compuesto para el debido desempeño de sus funciones apostólicas. Era, por lo tanto, conveniente y aun necesario reunir los sermones como complemento de todo lo anteriormente ejecutado. Pues bien, lo que hasta ahora se ha logrado coleccionar es 104 sermones; 16 esqueletos de sermones para religiosas; 22 esqueletos de sermones; y varias hojas sueltas; además, ha puesto en mis manos el Excmo. P. Minguella un libro de esqueletos o planes de sermones; y todo ello manuscrito, autógrafo, de puño y letra del P. Ezequiel.

He aquí, pues, su figura y personalidad completa: Su alma está en el cielo; su cuerpo, incorrupto y sonrosado, en el sepulcro; y los frutos de su inteligencia, hasta ahora desperdigados, formando ya un depósito de pruebas documentales así de su laboriosidad, celo, piedad, amor de Dios y del prójimo y otras virtudes, como de su cultura científica, merced a la cual puede figurar en la categoría de los doctores de la Iglesia.

Describamos lo material y lo formal de estos

sermones. Todos, excepto cuatro o cinco, tienen 13×22 centímetros, y constan de 16 páginas, por lo general; algunos no llegan a 12; en cada página hay de 30 a 40 renglones; la letra es clara, menuda, bien formada, y netamente española; están cosidos cada uno aisladamente; el papel empleado suele ser de barba; pueden quedar muy curiosamente encuadrados todos los sermones, de suerte que formen un tomo voluminoso. Van divididos en exordio y cinco o seis puntos marcados con números romanos. Entre los sermones hay algunos como el 4, 5 y 13, que propiamente no lo son, sino más bien esqueletos, o si se quiere, asuntos inconclusos y fragmentarios. Al final del 2 hay un esquema, en seis puntos, sobre el amor á Jesús.

Véase el índice de todos en que apenas se apunta el tema general.

1. Presentación como Obispo de Pasto.—
2. Cómo nos ha amado Jesucristo.—3. Cómo consolar de veras al Corazón afligido de Jesús.—
4. Modos de reparar las injurias que se hacen al Corazón de Jesús.—5. Quiere Jesús ser amado de los hombres.—6. Santísimo Sacramento.—7. Reparaciones á Jesús.—8. Carmelo.—9. Eucaristía y Carmelo.—10. Euca-

ristía.—11. Eucaristía.—12. Eucaristía.—13. Corazón de Jesús.—14. Desagravios a Jesús.—15. Sagrado Corazón de Jesús.—16. Eucaristía.—17. Eucaristía.—18. Reparación a Jesús.—19. Reparación a Jesús.—20. Corazón de Jesús.—21. Purificación.—22. Confianza en Jesús Sacramentado.—23. Idem idem.—24. Sermón de la Santa Cruz.—25. Carmen.—26. Sermón de la Virgen.—27. Rosario.—28. Divina Pastora.—29. Divina Pastora.—30. Inmaculada.—31. Virgen de las Mercedes.—32. Virgen del Carmen.—33. San José.—34. San José.—35. Décimoquinto centenario de la Conversión de N. P. S. Agustín.—36. San Ignacio de Loyola.—37. Sto. Domingo de Guzmán.—38. San Roque.—39. Beatificación de María Magdalena Martinengo.—40. Ceniza.—41. Primer Domingo de Cuaresma.—42. Segundo Domingo de Cuaresma.—43. Cuaresma. Viernes.—44. Tercer Domingo de Cuaresma.—45. Cuarto Domingo de Cuaresma.—46. Quinto Domingo de idem.—47. Domingo de Ramos.—48. Domingo de Ramos.—49. Mandato.—50. Resurrección.—51. Trinidad.—52. Primer Domingo de Adviento.—53. Adviento.—54. Idem.—55. Adviento. Segundo Domingo.—56. Adviento.—57. Idem.—58.

Idem.—59. Idem.—60. Idem.—61. Idem.—62. Vigilia de Navidad.—63. Primero de Cuaresma.—64. Segundo de Cuaresma.—65. Cuaresma.—66. Cuarto de Cuaresma.—67. Quinto de Cuaresma.—68. Mandato.—70. Resurrección.—71. Preparación a la Ascensión.—72. Ascensión.—73. Espíritu Santo.—74. Ceniza.—75. Idem.—76. Primer Domingo de Cuaresma.—77. Idem.—78. Idem.—79. La Fe.—80. Domingo de Cuaresma.—81. Transfiguración.—82. Idem.—83. Tercer Domingo de Cuaresma.—84. Idem.—85. Idem.—86. Cuarto Domingo de Cuaresma.—87. Idem.—88. Idem.—89. Quinto Domingo de Cuaresma.—90. Idem.—91. Domingo de Ramos.—92. Ramos.—93. Lavatorio.—94. Idem.—95. Pascua.—96. Preparación para Pentecostés.—97. Pentecostés.—98. Pentecostés.—99. Pentecostés.—100. Despedida de Jesús.—101. Primera Comunión.—102. Acción de gracias.—103. Preparación para el Jubileo.—104. Hombres de la época.

Como se puede observar en presencia de los títulos, entran en la nomenclatura genérica de sermones varios de los géneros de la oratoria sagrada, por lo que unos se deben clasificar como homilías ó instrucciones, otros

como panegíricos, muchos como catequesis y pláticas, quizá ninguno como discurso propiamente dicho ni menos como conferencia; hay, sí, una arenga muy preciosa, pronunciada en la iglesia ante los soldados colombianos que tuvieron participación en la guerra de 1899-1902, como valientes defensores del partido que representa el orden, la justicia y la armonía entre el Estado y la Iglesia.

Aquí no incluimos la Oración fúnebre predicada por él en Pasto en honor del ilustrísimo Obispo de Portoviejo, D. Pedro Schumacher, la que se insertó en el volumen de las *Cartas Pastorales y Circulares*, etc.

En la mayor parte de las pláticas y homilias comienza por traducir el Evangelio del día, y continúa la explicación ó exposición, unas veces texto por texto, otras veces según un plan de trazos generales, y en varias ocasiones haciendo caso omiso del Ave María. Muchas de ellas predicábalas por la tarde ó por la noche, por aprovechar la concurrencia de los fieles á las funciones religiosas. Alguno que otro, muy pocos, son repeticiones, copias con pocas variantes, por lo que, en vez de 104 piezas que forman la colección, debían figurar menos; en otros sermones se repiten, ya

que no el conjunto, algunos párrafos; ciertos pensamientos, á juzgar por las muchas veces que son traídos, parecen ser sus favoritos y constituyen algo así como ideas fijas.

Ahora ocurre preguntar: Esta colección, ¿es obra original y enteramente propia del fervoroso Obispo? Desde luego podemos descartar algunos sermones como no suyos en la totalidad de las partes, porque están formados con recortes y acotaciones de autores que él tenía á mano. En el sermón número 10 hay párrafos textualmente tomados de la obra de Pagani, *El alma devota*, con influencias de la misma obra en varios sermones eucarísticos; el sermón 76 está formado con páginas escogidas de las obras de propaganda de Sardá y Salvany; varios otros revelan las influencias ejercidas por las obras de San Ligorio *Selva de materias predicables* y *Preparación para la muerte*, y en ciertas piezas oratorias nótase, á mi juicio, la inspiración de Santander, Planas, Mazo, Bouillièrre y otros. Y se explica que un hombre muy ocupado, como el P. Ezequiel, tratase de ganar tiempo, aprovechándose de los trabajos de autores tan ortodoxos como los citados; así como dice mucho en favor de su ministerio doctrinal el que

apelase a estos recursos, para no profanar la palabra divina por falta de preparación adecuada, exponiéndose a los peligros que consigo trae la improvisación y la audacia en la cátedra del Espíritu Santo.

Por lo demás, la mayor parte de los sermones llevan el sello de una suavidad docente y de un fondo teológico y ascético que revelan a la legua su filiación o procedencia. El estilo del P. Moreno es inconfundible; su oratoria es seria y doctrinal, exenta de sensiblerías y pietismos de similar, y en consonancia siempre con la alteza del predicador de Jesucristo. Donde se noten párrafos exentos de ejercicios escolásticos y retóricos, sino enseñanzas sencillas y serenas, ahí palpita el espíritu del gran Recoleta de San Agustín. Pero, por más que no escribe páginas de oratoria de relumbrón, se le escapan a veces períodos grandiosos y solemnes como los del *Símbolo de la Fe*, de Fr. Luis de Granada, para caer de nuevo en el río claro y sosegado de homilía que tan bien sabe dominar.

Ni pertenece esta colección a ese molde de elocuencia que estilan los modernistas que se predicán a sí mismos y no a Jesucristo y los misterios de la Religión; pues no se encuen-

tra en esas piezas, siquiera sean panegíricas, rastro de la bibliografía y literatura prohibidas por Pío X, como nocivas á la piedad cristiana.

Siempre son las fuentes de su predicación las Sagradas Escrituras, la Liturgia y los Padres de la Iglesia, sin que recargue de citas en latín sus exposiciones, ni alardee de erudito, sino citando con sobriedad y casi siempre en castellano por acomodarse al público. Ni una sola ocasión trae citas de esos *predicables* contemporáneos en que salen a relucir estrofas y alusiones y dichos de la literatura pagana ni moderna, porque tenía muy presente aquel consejo de nuestro Padre San Agustín en su tratado de *Doctrina cristiana*, lib. IV, capítulo X: «Qui ergo docet, vitabit omnia verba quae non docent.» La gloria de Dios, la salvación de las almas, el mejoramiento de costumbres, la guerra al pecado y al error, la devoción al Corazón de Jesús y a la Santísima Virgen María, estos fines se proponía siempre el devoto Padre. Quien leyere cualquiera de estas piezas, verá muy pronto como retratadas las influencias de la gracia sobre su corazón y sobre su lengua. ¿Qué le importaban las críticas de esa insignificantisima minoría que suele acudir á los sermones para oír al orador y no

al sacerdote, para buscar retórica y no doctrina moral, para pasar el rato deleitándose y no para instruirse santificándose? Él únicamente intentaba «bona docere et mala dedocere; atque in hoc opere sermonis conciliare adversos, remissos erigere, nescientibus quid agatur, quid expectare debeant, intimare». (San Agustín, *De doct. christ.*, l. IV.) Pues como exclamaba en el hermoso panegirico de San Ignacio de Loyola, número 36, predicado muy probablemente en la concurrida iglesia de Padres Jesuitas de Bogotá, «¿vendré yo á entreteneros con pomposas frases de oratoria, ó vendréis vosotros á recoger al pie de esta cátedra algunas flores de estilo, flores efímeras que, heridas de maldición, se secan en el momento mismo de nacer? Si en toda ocasión es una especie de sacrilegio rendir homenaje en el templo del Dios vivo al idolo de la vanidad, ¿qué atentado no sería en un momento tan solemne como éste?»

He observado que siendo cierto, como es, que su modalidad oratoria, en general, tiende á la suavidad, a la sencillez, a la catequesis sin aparato ostentoso, así en sus sermones morales como en los doctrinales, sin embargo, sabe elevar el tono en los panegiricos y desarrollar

los asuntos con temas a propósito y con escogida elocución, como sucede en el de Santo Domingo de Guzmán, predicado en un convento de España de monjas dominicas; en el de San Roque, predicado en Monteagudo, y en el del Santo Cristo, en Malón, que es una verdadera oración gratulatoria, un himno, una exhortación brillante a la virtud. Sin embargo, en su obra predicable hay pocos panegíricos, quizás ninguno en su vida de obispo, fuera del 39 predicado en Pasto, que más que oración panegírica es una explicación de los trabajos de la Iglesia, preparatorios a la beatificación de los Santos, y otra de San José. En donde resulta verdaderamente efusivo y tierno, donde se inflama en afectos y exclamaciones pías, donde se deja arrebatado del entusiasmo y agota los recursos oratorios que le brotan, no del entendimiento, sino del pecho, es cuando predica del Santísimo Sacramento o del Corazón de Jesús. El centro del catolicismo es Jesucristo; el centro del culto, Jesucristo; el centro de las almas, Jesucristo; el centro del P. Ezequiel, Jesucristo también. En el sermón 2 hay un apóstrofe a Jesús, o más bien una oración que llena casi dos páginas comentando *¡Dilexi vos!*, con emoción intensísima; es un

arranque de amor, un éxtasis de vivísima caridad a Jesús en la Eucaristía.

Para fianza de mi flaco parecer, he acudido al ajeno, y como quisiera saber el juicio sobre el sermón 18, hícelo leer al R. P. Angel Marcos de la Sagrada Familia, quien me escribió lo siguiente:

«No sé si tomará el P. Ezequiel doctrinas o palabras ajenas para sí; pero se ve su alma retratada al dirigirse a los fieles y enseñarles cómo se debe amar a Jesús. Ahí no escribe la pluma mojada en tinta, sino en sus lágrimas y guiada por su corazón. La inteligencia, los discursos de la razón desaparecen, y sólo afirmaciones, lenguaje suelto, sentencias, esto lo ocupa todo. En ese lenguaje se ve que no cabe ni la copia ni el plagio, es lenguaje de amor que no puede ser ajeno.»

¡Detalle hermoso! Casi siempre que predica de la Virgen María, Nuestra Señora, acaba por enjorar los carismas de la Madre con el nombre amoroso del Hijo, y, en teniéndolos unidos, sabe desarrollar ambos conceptos con graciosa manera é ingenio. ¡Y eso que se enciende como un serafín cuando predica de la Virgen, y resulta hasta poético cuando habla

en Mayo, mes dedicado a la Madre del amor hermoso!

Siempre y de todas las maneras aprovecha la ocasión para hablar de Jesús, y particularmente de su Corazón Sacratísimo. Es un verdadero enamorado. Las generaciones venideras tendrán que contarle en las listas de los apóstoles principales de esta devoción.

Y ya que de esto tratamos, bueno será y muy oportuno que nos fijemos en una hoja que figura en el sobre 2.º de la carpeta entre los esqueletos de sermones. ¿Será, efectivamente, un plan de sermón? ¡Se distingue de los otros tanto! Me inclino a creer que no es preparación esquemática de oratoria, sino algo muy distinto. Copiémosla y vea el lector la enjundia que contiene, la precisión, el método progresivo y la amplitud con que plantea el asunto.

I.—El Corazón de Jesús y las presentes calamidades.—Abandono y apostasia.—El mundo apóstata y el mundo indiferente.—Consecuencias de esta doble enfermedad.—El enfermo y el médico.—II.—Los deseos del Corazón de Jesús.—El reinado del amor.—Apóstoles de este reinado.—Los enemigos del Corazón de Jesús.—¿Por qué Jesús es contradicho y per-

seguido?—Triunfo del Corazón de Jesús.—Reinaré.—Gloria de ser Apóstol del Corazón de Jesús.—El Apostolado doméstico y el Corazón divino.—Invocación a Jesús.—III.—Qué es el Apostolado doméstico.—Fin del Apostolado, restaurar los hogares en el Corazón de Jesús.—Consagración de las familias.—Cómo las quiere el Apostolado.—Admirable conformidad de este fin con la divisa de Pío X.—El Apostolado doméstico, medio adecuado y eficaz para realizar la aspiración Pontificia.—Ayudemos al Papa.—Podemos, debemos.—IV.—Liga Santa del Apostolado Doméstico.—Necesidad de asociarnos.—Dos grados de la Liga Santa.—Fin de los asociados del primer grado.—Idem de los del segundo.—Facilidad de pertenecer a la Liga Santa.—Jesús lo quiere.—Resultados extraordinarios de esta cruzada.—Armas que deben emplear los socios como Apóstoles del Sagrado Corazón.—V.—Las familias consagradas.—Obligaciones de éstas.—La imagen del Apostolado.—Por qué el Apostolado quiere que la imagen del Corazón de Jesús ocupe en la casa un lugar público y visible a todos.—El libro de la vida.—Recuerda una promesa del Corazón de Jesús.—Dos promesas del Cora-

zón de Jesús a las familias. 1.^a Pondré paz, etcétera. 2.^a Bendeciré las casas, etc.—Importancia de estas promesas.—El Apostolado doméstico, medio adecuado para que se cumplan.—VI.—Necesidad de que los hogares se acojan al Corazón de Jesús.—El hogar, según Dios.—La Familia es una iglesia doméstica.—Sublime sacerdocio de los padres de familia.—El escultor y el padre de familia.—Unión de Cristo y su Iglesia.—Unión de los esposos entre sí, y de éstos con sus hijos.—Lazo de esta unión, el amor.—La paz, fruto del amor, es el fundamento del hogar.—Santidad de éste.—VII.—Peligros que corre la familia cristiana.—Ataques contra ella.—Tendencias a profanarla.—Medios que la revolución emplea para ello.—Salvemos el hogar.—El Apostolado doméstico, escudo protector de la familia.

¿Verdad que esto parece, más bien, sumario o programa para un libro? Traigamos recuerdos históricos que aclararán el punto. El día 17 de Abril de 1904, en la ciudad de Manizales (Colombia), fué fundada, en la iglesia de Padres Agustinos Recoletos, canónicamente, una Asociación llamada *Apostolado Doméstico*, bajo la presidencia del Ilustrísimo señor

Obispo diocesano de Manizales, quien la declaró canónicamente erigida y dió posesión a los funcionarios. La Asociación o Liga Santa del *Apostolado Doméstico* es obra del P. Samuel Ballesteros. Ostenta como lema: «Restaurar los hogares en el Corazón de Jesús.» He aquí lo que dicho Prelado manifestaba en la Circular de 30 de Mayo del mismo año: «Para secundar, en cuanto nos sea posible, las piadosas miras de N. Smo. Padre el Papa Pío X, de regenerar las sociedades humanas (hoy apartadas, en su mayor parte, de las enseñanzas de la fe), restaurando todas las cosas en Cristo, venimos en recomendaros, con el mayor encarecimiento, la piadosa obra del Apostolado Doméstico del S. Corazón de Jesús, obra que ha sido establecida en esta ciudad con las licencias necesarias, por el R. Padre Fray Samuel Ballesteros, Agustino Recoleta, con el laudable propósito de hacerla extensiva a todos los pueblos de nuestra amada Diócesis.

Tiene por obra esta piadosa institución, calificada ya en Roma de *benéfica y oportuna*, llevar a todas las familias cristianas que se consagren al Corazón divino de Jesús los dulcísimos consuelos etc.» El objeto era consa-

grar los hogares al Sagrado Corazón, lo cual se hacía con acto público y cada familia por separado. Se colocaba en la casa una imagen del Corazón Divino, y se fomentaban las buenas lecturas.

Para conseguir esto último, se fundó la revista *Apostolado Doméstico*, dirigida por los Agustinos Recoletos, que servía y sirve de órgano de la Asociación o Liga Santa. *Apostolado doméstico*, como Liga y como Revista, fué bendecido y aprobado por varios Obispos; y se establecieron Centros directivos en algunas Diócesis de la República, que funcionaron y siguen funcionando bien.

Excusado es declarar que el Prelado de Pasto, Ilmo. Sr. Moreno, acogió la idea con el cariño con que acogía todo lo relativo al misterio del Corazón de Jesús; y he aquí una explicación del documento proyecto, atrás copiado, que bien podía ser el esbozo de un libro o folleto, o por lo menos de alguna Carta Pastoral, para propagar por la Diócesis de Pasto tan salvadora Liga. Llama la atención, en verdad, que el P. Ezequiel no mencione para nada la revista quincenal, órgano del *Apostolado*.

Conste, pues, que la muy extendida práctica

de entronizar al Corazón de Jesús en España, América y otras partes, si no fué inspirada por *Apostolado Doméstico*, pudo serlo, ya que con prioridad de tiempo (ocho años) se observó en Colombia, y de ella fué muy partidario nuestro santo Obispo.

Existe en Colombia, más que en otros países, una costumbre muy práctica y encantadora: las Asociaciones del Corazón de Jesús, en muchas partes, suelen tener una imagen, una estatua o estampa de este Corazón, que es llevada por turno a las casas de sus devotos donde permanece un día, durante el cual queda expuesta en la habitación preferente y recibe manifestaciones de devoción de parte de los dueños, amigos y vecinos. Pues bien, a instancias de la piadosa dama Doña Carmen Navarrete, de quien atrás he hablado, el P. Moreno compuso un opusculito que aquélla editó, en Pasto, con tirada copiosísima, titulado *Día feliz o la visita del Sagrado Corazón de Jesús*. Consta de una oración que se reza cuando se recibe la imagen sagrada; luego tiene cinco prácticas devotas para santificar el día feliz; siguen algunos pensamientos para el rato de adoración y reparación, y concluye con una oración para la despedida de la imagen. Es tan

tierno, sencillo y práctico este ejercicio, que la edición se agotó muy pronto. El producto destinóse para ayuda de la fábrica del grandioso templo al Corazón de Jesús que el P. Ezequiel comenzó a levantar en Pasto. Fué el opúsculo reproducido en Tarazona, según leemos en la portada: *Día feliz o la visita del Sagrado Corazón de Jesús, por el P. Ezequiel Moreno, Obispo de Pasto (Colombia), 1915. Tip. de Martínez Moreno. Tarazona. Formato 15 1/2 x 10 1/2. cent.s, 12 págs. En la cubierta, el retrato del autor.*

Tornando a la predicación, queremos llamar la atención también sobre los sermones predicados en honor de San José, por lo devotos, graves y bien redactados. El sermón 34, que es un precioso panegírico del Santo Patriarca, principia así: «El ceremonial de Obispos señala en uno de los capítulos las festividades en que acostumbran los Obispos celebrar de Pontifical. No estaba en las señaladas la de San José, pero últimamente ordenó la Santa Iglesia que en las nuevas ediciones que se hagan del Pontifical, se añada también esta fiesta de San José.

Desde que leí esta disposición determiné celebrar de Pontifical en este día de San José

para hacer un pequeño obsequio al Santo Patriarca y fomentar su culto ya tan popular en el pueblo cristiano.»

Otra de las oraciones panegiricas notables es la siguiente, número 35, o sea la pronunciada con motivo de las fiestas centenarias de la Conversión del Gran Padre San Agustín, en el décimoquinto aniversario. Lleva por texto y lema *Disciplina illius Datum Dei est*, y desarrolla la siguiente proposición: «El Altísimo, al sacar a Agustín del vicio y del error para defensa de la Religión, hizo a la Iglesia un beneficio insigne, causa y origen de multitud de beneficios.»

Débase notar que no cae en el muy erróneo prurito de algunos oradores que pintan al joven africano como un monstruo de liviandades y un sectario propagandista y fautor de todo género de herejías y errores. Retrátalo como fué: un pecador ordinario, si cabe la frase, y un filósofo que buscaba siempre la verdad pero por el camino del error. Hace bien el panegirista en detenerse poco en esta parte para acumular las bellezas de su discurso en la segunda, que es brillante, entusiasta y bien moralizada. En dos ocasiones se para a recontar y ponderar las excelencias de la

Orden Agustina, dando bien a entender cuánto la amaba y cuánto se honraba con el hábito que vestía. Bien es cierto que estos sentimientos los demostró durante su vida entera, ora llamándose a boca llena Agustino Recoleta, de palabra y por escrito, ora citando en sus sermones con preferencia al Santo Fundador y llamándolo mi gran Padre San Agustín, bien vistiendo siempre y aun en viajes larguísimo por mar y por tierra, en frágil embarcacioncilla o a caballo, el santo hábito, sobre el cual brillaba el pectoral, agregando en la casa y en la calle el manto corto que usamos los Recoletos, sea disponiendo en su testamento que lo enterrasen con su hábito: «Deseo y pido que se me entierre con mi santo hábito religioso, como hijo que soy de mi gran Padre San Agustín», sea favoreciendo en todo lo que pudo a sus hermanos, sea, en fin, procurando vivir acompañado siempre de alguno o algunos religiosos de su queridísima Descalcez Agustiniana.

Véase la deprecación final del discurso pronunciado en la solemnidad dicha: «¡Oh, Padre mio! Ruega para que tengamos valor para confesar las verdades que tú defendiste con tanto valor y energía tanta, y para poner en

práctica las saludables doctrinas que tú enseñaste con extraordinaria maestría. Rueda por la Iglesia que tanto amaste y engrandeciste, hoy perseguida y atribulada por todos lados. Rueda por la Orden Agustiniána para que ella viva tu espíritu, tu celo, tu fuego. Bendición, Padre mio, bendición sobre todos tus hijos en recompensa de su entusiasmo por alabarte y bendecirte, especialmente en estos días del Centenario de tu conversión...»

Harto extraña se me hacía la fecha de este sermón, puesto que el P. Ezequiel, á las solemnes fiestas centenarias que en Monteagudo se celebraron, siendo él rector, asistió sin ausentarse para nada. Por aclarar esta duda hube de preguntar en una y otra parte, y la siguiente carta, fechada en Agreda por la M. R. M. Priora de Agustinas Recoletas, Sor María Josefa del Corazón de Jesús, á 29 de Septiembre de 1916, es el resultado de mis pesquisas: «Contestando á su carta puedo decirle que el P. Ezequiel predicó en la fiesta celebrada con motivo de conmemorarse el centenario de la conversión de N. G. Padre; según recuerdan algunas religiosas, fué un sermón elocuente, tierno y conmovedor. Al finalizar el mismo, dijo dirigiéndose á las

monjas: «Hermanas mías, vosotras y yo ¿dónde nos encontraremos cuando otro centenario se celebre?» Y contestándose á sí mismo continuó: «¿Dónde hemos de estar? Reunidos en el cielo.» Según recuerdan las religiosas, vino acompañado del P. Casas (después obispo de Adrianópolis), y entonó las solemnes Completas de aquel día. Esta fiesta se celebró aquí el 22 de Mayo, Santa Rita de Casia, y él, por sus manos, ayudado del P. Casas y del canónigo D. Julián Cisneros, alfareño, que vino con ellos, iluminaron el pórtico y fachada de la iglesia con los farolillos traídos del Colegio de Monteagudo, los mismos que sirvieron en la fiesta celebrada allí el 5 de Mayo con igual motivo.»

Por último, será puesto en razón que se trate algo sobre otro distintivo de la predicación de nuestro celosísimo P. Ezequiel: su intransigencia con el liberalismo. En muchos de sus sermones habla contra esta herejía moderna. Hace muy bien. El liberalismo es malo, y, aunque se junte con lo bueno, es malo. De ahí la conveniencia de atacarlo, máxime siendo el error predominante en estos tiempos de componendas y chanchullos. ¿Táchasele de haber predicado contra el liberalis-

mo más que otros Obispos y sacerdotes? El hablaba en su diócesis y a sus diocesanos, y quien quisiere demostrar que se excedió, pruebe primero que no había tal necesidad de predicar. Obran documentos públicos y colecciones de periódicos y revistas, y otras publicaciones, en archivos y bibliotecas, que retratan esta época y el concepto genuino del liberalismo, tal como lo entendían y practicaban los colombianos, y existen también las obras, publicadas e inéditas, del integérrimo P. Ezequiel. ¿Que predicó con demasiado celo contra este mal público? También era el más grande y el más público. Predicó, amonestó, aconsejó, disputó, oró, empleó medios suaves y enérgicos y tomó actitudes de luchador, pero porque los enemigos eran muchos, astutos y contumaces. Su célebre frase: *ser liberal es más pecado que ser ladrón*, tiene fundamento teológico é histórico. El liberalismo es pecado contra la fe, el hurto contra la moral; el ladrón es antisocial, el hereje es antisocial y anticatólico. En sus sermones no se concreta únicamente á reprender los pecados del liberalismo, sino corregía otros vicios y errores. Con frecuencia moraliza sobre uno ú otro y siempre con caridad; hácelo, empero, con más

frecuencia sobre las aberraciones liberales, porque ya está dicho, no sólo se practicaban sino que funcionaban escuelas, partidos, periódicos, sociedades, que trataban de propagarlas. Si en su diócesis hubieran surgido tales medios de propaganda organizada a favor del hurto, de la prostitución, del homicidio, etcétera, también hubiera extremado su celo contra esos peligros de perversión de las almas y de las sociedades. Siempre constituirá una de las mayores glorias del P. Moreno el haber sido *mártir del liberalismo*.

Viniendo ahora a la forma exterior de su predicación, el P. Ezequiel sabe distinguir la oratoria sagrada de la forense y la polémica; y así, en el púlpito, como ministro de Dios, en cuyo nombre predicaba, ante auditorios ansiosos de oírlo, usa lenguaje sobrio, devoto y dulce, con ese aire de tranquilidad majestuosa que Dios otorga a los que andan en su presencia exponiendo no doctrinas cuestionables ni meramente políticas, ni tampoco científicas, sino enseñanzas inspiradas é impuestas por el Espíritu Santo. Por eso no emplea la declamación en cuanto significa palabrería insubstancial y pomposa, sino en cuanto significa y es persuasión y enseñanza.

Su voz era bien timbrada, clara y agradable, algo atenorada y suficientemente poderosa para llenar los ámbitos de cualquier iglesia. Modulaba y daba acento tónico a las palabras con propiedad y sin desentonos ni ahuecamiento de voz. Empleaba la mímica, el gesto y la acción con realismo y vida, más bien con sobriedad que con exceso, y sin llegar a la poquedad de los movimientos no pasaba al exceso de la soltura que raya en arte teatral: tenía buenas maneras, pero no era amanerado.

Con este conjunto de cualidades de fondo y de forma, nadie se admirará de que fueran sus sermones solicitados y escuchados con empeño singular ni que obrasen el fruto que en su *Biografía* se relata. Por eso, en las catedrales de Manila, Bogotá y Pasto, con no resultar sus instrucciones y panegíricos ostentosos y magistrales como obra de arte, eran modelos de sermones de Santo, y conmovían al auditorio, y arrastraban los corazones, y hacían llorar, y eran eficaces para inspirar resoluciones grandes y actos de transcendental espiritualismo.

Pues, si aun leídos saben a unción muy espiritual, ¿qué tan divinos serían pronunciados

por aquel varón con aspecto de asceta y con créditos de religioso ejemplar, que no pocas veces unía a la palabra las inflexiones del llanto? Porque los sermones no pronunciados eso tienen en contra, que son como cadáveres o figuras sin expresión ni movimiento. De lo escrito a lo declamado hay una diferencia substancial. El orador crea y resucita aún lo más inanimado. «El orador y el auditorio son dos hermanos que nacen y mueren en un mismo día. He aquí la suerte del orador: después de arrebatarse á las multitudes, bajar con ellos en un mismo silencio», ha dicho Lacordaire. Los sermones del P. Moreno, aun muertos, están llenos de vida.

Falta todavía examinar otra clase de materiales manejados por el Ilmo. P. Moreno en su tarea doctrinal: los esqueletos ó' planes de sermones de que se valía para predicar cuando no disponía de tiempo para mejor preparación. En estas ocasiones en que entregábase a la inspiración del momento é improvisaba, por ventura su oratoria resultaba más conmovedora y edificante, porque el amor sabe hablar mejor que la ciencia. Preparación teológica y literaria para ello la tenía; sin embargo, respetaba muy mucho la palabra divina, y, á

fuer de humilde, desconfiaba de sí, por lo cual no quería exponerse á profanarla.

Como se ha dicho, en la misma carpeta número 17 hay tres sobres grandes: el primero, con dieciséis esqueletos de sermones y pláticas para religiosas, en hojas sueltas, que versan sobre la profesión religiosa, vocación al claustro, renovación de votos, reflexiones sobre el estado religioso y devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Cada uno está dividido en dos, tres ó cuatro puntos. Es letra autógrafa. El segundo sobre ó cubierta, contiene veintidós esqueletos de sermones, en la misma forma y condición que los anteriores. Predominan en los del sobre segundo los asuntos acerca de Jesucristo y la Virgen Nuestra Señora, Ejercicio del mes de Mayo, Panegíricos de Nuestra Señora de Belén, del Patriarca San José, Santa Teresa, etc. En el sobre tercero se encuentran hojas sueltas, autógrafas también, con notas y fragmentos de sermones, y apuntaciones sobre prohibición de libros y sobre proceso de beatificación del ilustrísimo P. Claret.

Ahora vaya la descripción del libro de esquemas de sermones.

Es un tomo de 394 hojas foliadas, en tama-

ño de 16 × 10 centímetros, encuadernado en tela roja. Al principio se lee: « † ¡Viva Jesús! Este libro, que consta de trescientas noventa y cuatro páginas foliadas, fué escrito todo de mano del Siervo de Dios, Ilustrísimo Padre Fr. Ezequiel Moreno de la Virgen del Rosario, muerto en opinión de santidad el día 19 de Agosto de 1906 en nuestro Colegio de Montegudo, Navarra. † Fr. Toribio Minguela, Obispo de Sigüenza.»

El índice principia en la página 389, y también es de puño y letra del P. Moreno. Contiene 93 esqueletos, cuyos títulos dicen de esta manera:

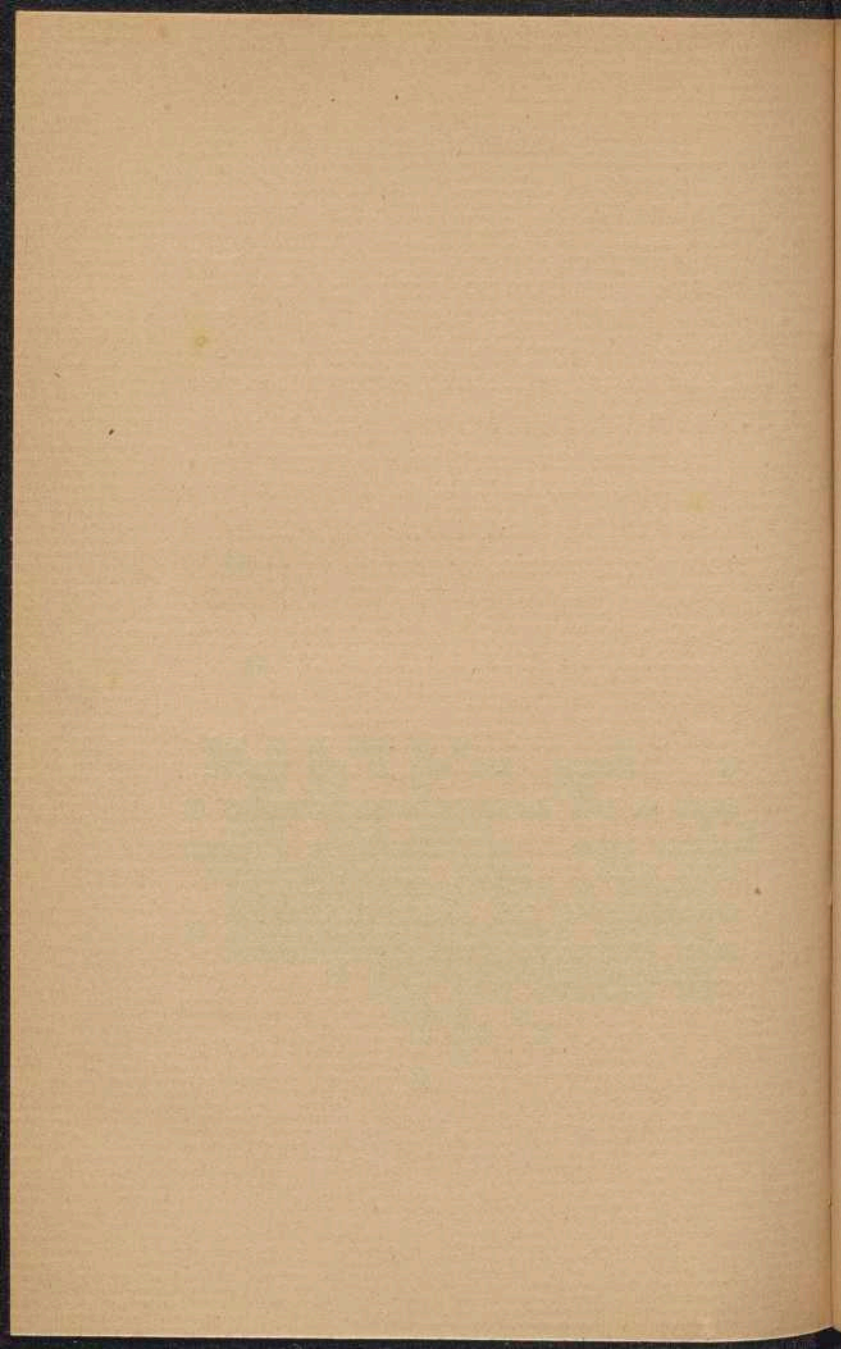
Salvación del alma, 8 esqueletos.—Fin del hombre, 6 esqueletos.—Pecado, 9 esqueletos.—Cómo guarda el demonio á los pecadores.—Consideración de siete cosas en lo que tienen de *poco*.—Lo *poco* del gozo de los malos.—Lo *poco* de la tribulación.—Muerte, 4 esqueletos.—Juicio, 6 esqueletos.—Preparación para la muerte.—Amargura de la muerte. Temor de la muerte.—La muerte pena del pecado.—La muerte remedio del pecado.—Penas del infierno.—Pena de daño.—Pena de sentido.—Eternidad del infierno.—Pensamiento de la eternidad. — Divina misericordia. — Pecado,

daño (si cabe) contra Dios.—Abuso de la divina misericordia.—O arrepentirse ó condenarse.—Conversión.—Conversión en la muerte.—Por qué unos afortunados, otros desgraciados.—Miserias de la vida humana.—El cristiano debe ser peregrino.—Cosas que se deben olvidar.—De lo que debe acordarse el cristiano.—Fealdad del pecado por su parentela.—Bienes del bautismo.—Conversión pronta.—El cielo.—Amabilidad de Dios.—Medios de salvación.—Fin del hombre.—O con Jesucristo ó contra Jesucristo.—Fin del hombre (¿Quid prodest?).—Muerte (¿Quid prodest?).—Muerte.—Engaños del mundo.—Escándalo.—Malas compañías.—Ocasiones.—Cuidado de salvarse.—Dos eternidades.—Las dos banderas.—Consejos.—Conversión del condenado.—Costumbre de pecar.—Reincidencia.—Inconstancia.—Peligro de condenarse.—Escándalo.—Cómo una ciudad es de Cristo.—Qué ciudad debe llamarse feliz.—Requisitos en una ciudad.—Cómo pertenecemos á Jesucristo.—Religión.—Recaída en el pecado.—Conocimiento de Jesucristo.—Infidelidad a las promesas del bautismo.—Dirección de obras á Dios.—Qué es ser cristiano.

Ahora bien, ¿estos planes son originales?

¿Cuándo concibió la idea de coleccionarlos? Son preguntas que no podemos satisfacer. El tomo se ve ajado por dentro y por fuera y con trazas de haber sido muy manoseado. No debemos dudar de que este libro acompañaba en los viajes al ilustrísimo Prelado, quien se sirvió de él en mil y tantas ocasiones que se le brindaban para predicar en los pueblos y en los conventos de religiosos y religiosas que frecuentaba no poco. Llevan los esqueletos exordio, y el cuerpo del sermón va dividido en varios puntos con números romanos. ¿Quién puede saber los secretos de devoción y sacrificio que encierra esta joya preciosísima?

Tal es, pues, la obra predicada y predicable de nuestro inolvidable Obispo. La colección resulta variada, de mucho mérito é interesantísima. Plegue á Dios Nuestro Señor disponer las cosas con acuerdo y traza tal, que la veamos publicada, para edificación y provecho de eclesiásticos y seglares. ¡Es tan loable restaurar en Cristo la predicación!



IX

RAMILLETE DE PENSAMIENTOS Y AFECTOS

Ya que por ahora no se trata de dar a la estampa el sagrado tesoro de su predicación, vea bien el lector que se le obsequie siquiera con unos cuantos pensamientos y afectos entresacados, por los cuales se vislumbrará la riqueza y hermosura de lo que permanece inédito y como oro en paño.

Rogad por mí, hijos míos, por vuestra conveniencia; sí, os conviene que yo sea un santo y me llene Dios de luces y amor, porque de ese modo os podré comunicar en abundancia verdad y caridad. (Sermón 1.)

Ser castos, humildes, pacientes; llegar á ser santos; he aquí el amor que Dios nos exige para que cuando le digamos: ¡Te amo! El nos pueda contestar: Sí, me amas, hijo mío, tengo pruebas. (Sermón 2.)

Diera yo todo lo que se escribe y habla en el día de hoy en defensa de la Religión por

un cinco por ciento de buenas acciones. (Sermón 3.)

El amor no se contenta más que con el amor. (Sermón 4.)

Jesucristo predijo dos cosas opuestas que se han cumplido; una, que sería objeto de un odio grande; otra, que sería amado. (Sermón 5.)

Gran cosa es ser amigo del Santísimo, pero mejor cosa es hacerse apóstol; esto es, darse á la tarea de procurarle cada día nuevos y fieles amigos. (Sermón 6.)

La Encarnación es el milagro del amor; la Redención, la inmensidad del amor; la Eucaristía, el amor que no tiene nombre. (Sermón 7.)

María abrazando á Jesús, besando á Jesús, estrechando á Jesús contra su pecho, nos enseña cómo hemos de tratar á Jesús al recibirlo en la Comunión. (Sermón 8.)

Sicut liliun inter spinas... sicut malus inter ligna silvarum... ¡Quiero vivir y morir entre el lirio y el árbol, entre María y la Eucaristía! (Sermón 9.)

Virvir lejos de Jesús no es vivir, sino vegetar tristemente y morir. (Sermón 10.)

En la Natividad vino el Hijo de Dios á

un establo para poder hallar al hombre, porque se había embrutecido, y levantarle y purificarle. (Sermón 11.)

Ramos, flores, obsequios, alabanzas, bendiciones, hosannas..., corazones, sobre todo, para el Dios de la Eucaristía, vida de nuestra vida. (Sermón 12.)

Considerada la devoción del Sagrado Corazón de Jesús en sí misma, ó en cuanto á la sustancia, es tan antigua como el cristianismo. (Sermón 13.)

¡Muchas iglesias se cierran con llave desde por la mañana, porque se supone que nadie va a estar con El; y queda solo El, que forma el embeleso y éxtasis de los Angeles! (Sermón 14.)

¡Sagrado Corazón! ¡Oh, qué hermosa palabra y qué hermosísima idea para herir en lo más vivo al mundo actual! Pues, ¿de qué está enfermo todo El sino de tristísima enfermedad del corazón? (Sermón 15.)

Como un padre, que, por no verse obligado á castigar al hijo que le ofende, hace que nada ve; así, Jesucristo, por no verse obligado á castigarnos, se cubre el rostro con los accidentes (sacramentales), haciendo como que no ve. (Sermón 16.)

El misterio de la Eucaristía, si se me permite la expresión, es el más misterioso de todos. (Sermón 17.)

¡Ah, perdónanos, amabilísimo Jesús; hermosísimo Jesús; embeleso de los cielos! ¡Hasta ese punto se ha llegado, hasta tener vergüenza de que se vea (en las casas) tu santa imagen! (Sermón 18.)

Hay que desagaviar á Jesús y defender sus intereses. (Sermón 19.)

Si un hombre cuando ama, desprecia todo, si no se le da amor, ¿cuánto más Jesucristo dueño de nuestros corazones? (Sermón 20.)

No fuera el Catolicismo la Religión verdadera de Jesús, ni fueran los buenos católicos dignos de este nombre si no fuesen, como Cristo, blanco de contradicción. (Sermón 21.)

Si el temor de Dios es el principio de la sabiduría, su perfección es el amor. (Sermón 22.)

Una sola visita al Santísimo Sacramento resolverá más dudas, disipará más tinieblas y nos comunicará más unción que todas las efusiones de la amistad más tierna. (Sermón 23.)

El dolor es una pensión general que legó el pecado á todos los descendientes de Adán. (Sermón 24.)

¡Bendita sea la Madre de las misericordias; bendita la Virgen de nuestros encantos... Llamadla siempre bendita y no temáis que la impiedad llegue á reinar entre vosotros. (Sermón 25.)

La cristiandad no ha dado un solo paso hacia el bien sin Maria. (Sermón 26.)

El que reza bien y con frecuencia el Rosario es hombre que repite al mundo su profesión religiosa. (Sermón 27.)

La historia de las grandes conversiones es la historia de la Madre de Dios. (Sermón 28.)

¡Divina Pastora! La Virgen, buscando almas que salvar, se nos presenta frente á frente de los hombres carnales que las pierden. (Sermón 29.)

Hijos míos, quiero... que establezcáis toda aquella vida cristiana pública de vuestros abuelos, que os quieren arrebatar los volterianos, masones y liberales. (Sermón 30.)

¿Cómo se vale Maria para atraer hacia si los corazones? ¡Ay! No lo sabré explicar; pero es lo cierto que ante una imagen suya se siente algo que atrae, domina y embriaga. (Sermón 31.)

Las fiestas de la Virgen son como la vida del corazón cristiano... No hay fuerza en la

tierra capaz de contener el entusiasmo de los fieles por la Virgen de sus encantos. (Sermón 32.)

Nadie como José en su muerte, por haber muerto en medio de Jesús y de María; y, después de su muerte, nadie igual á José en gloria y poderío. (Sermón 33.)

El mismo Dios ha canonizado á San José, y las actas de su canonización son los Evangelios. (Sermón 34.)

Feliz fué, sin duda, la idea del primero que presentó la imagen de nuestro Santo (San Agustín) con el corazón en la mano cercado de llamas; porque Agustín vivía, en efecto, entre los ardores del Divino Amor; pero de un amor tan tierno, tan generoso, tan desinteresado, tan puro, tan heroico, que sorprende y admira. (Sermón 35.)

Sabedlo, pueblos: ó comunidades religiosas ó revolución; si no queréis revolución, amad, proteged á las comunidades religiosas. (Sermón 36.)

¿Qué bienes les han proporcionado (los impíos á los pueblos) identificando el vicio y la virtud, propagando el materialismo brutal, y colocando la felicidad del hombre en la satis-

facción de los apetitos de la carne? (Sermón 37.)

Jamás el moderno racionalismo será capaz de llenar el inmenso vacío que ha dejado, desterrando de su diccionario el nombre dulce y simpático de la caridad. (Sermón 38.)

Dos enfermedades, tomadas en sentido moral, son las que padece la actual sociedad: tisis y ceguera. (Sermón 39.)

Ilusiona a los hombres la loca esperanza de que la muerte está lejos. He ahí el artificio más peligroso de que se vale el enemigo para mantener a los hombres en la impenitencia. (Sermón 40.)

El hombre no vive de solo pan; vive de la palabra, de la verdad, de la gracia de Dios. Hijos míos, si así no vivís, es porque coméis lo que da Satanás: piedras. Devolvédselas, y vivid de las delicias de la amistad de Dios y del cumplimiento de su ley santa. (Sermón 41.)

Tres personajes asistieron al misterio de la Transfiguración de Jesús: Pedro, símbolo de los creyentes; Juan, flor de las vírgenes; Santiago, capitán de los mártires. (Sermón 42.)

Confiésoos, hermanos míos, que cada vez que esta idea (infidelidad al llamamiento divino) asalta a mi imaginación, un terror espan-

toso se apodera de mi alma; y tiemblo, y me estremezco al considerar la monstruosa ingratitud de una parte de los cristianos, y se me figura oír de cerca el anatema terrible de Jesucristo y ver desaparecer de los pueblos su reino, esto es, su fe, sus dogmas, sus doctrinas, su religión santa, y con ella la dicha y la civilización. (Sermón 43.)

El espiritismo es la magia antigua con levita y guantes modernos. (Sermón 44.)

Diecinueve siglos que han pasado desde entonces han venido confirmando la misión divina de Jesucristo y diciéndonos que debemos reconocerle como a nuestro Rey y Señor. (Sermón 45.)

Dejemos el cuidado de nuestra reputación á Aquel que volverá por ella á la faz de los cielos y la tierra. (Sermón 46.)

¿Se pasa acaso algún día en que Dios no nos diga de un modo ú otro, necesito ésto ó aquéllo? Unas veces es una limosna para un pobre; otras, una dádiva para una obra piadosa; otras, un servicio para su mayor gloria. (Sermón 47.)

Cuando un criado trabaja en presencia de su amo, por muy indolente que sea, se esfuerza en hacer todo lo posible... Pues bien, lo

mismo sucede al cristiano que piensa con frecuencia que se halla en la presencia de Dios. (Sermón 48.)

El orgullo tiende á subir; la humildad, á bajar; el orgullo aspira á ocupar el primer puesto; la humildad, el último; el orgullo quiere ser rey; la humildad, esclavo; el orgullo es el vicio príncipe; la humildad, la virtud fundamento... ¡Oh, Redentor mío, humillado á los pies de Judas, yo me humillo delante de Ti! (Sermón 49.)

¡Animo! Hay noches de luto y soledad; pero hay auroras risueñas y de aleluya. ¡Animo! Hay Pasión temporal; pero hay Pascua eterna. (Sermón 50.)

«No hay Dios», dijo el insensato en su corazón; pero contra el insensato que niega, se levanta todo el universo proclamando la existencia de Dios. El ordenado movimiento y la música armoniosa de las esferas celestes, el deslumbrador ornato de la tierra, el bramido de las ondas marinas, las virtudes del hombre justo, las maldades del pecador, los desvarios del insensato y hasta la demencia misma del ateo, todo proclama la existencia de un Ser eterno, infinito, inmutable, vida de todas

las vidas, centro de todos los movimientos. (Sermón 51.)

El Señor vendrá..., el sonido del clarín del Juicio llegará á todas las latitudes, el polvo muerto será reanimado, y todos los hombres... acudirán al Valle Josafat á dar cuenta de cuanto han hecho. (Sermón 52.)

Ser liberal es más pecado que ser ladrón. (Sermón 53.)

Hay dos tribunales de Dios, dos juicios muy diferentes: el de la justicia eterna al cual podéis ser llamados de un momento á otro, y el de las misericordias, al cual os podéis llegar cuando queráis. (Sermón 54.)

Como Satanás, roban los impíos la hermosura á las almas y las convierten en monstruo horrendo. Las matan cometiendo un fratricidio peor que el de Caín. (Sermón 55.)

¡Pobre trabajador, enfermo desgraciado, infeliz jornalero! Sois iguales al más potente Emperador. Sois superiores si vuestra conducta es más arreglada que la de ellos. Aquél es más superior que es más santo. (Sermón 56.)

Seamos firmes. La lucha es inevitable, y debemos estar siempre arma al brazo. La causa es de Dios, y á Dios se le puede combatir, pero no vencer. (Sermón 57.)

¿Para qué sirve un reloj, si no marca la hora? ¿Para qué un cuchillo, si no corta?... Así, pues, si nosotros no cumplimos con el fin de servir á Dios, para nada vale nuestra vida... ¡Oh, qué ceguedad preferir las vanidades de este mundo á la posesión de Dios. (Sermón 58.)

Las revoluciones de nuestra época, esos espantosos atentados públicos que destrozan las naciones y las quieren llevar á la barbarie, no hubieran sido posibles en su origen, ni lo fueran hoy en su desarrollo, sin esos auxiliares de la ignorancia religiosa y los vicios. (Sermón 59.)

Sed católicos de veras, íntegros y no á medias, porque de lo contrario se corre gran peligro. (Sermón 60.)

Buscad esa honradez que no sólo basta para huir de la horca ó de la cárcel, sino que sirve para agradar á Dios... Sed honrados según Dios, y no según el mundo, que es moralista bien desacreditado. (Sermón 61.)

La Iglesia Católica es Cristo viviente en medio de nosotros. (Sermón 62.)

¡Oh Salvador mio! No necesito hacer pan de las piedras, porque te tengo a ti que eres el Pan de vida! (Sermón 63.)

El aplauso del campo contrario hace sospechosa la lealtad del aplaudido... Vengan, pues, calumnias, escarnios é insultos sobre nosotros de parte de los enemigos del catolicismo. (Sermón 64.)

Qui non est mecum contra me est. La meditación de este texto debe acabar con los amigos de componendas y católicos á medias. (Sermón 65.)

¡Oh! ¡Qué delicia sentarse en rededor de Jesús, estar cerca de Él, y contemplarle y conversar con Él de un modo familiar e íntimo! ¡Dichosos aquellos sobre los cuales fija el Salvador sus ojos de misericordia! (Sermón 66.)

Si el infierno es triste, es porque allí no está Jesús. (Sermón 67.)

¡Cosa extraña! Los enemigos de Jesús creían más en la Resurrección que los discípulos. El odio también tiene sus intuiciones y á veces más hondas que las del amor. (Sermón 68.)

¿Por qué inculcó Jesucristo tanto la virtud de la humildad? Porque sin ella no se puede levantar el edificio de la vida espiritual. Seamos, pues, humildes. (Sermón 69.)

El plazo de sufrir es corto, pero es eterno el de la dicha. Hay semana de Pasión, pero hay eternidades de Pascua. (Sermón 70.)

Mejor sería perder la vida que dejarnos arrastrar y cubrir por el sucio torrente del error. (Sermón 71.)

¡Corazón mío! ¡Arriba, que allí... en el cielo... está tu centro, tu amor y tu dicha perpetua! ¡Arriba, que lo de acá, miserable, vergonzoso y despreciable, pronto se ha de acabar! ¡Arriba, que es demasiado grande tu condición de hermano de Jesucristo para que te puedan contentar mentidos placeres! (Sermón 72.)

Es muy celebrada la fidelidad de Abraham, la castidad de José, el celo de Elías, el heroísmo de los Macabeos y de su madre. Pero tales maravillas diríase que han dejado de serlo en la Iglesia de Jesucristo, por ser en ella como cotidianas. (Sermón 73.)

La eternidad depende de la muerte, la muerte de la vida, y la vida de un hilo que en un instante se rompe. (Sermón 74.)

No basta ser cristiano por el bautismo para aspirar a una buena muerte; es preciso serlo por la conducta. No basta sólo creer, es necesario obrar. (Sermón 75.)

No son los malvados tantos como representan, ni son los buenos tan pocos como aparecen á primera vista. (Sermón 76.)

Me hace falta Jesús: su palabra, su doctrina, sus cariños, su amor, su cuerpo sacratísimo. Jesús únicamente puede satisfacer todos mis deseos y llenar todas mis esperanzas. Él solo tiene virtud para calmar las ansias de mi corazón y elevar mi alma. ¡Oh, Salvador mío! (Sermón 77.)

¡Pobres hambrientos de placeres sensuales! El demonio, cuando os tienta, no lo hace sin advertiros lo que os da: piedras; eso es todo. (Sermón 78.)

Si Dios no contiene ese torrente de iniquidades y de impiedad que amenaza inundar el mundo, el mundo será inundado y habrá llegado el fin de los tiempos. (Sermón 79.)

¡Oh, misterio del Tabor! ¡Oh, transfiguración! Transfigúrate, Jesús mío, á los pobres pecadores, y de demonios horrendos, convértidlos en ángeles hermosos por el arrepentimiento y la penitencia. (Sermón 80.)

¡La gloria! ¡Hermoso pensamiento, en efecto, para animarnos á obrar el bien!... Amemos el cielo, pensemos en el cielo, busquemos el cielo. (Sermón 81.)

Este es mi hijo amado en quien tengo mis complacencias. Oídlo. ¡Qué declaración tan majestuosa! Con sólo estas palabras se podría

escribir una obra magna de Teología. (Sermón 82.)

Aunque se jacten los espiritistas de hacer guerra al materialismo, hay que decirles que el espiritismo es un materialismo disfrazado. (Sermón 83.)

Alabad a Jesucristo y á su Santísima Madre con valor. (Sermón 84.)

Si todos los superiores adquieren gran responsabilidad en callar cuando deben hablar para corregir á sus súbditos, mayor, si se quiere, es la que adquieren los superiores eclesiásticos. (Sermón 85.)

Debemos estar dispuestos á seguir á Jesucristo, sin que nos lo impida el furor de sus enemigos, por potentes que sean. (Sermón 86.)

En nuestra sacrosanta Religión no se aprende sólo por saber, como sucede en las escuelas de los hombres, sino que se aprende para obrar según lo que se aprende. (Sermón 87.)

¡A comulgar para tener vida y vida abundante! ¿Quién puede explicar los consuelos que proporciona la comunión? (Sermón 88.)

¡Oh dulce Jesús! En tu compañía sabremos sufrirlo todo. (Sermón 89.)

¡Pobre alma que estás en desgracia de

Dios!... Jesús se escondió de ti, Jesús te dejó. (Sermón 90.)

El venir un mal ejemplo de regiones muy altas, el proceder un escándalo de personas distinguidas por sus riquezas, sabiduría ó posición social, no es motivo para imitarlos. (Sermón 91.)

Todos, de rodillas ante Cristo y solamente ante Cristo; todos de pie por Cristo y solamente por Cristo; Hosanna á Cristo y sólo á Cristo. (Sermón 92.)

Haced, Salvador mio, que yo os ame con algún exceso, pues mi Gran Padre San Agustín me dice que la medida de amaros es amaros sin medida. (Sermón 93.)

La acción de Jesucristo de lavar los pies á sus discípulos es un prodigio de amor manifestado en la humildad más profunda. (Sermón 94.)

¡Aleluya! El mundo se empeña en crucificar, en matar, en sepultar á la Iglesia, y la Iglesia no deja de repetir: ¡Aleluya! (Sermón 95.)

Oremos, porque las circunstancias lo exigen y piden á gritos. En medio de esa agitación y vaivén continuados que no dejan á nuestro espíritu punto de reposo, es dulce pensar que

hay algo eterno, inmutable y superior á todas las vicisitudes. (Sermón 96.)

Nadie glorificó á Jesucristo como su Santísima Madre; y no me refiero precisamente á la gloria que le dió con su santidad admirable, sino á la que le dió en presencia de los hombres, aun en las horas de las grandes y terribles pruebas... Es, pues, María Santísima ejemplar acabado de lo que se recomienda á todo cristiano. (Sermón 97.)

El misterio del Espíritu Santo es muy digno de ser celebrado con la solemnidad que lo celebra la Iglesia y muy digno de ser meditado. (Sermón 98.)

La vida divina palpita vigorosa en el cuerpo de la Iglesia, y es que ese cuerpo tiene por alma el Espíritu de Dios. (Sermón 99.)

Todo lo que hay en el mundo es poca cosa. (Sermón 100.)

Hay en nuestra Religión escenas de dulzura imponderable: participan de la más encantadora sencillez y de la majestad más imponente: enlazan la eternidad y el tiempo: por una parte tocan con Dios y por otra con nuestra alma: tienen lugar en la tierra y saben á gloria. (Sermón 101.)

Sólo Jesucristo es quien ha podido detener

el brazo del Omnipotente. Cuando vuestros pecados, subiendo como vapor infecto hasta su solio, le pedían á gritos que vengase su majestad ultrajada por viles criaturas, el Salvador opuso la voz, mucho más fuerte, de sus tormentos y de su sangre que gritaba y decía: ¡Perdón, misericordial (Sermón 102.)

Detengámonos un instante para pensar un poco en el término de nuestro viaje sobre la tierra. (Sermón 103.)

Vuestro amigo, hijos míos, vuestro verdadero amigo es Jesucristo. (Sermón 104)

Protesta usada por Santo Tomás de Villanueva.

Protesto ante Dios y Jesucristo que en todo lo que he predicado y predicare, escrito y escribiere, dicho y dijere, intento seguir el sentido de la Santa Madre Iglesia y la Fe Católica, á cuyo examen y dirección someto todos mis escritos y palabras. En fe de lo cual, suscribo con mi propia mano esta protesta.

Monteagudo (*sobre el sepulcro del P. Ezequiel Moreno*), Julio de 1916.

FR. P. FABO.

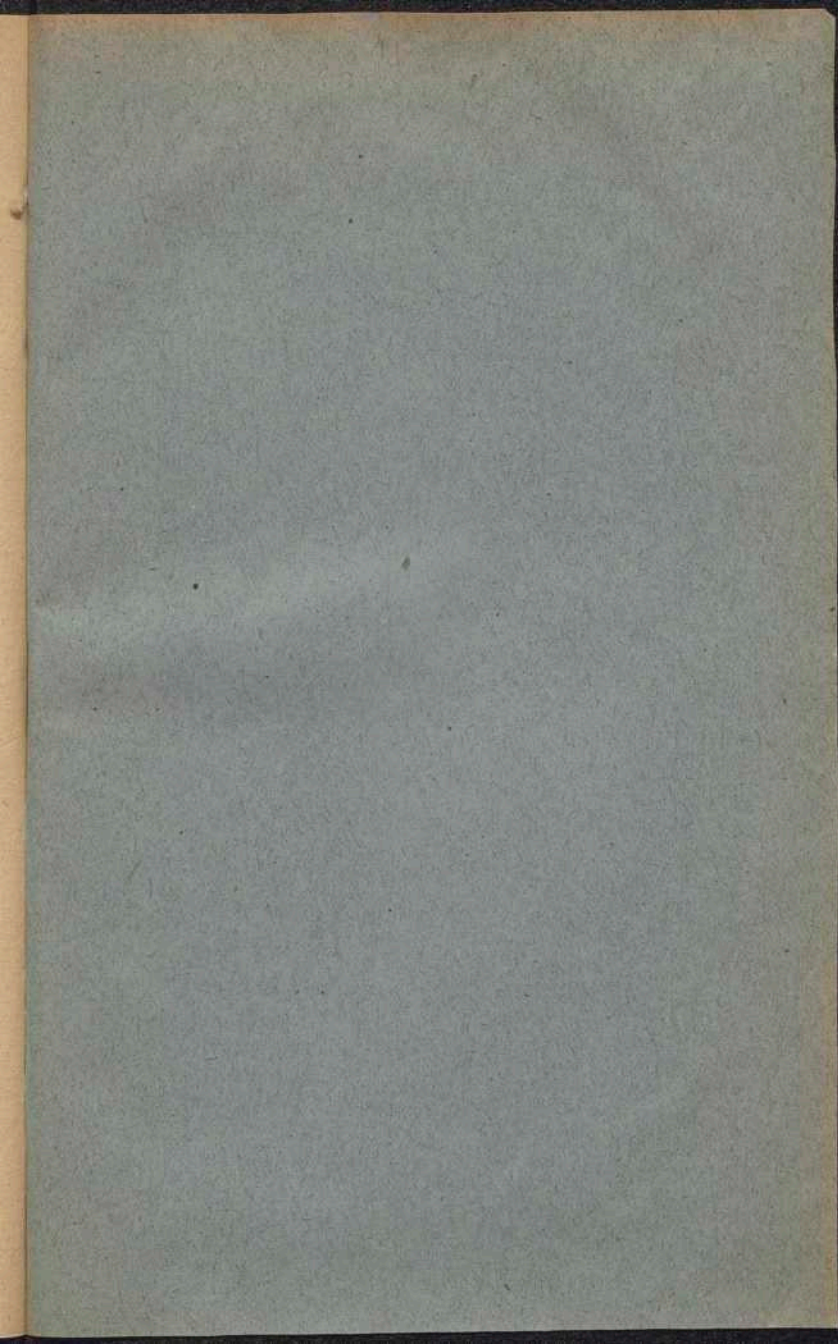
INDICE

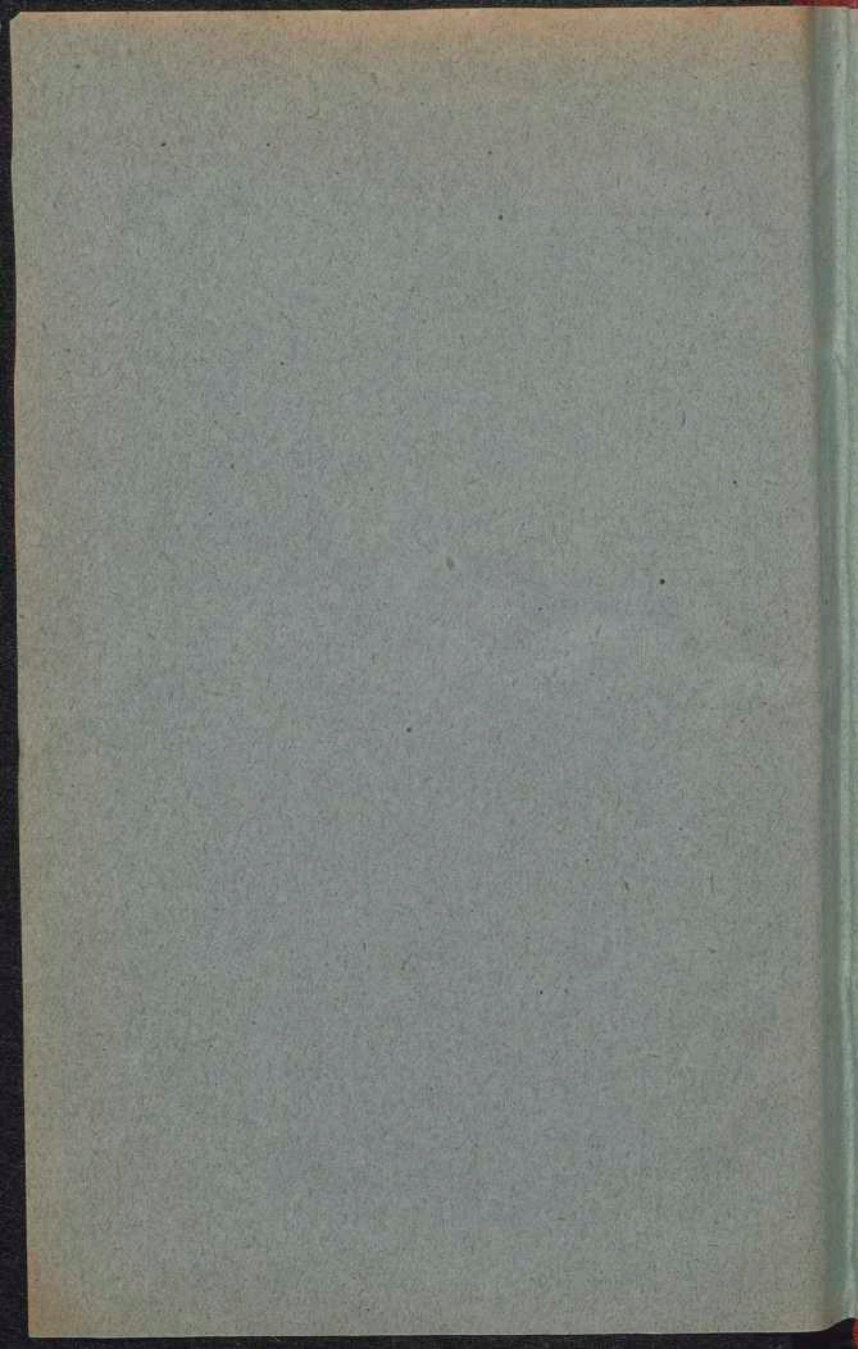
	<u>Páginas.</u>
I.—Generalidades.....	7
II.—Virtud heroica.....	23
III.—Sucesos extraordinarios.....	43
IV.—El P. Moreno, escritor	61
V.—Su sepultura... ..	79
VI.—La incorrupción de su cadáver.....	101
VII.—En el mausoleo.....	125
VIII.—Su predicación	149
IX.—Ramillete de pensamientos y afectos...	181

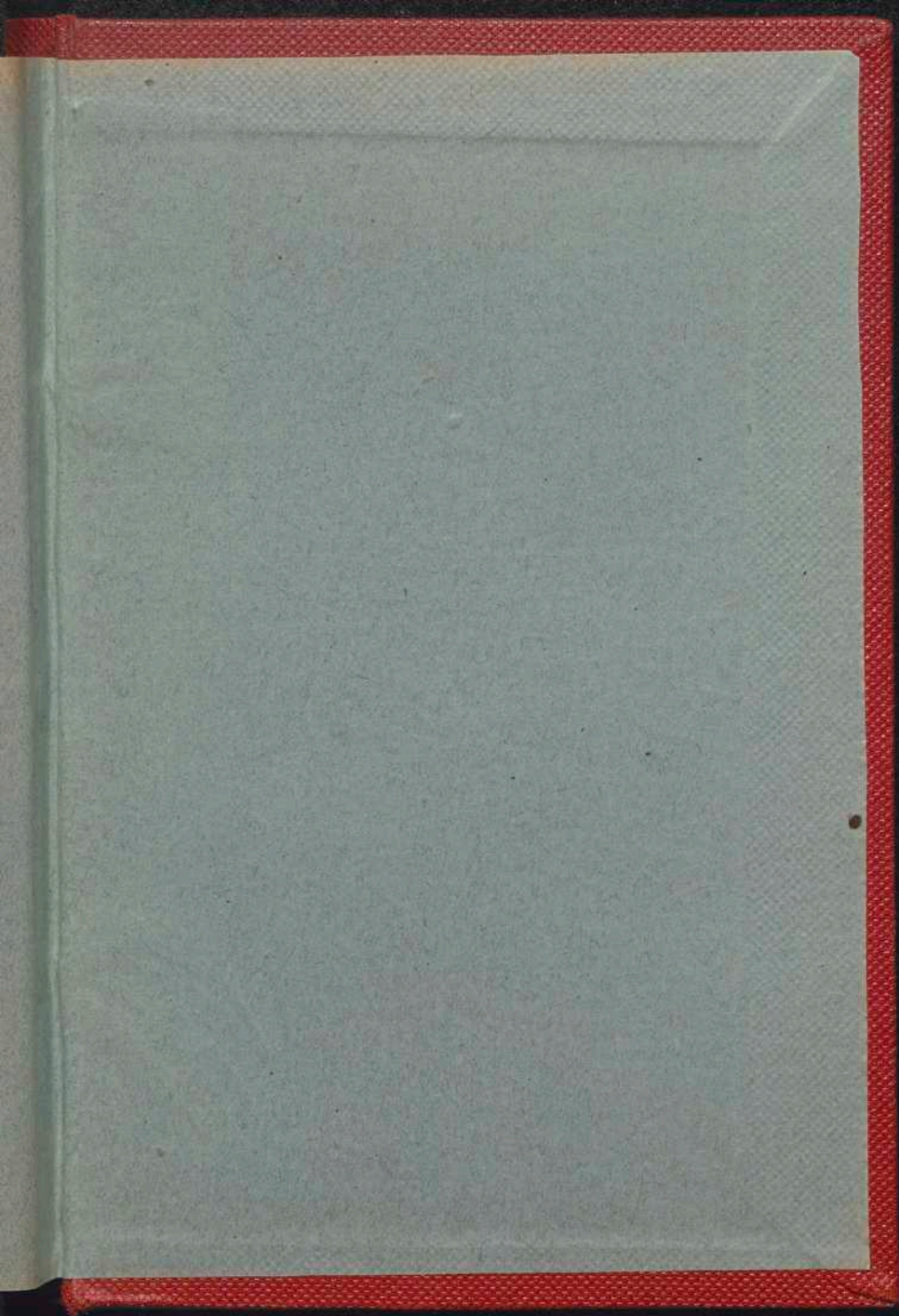


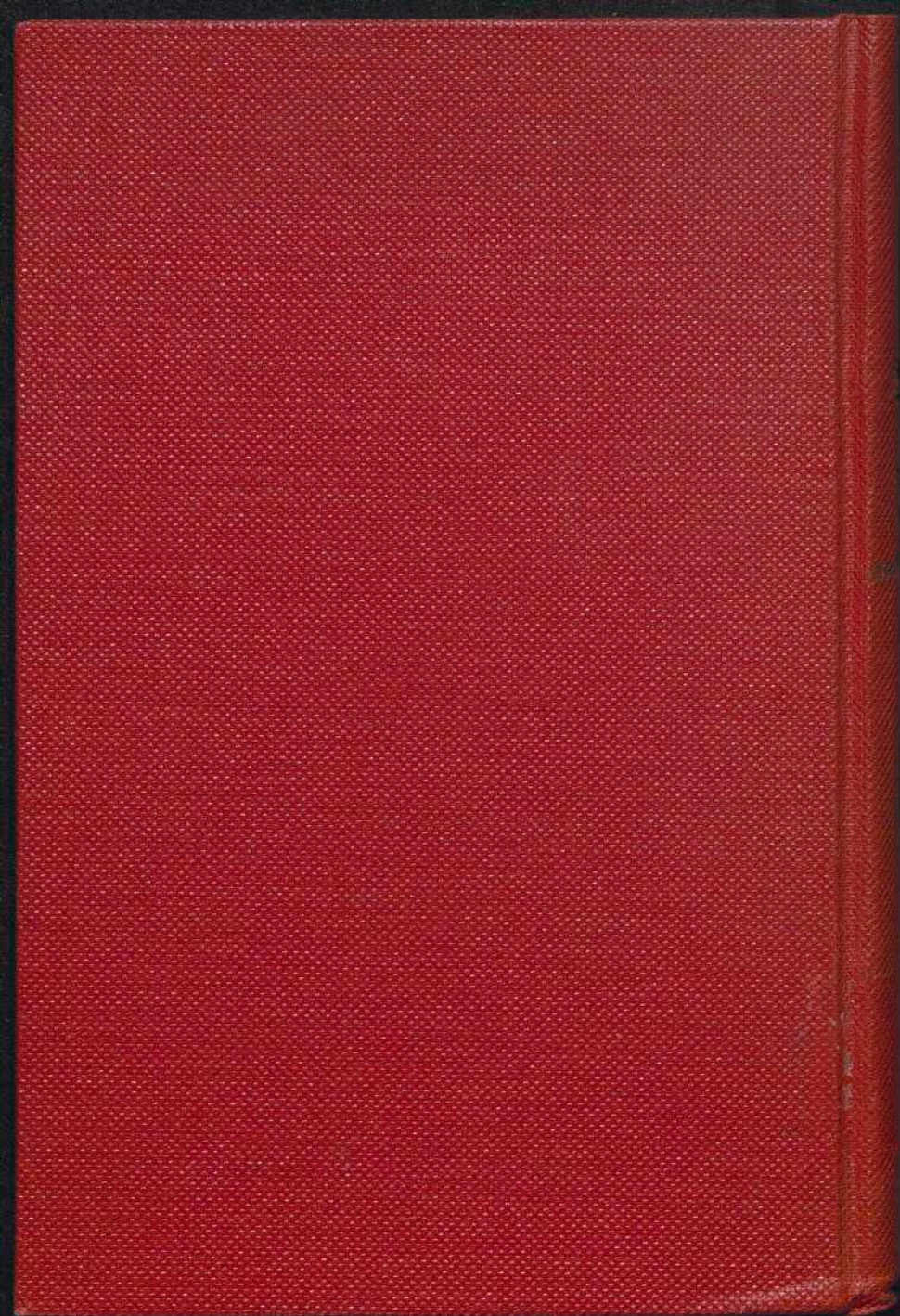
INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA









FABO

CLOR

DE

SANTIDAD